

LIAH JONES

No hay mejor



que un



**No recomendado
para menores
de 18 años**

deseado

@Liah Jones

Primera edición: septiembre de 2019

Copyright

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Mi novia, Inmaculada, era una chica tímida y mona, de la que no se podía decir que fuera simpática, sino más bien todo lo contrario, sin ningún sentido del humor, escasa capacidad para entender las ironías y nula para hacerlas. Además, decía que quería llegar virgen al matrimonio, con lo que todo lo más, me dejaba tocarla un poquito por encima de la ropa, y muy de vez en cuando, pero muy de vez en cuando me tocaba, con cara de mucho asco y diciéndome todo el tiempo que era un cerdo y un vicioso. Estaba con Inmaculada, porque entonces era de carácter tímido y blando, le había cogido cariño y me daba pena romper con ella.

El primer día que llegué para iniciar el máster, salimos por la noche de copas los cuatro compañeros del piso. No voy a decir sus nombres, porque no merece la pena debido a lo que ocurrió días después. Estábamos en un pub del barrio ya a altas horas de la madrugada, todos bastante cocidos, cuando una de las camareras del local, que estaba tela de buena, empezó a hablar conmigo y a ponerme ojitos. Una cosa llevó a la otra y cuando nos echaron para cerrar, la chica se me agarró del brazo y empezamos a besarnos por los portales. Entre morreo y morreo me dijo:

—¿Sabes que te pareces mucho a Luke Skywalker?

—¿El tontito de la Guerra de las Galaxias? Pues nunca me lo habían dicho. ¿Y eso es bueno o malo?

—Muy bueno, él tiene una espada láser que crece cuando se excita. —Me contestó, mientras me echaba mano a la entrepierna.

—Pues entonces debe ser, porque a mí también me crece mucho mi espada láser cuando me excito —le contesté, empezando a tener una erección tremenda con su mano sobando mí entrepierna.

—¿Quieres que te coma tu espada láser?

Yo me quedé sin habla. Era la primera vez que una chica me decía una cosa así y la primera vez que podía hacerse realidad una de mis grandes fantasías sexuales, que me comieran la polla. Me recuperé para decirle:

—Claro que quiero que me comas mi espada láser. ¿Vamos a tu piso o al mío? —Le dije atreviéndome a sobarle sus grandes tetas por encima del niqui, que llevaba sin sujetador.

—Vamos mejor al tuyo, el mío está muy controlado —me contestó bajándome la bragueta y metiendo la mano—. Se te ha puesto muy grande la

espada. ¿Te gusta que te la toque?

—Me encanta, pero si sigues tocándomela, voy a tener una inundación.

No me podía creer lo que me estaba pasando. Había ligado con una tía buenísima y, al parecer, bastante cachonda.

Seguimos andando, haciendo muchas paradas para continuar con el lote que nos estábamos dando, por lo que perdí de vista a mis compañeros de piso.

En una de las paradas, una señora mayor que estaba paseando a un perro mierdoso a las tres de la madrugada, la tomó con nosotros:

—¡Asquerosos, fornicadores, pecadores! ¿No os da vergüenza estar así en la calle, para que os vea cualquier niño?

—Señora que son las tres de la mañana, los niños están durmiendo y usted tendría que estarlo también y no dándonos la murga a nosotros y al perro. ¡Qué va a coger frío y se va a resfriar! —Le contesté.

—Sinvergüenza. ¡Federico atácale!

Miré a ver si iba con alguien, pero no. El tal Federico debía ser el perrucho, que la miró, nos miró y siguió cagándose en la acera.

—Cuando termine Federico recoja la cosa, que mañana no se puede andar por la acera. —Le dije a la señora y cogiendo de la cintura a la camarera, nos fuimos acelerando el paso.

Llegamos a mi piso compartido. Algunos de mis colegas estaban mirando la televisión. Cuando me vieron llegar con la camarera, que como he dicho estaba un rato, pero un rato, buena, se quedaron con la boca abierta. Saludamos y nos metimos en mi habitación. Con la luz del flexo pude observar mejor a mi acompañante. Morena, alta, guapa de cara, con unos grandes y bonitos ojos negros, tetas grandes con pezones que se notaban a través del niqui y unas largas piernas que dejaban ver la escueta minifalda que llevaba.

Mi experiencia con las mujeres se reducía a lo poco que hacía con mi novia y a dos calentorras no muy atractivas que me había follado en el coche durante la verbena de mi pueblo, naturalmente una por una en años distintos. Tenía un pollón que se evidenciaba en el bulto del pantalón.

—Bueno Luke, ¿cómo tienes tu espada láser? —Me preguntó sentándose en la cama.

—En modo lucha y con la fuerza de su parte. —Le contesté sentándome a su lado en la cama y tratando de quitarle el niqui.

—Túmbate que quiero comprobarlo por mí misma.

Me dejé caer de espaldas en la cama, ella me abrió el pantalón y me lo

quitó a tirones junto con los boxes. Tenía la polla como un palo. Ella se quitó el niqui, dejándome ver sus espléndidas tetas muy morenas, en forma de cono, terminadas en unas areolas medianas y unos pezones oscuros grandes y duros. Luego se puso de pie para quitarse la minifalda y el tanga negro que llevaba. Tenía el chocho depilado y un precioso culo también muy moreno. Se puso encima de mí para que hiciéramos un “69”, mucho más de lo que yo podría desear en mis sueños más calenturientos.

—Cómeme el coño —me dijo un segundo antes de meterse mi polla en la boca.

Tenía el coño empapado, olía a mujer y levemente a orines. Le agarré el culo y separándole las nalgas pasé mi lengua por todo él. Era la primera vez que me comía un chocho y que hacía un “69”. Estaba tan caliente que no creía poder durar mucho.

—¡No pares, no pares que me voy a correr! —Me dijo al rato de estarla lamiendo.

—¡Yo también! —Le contesté.

Ella se corrió a gritos sin parar de sobarme el nabo y yo me corrí medio minuto después.

—Uf, qué calentón tenía —dijo dejándose caer a un lado—. ¿Descansamos y echamos otro?

—Por mí perfecto —le contesté, pero el exceso de alcohol y la relajación después del polvo hizo que los dos nos quedáramos dormidos.

Cuando desperté bien avanzada la mañana, ella ya no estaba y yo me acordaba vagamente de lo sucedido debido al alcohol de pésima calidad que había bebido.

Dos días después vino mi novia a verme al piso. Sin mayores explicaciones me dio una hostia de cuidado, me dijo que era un cabrón y que habíamos terminado. Le pedí una explicación y me soltó:

—De sobra sabes tú por qué. Luis —uno de los compañeros de piso— me ha contado que anteanoche te subiste a un zorrón y estuvisteis follando en tu habitación.

Hijo de puta el Luis. Le había ido con el cuento a Inmaculada, para beneficiarse él de la ruptura y acogerla en su seno para consolarla. En un principio me cabreé bastante con él, pero luego pensé que era lo mejor que me podía haber pasado y le deseé mucho éxito con ella, porque en el pecado llevaba la penitencia. Al fin y al cabo en sólo una noche con la camarera había

tenido más y mejor sexo que en dos años con ella.

Tras lo sucedido, por dignidad, no podía seguir viviendo bajo el mismo techo que Luis, así que recogí mis cosas y le pedí asilo a un amigo hasta que encontrara dónde vivir.

En fin, que me encontré sin novia y sin lugar en el que vivir. Volví al pub donde había conocido a la camarera, por ver si volvía a tener suerte con ella, pero ya no trabajaba allí y ninguna de sus compañeras pudo darme dato alguno de ella, salvo su nombre, Virtudes, ¡joder qué ironía!

Para colmo de males, mis padres me habían dicho que ellos, no sin mucho esfuerzo, me pagaban el máster, pero que no podían pagarme más gastos, así que estaba sin un duro y necesitaba encontrar un trabajo por chungo que fuera.

Empecé a buscar a la misma vez un trabajo y un sitio en el que vivir. Con lo del trabajo tuve una suerte relativa y encontré uno de repartidor, de esos que llevan una mochila del tamaño de un armario empotrado a la espalda. Como no tenía otro medio de desplazamiento, tendría que hacerlo a pie y con bicicletas del servicio de alquiler municipal. Se me iban a poner las piernas ese año como las de Rafa Nadal.

Lo del lugar en el que vivir estaba bastante más difícil, lo que encontraba o no lo podía pagar y comer a la misma vez o era inhabitable o los compañeros eran más guarros que los cochinos. Sin embargo, tras una semana de abusar de los amigos, el viernes vi un anuncio pegado en una farola que decía:

“Se alquila estudio independiente en chalet del Sector Sur. Precio 250 euros/mes, todo incluido. Interesados llamar al 666999666”

El anuncio estaba recién puesto y el precio en el límite de mi presupuesto para el alojamiento. Llamé por probar suerte. Me cogió el teléfono una mujer con acento extranjero, le dije que estaba interesado en el anuncio y tras un rato de espera, me contestó que acudiera la dirección que me dio, que por la zona debía ser la del chalet, a las cinco en punto de la tarde.

A las cinco menos diez estaba en la dirección que me habían dicho. Se trataba de un chalet como de los años sesenta, grande y feo como pegarle a un padre con un calcetín sudado y con una conservación sólo regular. Llamé, tardaron en abrirme unos minutos y finalmente lo hizo una mujer rubia vestida con uniforme del servicio.

—Hola buenas tardes. He llamado esta mañana por lo del anuncio del estudio que se alquila.

La mujer me miró de arriba abajo, tenía aspecto de esclava y una bonita cara con ojos azul claro. Se hizo a un lado para que entrara y sin decir palabra me condujo a una salita, cerrando luego la puerta. Por dentro el chalet era como trasladarse cincuenta años atrás. El papel pintado, los muebles, las alfombras, los techos y todo lo demás debían ser los originales de cuando lo construyeron. Esperé de pie unos cinco minutos y cuando un reloj de pared dio las cinco de la tarde entró otra mujer que, por su aspecto, parecía ser la dueña de la casa.

—Buenas tardes, siéntese soy Lucía Tondonia y Martínez-Lacuesta, cuarta marquesa del Coño Casposo. Por favor no se ría, fue una broma de muy mal gusto del rey Alfonso XIII a mi bisabuelo.

—Encantado, mi nombre es Carlos. ¿Cómo debo llamarla?

La tal Lucía debía tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años, de estatura media, morena, pelo lacio teñido con mechaz rubias, guapa de cara y una bonita figura.

—Lucía, por favor. Así que está usted interesado en alquilar el estudio.

—Si señora, he tenido que dejar el piso de estudiantes en el que vivía.

—El estudio es donde residía algunas temporadas un amigo de la familia, que ha tenido que trasladarse a otra ciudad y es una pena tenerlo cerrado. Tiene entrada independiente por la puerta de la zona de servicio. Es muy amplio y luminoso. ¿Quiere verlo?

—Se lo agradecería.

Hizo sonar una campanita y apareció la mujer que me había abierto la puerta.

—Caty, por favor, enséñele al señor el estudio. Yo esperaré aquí a que vuelva —me dijo.

La mujer salió de la sala y yo la seguí. Volvimos a la entrada y desde allí fuimos por un pasillo que llevaba a la que debía ser la zona de servicio, subimos una escalera bastante estrecha y llegamos a un descansillo, abrió una puerta con llave y entramos al que debía ser el estudio. Era una habitación en efecto amplia y luminosa con un ventanal grande que daba hacia el que debía ser el jardín del chalet. Estaba dividido por una estantería entre la zona de estar con cocina integrada y la zona de dormir con una cama de matrimonio. Finalmente, me enseñó un amplio baño al que se accedía desde la zona de dormir. La cocina, el baño y los muebles eran modernos y de buena calidad. Después de darme un par de vueltas por el estudio, me dije que me había

tocado el gordo de la lotería por el alquiler que pedían. Volvimos a bajar a la sala.

—¿Le interesa? —Me preguntó Lucia cuando volví a la sala.

—Por supuesto que me interesa —le contesté.

—Entonces le diré las normas de la casa. Caty le arreglará la habitación y le lavará la ropa una vez a la semana. Debe usted entrar y salir por la zona de servicio y no acceder al resto de la casa en ningún caso, salvo que sea invitado a hacerlo. No haga ruido. Aquí vivimos mi hija Clara, una amiga suya, Caty y yo misma. No debe traer a nadie y si alguna vez tiene que hacerlo, pida permiso primero. ¿Está conforme?

—Sin ningún problema. ¿Cuándo podría mudarme?

—Cuando quiera. El pago será en metálico, rellene el contrato y lo firmamos.

Me paso un tocho de páginas, que yo, por supuesto, no leí. Rellené mis datos personales en las dos copias y lo firmé. Ella lo firmó también y me devolvió una copia, entregándome a la misma vez un llavero con tres llaves, la de la cancela de acceso al chalet, la de la puerta de servicio y la de la puerta del estudio.

—Si no desea nada más, puede usted mudarse cuando quiera. —Volvió a tocar la campanita y entró Caty—. Por favor Caty acompañe al señor a la puerta de servicio para que la conozca.

Lucía se levantó y salió de la sala. Yo seguí a Caty por el mismo pasillo de antes, llegamos a una puerta, la abrió, salimos al jardín y me acompañó hasta la cancela. Cuando la crucé me puse a dar botes de alegría y a correr para traerme cuanto antes mis cuatro cosas. ¡Joder, en todos los años que llevaba de estudiante nunca podría haber soñado vivir así y que además me hicieran la limpieza y la colada! Entre lo de la camarera que me había follado y lo del estudio había gastado toda mi suerte del año.

El amigo que me había dado asilo me ayudó a transportar mis cosas en su coche, creo que no tanto porque me hiciera falta, como por asegurarse de que no me fuera a arrepentir. A la hora y poco de haber firmado el contrato estaba instalándome en el estudio. Coloqué el ordenador sobre una mesa con cajones que había en la zona de estar, la ropa en el armario de la zona de dormir y me senté en el sofá a refocilarme en la suerte que había tenido y a darle cortes de manga a mi ex novia y a mi ex amigo Luis.

Luego decidí colocar las cosas más pequeñas en los cajones de la mesa de

estudio. Al abrir el último cajón, vi que había varias cosas dentro: un cuaderno de pastas duras y una carpeta azul de cartón con gomas de las antiguas. Vaya, al amigo de la familia se le había olvidado sacar todas sus cosas, pensé. Dejé las cosas donde estaban y volví a salir para comprar algunas cosas de comer.

Al volver me encontré en la puerta con Virtudes, la camarera con la que me había enrollado días antes.

—¿Qué haces tú aquí? —Me preguntó muy mal encarada.

—Acabo de mudarme al estudio que alquilaban en esta casa. ¿Y tú?

—Vivo aquí durante el curso con mi amiga Clara y su madre.

—Así que somos vecinos.

—No se te ocurra decir nada de lo de la otra noche. —Me advirtió.

—¿Por qué iba yo a tener que decir algo y, además a quién se lo iba a decir?

—Da igual, pero no digas nada.

—¿Quieres que salgamos alguna vez a tomar algo? —Le pregunté.

—No creo —dijo dándose la vuelta y marchándose.

Pues sí que Virtudes se había puesto borde conmigo.

Cené cualquier cosa y me fui a la cama a dormir. No llevaba ni dos minutos en la cama cuando llamaron a la puerta. Debía ser Virtudes que se habría arrepentido de estar tan borde antes. Como suelo dormir desnudo, me puse el albornoz y fui a abrir. Era Caty.

—Buenas noches señor Carlos. ¿Necesita algo? —Dijo entrando y cerrando la puerta tras si.

Llevaba una bata corta de estar por casa. Sin el uniforme era una mujer muy atractiva. Me fijé en ella, tendría unos treinta y tantos años, una bonita figura con unas tetas grandes, unas caderas más grandes que pequeñas y unas bonitas piernas.

—No muchas gracias, Caty, me he instalado estupendamente.

—La señora no le informó de los privilegios de los ocupante de este estudio. —Hablabla con un fuerte acento de Europa del este.

—Bueno, me dijo que una vez a la semana lo limpiarían y me lavarían la ropa.

—No me refiero a eso, sino a los privilegios carnales. —Dijo abriéndose la bata y mostrándose en ropa interior. Tenía, en efecto, un cuerpo muy bello y erótico.

—Caty, no sé de qué me habla —le respondí sin entender nada de aquello.

—El señor Antonio me llamaba cuando quería compañía femenina y yo subía cuando quería compañía masculina. —Me contestó dejando caer la bata al suelo—. Era el pacto que teníamos.

El tal señor Antonio, que sería el amigo de la familia que había mencionado Lucía, debía haberse beneficiado a la rusa o la rusa habérselo beneficiado a él o las dos cosas a la vez. Yo, con veinticuatro años y con ese pedazo de mujer delante en sujetador y tanga, comencé a empalmarme.

—Me parece muy bien, pero yo no soy el señor Antonio.

La tentación de convertirme en el señor Antonio o al menos de gozar de sus privilegios, se fue agrandando conforme miraba el cuerpo de Caty, lo mismo que se iba agrandando mi polla, hasta hacerse evidente debajo del albornoz.

—No, usted es el señor Carlos, más joven y más guapo que el señor Antonio. —Dijo acercándose a mí y metiendo la mano en el albornoz hasta cogermela polla—. Y también mejor dotado y yo hoy quiero compañía masculina.

Me quedé paralizado. No sabía cómo actuar en aquella situación, era la primera vez que me pasaba que me asaltaran de esa manera.

—¿Es qué no le gustó? —Me preguntó sobándome el nabo.

—Claro que me gusta y si quiere compañía masculina estoy encantado en dársela, pero yo no tengo ningún privilegio carnal sobre usted, que quede claro.

Acercó su boca a la mía y me besó. Mi cabeza bullía, no sólo había tenido la suerte de alquilar aquel sitio, sino que, además, el sitio iba con una rusa folladora, que estaba como un tranvía. La abracé y ella me abrió el albornoz mientras seguíamos besándonos. Se apretó contra mi polla y fue moviendo las caderas a un lado y al otro masturbándome. Pero cuando iba a lanzarme a quitarle el sujetador, sonó un timbre en la planta de abajo. Caty se separó de mí, se puso la bata y me dijo:

—La señora Lucía me llama, tengo que irme.

—¿Volverá luego? —Le pregunté.

—No creo —me contestó saliendo del estudio.

¡Joder que calentón me había dejado la rusa! Tuve que hacerme una paja de urgencia recordando su cuerpo para poder dormir.

Al día siguiente me levanté tarde y pensando en Caty. Desnudo como

estaba me asomé al ventanal que daba al jardín. En unas tumbonas estaban Virtudes y otra chica más o menos de su misma edad, que debía ser la hija de mi casera, tomando el sol con unos biquinis mínimos. Del cuerpo de Virtudes me acordaba vagamente de la noche que nos liamos, pero la verdad es que estaba bastante más buena de lo que recordaba. La otra chica era un cañón, con unas tetas que le desbordaban el top y un cuerpo de modelo de pasarela, de cara se parecía mucho a Lucía. Como llevaban las dos gafas de sol, no sabía dónde estaban mirando, pero en un momento la otra chica le hizo un gesto a Virtudes y ambas miraron al ventanal en el que me encontraba. Me retiré corriendo porque debían haberme visto desnudo con la polla morcillona y haber pensado que era un exhibicionista o un mirón o ambas cosas a la vez.

Me puse el albornoz y me senté en la mesa de estudio a mirar el ordenador. Me acordé de los papeles que se habían dejado olvidados en el cajón de la mesa y los saqué, pensando en devolvérselos a Lucía. Me produjeron una cierta curiosidad y abrí el cuaderno. Parecía un diario, ya que estaba ordenado por fechas. La letra era difícil de entender, al menos en un primer vistazo. En una página al azar leí:

“24 de junio de 2012. He comenzado a experimentar con Julia. De principio no surtieron efecto mis palabras, pero tras repetirlas dos veces, empezó a respirar más fuerte y a ponerse nerviosa. Cuando se las repetí por tercera vez se abalanzó sobre mí besándome y pidiéndome que la follara. Creo que he dado con la fórmula, pero no lo sabré hasta que la muestra sea lo bastante numerosa”

La cosa me causó curiosidad y decidí empezar por la primera página.

“10 de enero de 2010. Ha llegado hasta mí un curioso cuaderno manuscrito, que venía con una pequeña biblioteca que compré en una librería de viejo. El cuaderno debe ser de mediados del siglo XIX y mantiene la peculiar teoría de que determinadas palabras dichas a cualquier mujer, las transforma en unas folladoras sin límites. En este cuaderno iré volcando los experimentos que realice sobre el particular”.

Pensé que valiente tío perturbado y aburrido, pero seguí leyendo. En distintas fechas iba cambiando algunas palabras de una frase que, más o menos, rezaba en su versión final: *“No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y rinde culto a tu cuerpo y al mío”.*

Durante dos años, el tal Antonio va anotando fracaso tras fracaso, pero sin darse por vencido, hasta que en una anotación dice:

“1 de febrero de 2012. Hoy he cosechado mi primer éxito, aunque haya sido de manera relativa. Cuando le dije varias veces la frase a Caty se puso muy nerviosa y le costaba respirar bien. Después follamos, pero no sé si por efecto de la frase o porque llevaba tiempo detrás de mí”.

Más adelante me llamó la atención otra nota:

“10 de septiembre de 2014. Hoy he experimentado con Lucía, pese a saber que ahora dice que es lesbiana. Cuando se la he repetido por segunda vez, ha saltado sobre mí, abriéndome la bragueta, comiéndome la polla y pidiendo que la follara por el culo”

No sabía si la Lucía de que hablaba sería mi casera, pero parecía bastante posible.

Además de las anotaciones de las experiencias, había algunas anotaciones sin fecha concreta, que parecían conclusiones sobre varias de ellas. Las que más llamaron mi atención, fueron las siguientes:

“He constatado que una vez dicho el conjuro y siendo aceptado por la receptora, es imprescindible culminar o las consecuencias pueden ser gravísimas. No es posible echarse atrás”.

“Los efectos de la propuesta sobre las receptoras tienen una duración imprevisible. De unas pocas horas hasta que la receptora se quedé pillada por un tiempo indefinido”.

El cuaderno terminaba abruptamente con la siguiente anotación:

“12 de abril de 2016. Tengo que terminar con mi investigación. Hoy ha fallecido mi amigo Luis, por abusar del uso de la frase. Su corazón no pudo resistir tal actividad sexual con tantas mujeres distintas. RIPA”

Me quedé boquiabierto con el contenido del cuaderno. O aquel tío era un perturbado y un mentiroso compulsivo o había dado con la panacea masculina. Cuando hube terminado de leerlo llamaron a la puerta. Era Caty, esta vez con el uniforme.

—La señora Lucía desearía que comiera usted hoy con ella, Clara y Virtudes, para que se conozcan. —Me dijo.

—De acuerdo —le contesté.

—Después de comer puede que tenga la tarde libre. Ayer dejamos las cosas a medias y eso no está bien.

—Estupendo, no tengo ningún plan. Por cierto, ¿a qué hora es la comida?

—A las dos en punto.

Faltaba sólo media hora para las dos, así que recogí las cosas del

perturbado otra vez en el cajón, me asee y me arreglé y a las dos estaba llamando a la puerta principal, no quería andar por la casa sin dar aviso. Me abrió Caty y me acompañó al comedor, una estancia muy formal también decorada de los años sesenta. A los pocos minutos entraron Lucía, Clara y Virtudes.

—Buenas tardes Carlos, le presento a mi hija Clara y a su amiga Virtudes.

—Encantado de conocerlos.

—Igualmente —dijeron las dos dándome la mano.

Clara, como Virtudes, sería más o menos de mi edad.

—¿Qué tal se ha instalado? —Me preguntó Lucía.

—Fantásticamente, la verdad es que estoy encantado con el estudio.

—Y al parecer también con las vistas al jardín —dijo Virtudes, haciendo referencia a que me hubieran pillado desnudo mirándolas.

—Lamento si os he molestado, no era mi intención. —Me disculpé.

—No pasa nada, pero debes tener más cuidado la próxima vez.

Nos sentamos a comer ocupando sólo un extremo de la mesa. Lucía presidía, yo estaba a su izquierda y Clara y Virtudes a su derecha. Clara era una chica rubia, preciosa y muy desenvuelta, que estuvo hablando la mayor parte de la comida, hasta que tomó el relevo su madre.

—Desde que murió Luis, mi marido, la casa se ha quedado muy triste, y más cuando se marchó Antonio, el anterior ocupante del estudio, espero que usted pueda alegrarla un poco. Una casa necesita de un hombre.

¡Coño, el tal Luis que había muerto por follador había sido el marido de la casera, entonces la Lucía del cuaderno debía ser ella! Me intrigó todavía más la documentación olvidada en el cajón.

Terminamos la comida y nos despedimos, salieron primero del comedor Lucía y Clara, Virtudes y yo nos quedamos algo más atrás.

—Ya sabes que no debes decir nada de lo que pasó. —Me insistió Virtudes.

—Ya has visto que me hecho el desconocido. No seas pesada con el tema.

Me volví al estudio por la zona de servicio. No vi a Caty por el camino. Cuando llegué volví a sacar las cosas del tal Antonio y esta vez me puse con la carpeta. ¡Vaya con Antonio! La carpeta estaba llena de fotos de mujeres desnudas en actitudes bastante salidas de tono, impresas todas ellas en hojas tamaño folio. Debía haber por lo menos un centenar de fotos. Detrás de cada foto estaban anotados un nombre y una fecha. Tenía que estar también la foto

de Lucía, la busqué. En efecto, “Lucía, 10 de septiembre de 2014”, le di la vuelta a la foto y ¡bingo! Lucía estaba desnuda como todo el resto de las mujeres fotografiadas. Estaba tumbada en una cama, con las piernas muy abiertas luciendo el chocho depilado y sobándose sus fantásticas tetas, que debo decir eran bastante grandes y bonitas. Si que está buena la casera, pensé.

Le di un repaso al resto de fotos y también estaba Caty en una pose parecida a la de Lucía y otro montón de mujeres, todas ellas bastante atractivas ¡Pues iba a tener razón el tío con la jodienda de la frase o del conjuro o lo que carajo fuera! Hice memoria de la frase: “*No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y rinde culto a tu cuerpo y al mío*”.

La posible visita de Caty me tenía bastante caliente y expectante, pero mientras esta se producía o no, decidí mirar más a fondo las fotos y casarlas con las anotaciones del cuaderno. Me sorprendí cuando descubrí una foto con la anotación de “Carmen, 7 de marzo de 2013”. Carmen había sido profesora mía en la facultad y de lo buena que estaba nos había tenido a todos los estudiantes del género masculino y estudiantes lesbianas revueltos durante el curso. Miré la foto. Como todas las demás, Carmen estaba desnuda, esta vez de pie y de espaldas a la cámara, pero con el torso vuelto y sus brazos elevados con las manos sobre la cabeza. Su culo era extraordinario, sus tetas grandes y su cara preciosa con el pelo muy revuelto. Leí la anotación del cuaderno:

“7 de marzo de 2013. Creía que Carmen sería inmune a mis palabras, pero ha resultado todo lo contrario. Con decirlas una sola vez se ha transformado en una tigresa. Tiene un cuerpo de vicio y mucho vicio en el cuerpo. Es posible que repita con ella en el futuro”.

¡Vaya también con Carmen! La fecha indicada coincidía con el curso que nos dio clase, lo que me puso todavía más caliente, recordando lo tradicional que nos parecía. Seguí mirando las fotos, pero ya no conocía a ninguna mujer más. En el calendario del ordenador fui marcando las fechas de las anotaciones. Estas se producían en dos frecuencias, o bien tres anotaciones en días consecutivos o bien entre la última de una tanda y la primera de la otra transcurrían unos veinticinco o veintiséis días. Observando el calendario descubrí que los días señalados coincidían todos con los días de luna llena, el anterior y el posterior, o sea que el conjuro debía surtir efecto sólo combinado con la luna llena.

Sin darme cuenta se me había pasado la tarde y ya era completamente de noche. Estaba muy cansado de haber estado toda la tarde liado con el material, que se había dejado olvidado el anterior ocupante del estudio. Guardé el cuaderno y la carpeta y me senté en el sofá a descansar.

Al rato, decidí salir a tomar algo y ver si me encontraba con algunos amigos. Miré por la planta baja de la zona de servicio por si veía a Caty, pero estaba todo apagado y no di con nadie.

En la calle me encontré con unos amigos y después de tomar algo de comer, fuimos al pub donde había conocido a Virtudes. Ella no estaba, pero al otro lado del local vi a Clara. Estaba guapísima y rodeada de moscones vestidos de las Nuevas Generaciones del PP. Tomamos un par de copas de lo más barato y peorcito que había, ginebra “Lirios”, ron “Burgal”, whisky “Jim Daniels”, ...etc., y decidimos irnos a dormir, ya que aquello no tenía pinta de animarse. Nos despedimos en la puerta y me dirigí a mi nueva residencia. Cuando llevaba un minuto andando, oí que me llamaban por detrás. Me di la vuelta y era Clara que iba dando tumbos de un extremo a otro de la acera.

—Hola Carlos, ¿qué haces por aquí? —Me preguntó con una voz que denotaba que se había cocido todavía más que yo.

—Hola Clara, tomando una copa con los amigos, pero ya me retiraba.

—¿Te apetece la penúltima? Aquí cerca hay un pub que ponen una bebida que no es demasiado de garrafón.

—De acuerdo, total mañana es domingo.

Llevaba un vestido negro corto ceñido y bastante descotado. Era una chica preciosa y estaba como un tranvía. Seguimos andando y me condujo a un pub que yo no conocía, debía ser nuevo porque la zona me la tenía bastante trillada. Nos sentamos en una mesa baja y cuando nos trajeron las copas, me dijo:

—¿Qué tal te las apañas en casa?

—Muy bien, estoy encantado con el sitio.

—¿Te ha asaltado ya Caty?

La pregunta me sorprendió, no tanto porque ella supiera la historia de los privilegios mutuos entre Caty y el tal Antonio, que podía ser perfectamente posible, sino porque pensara que se iban a repetir conmigo. Decidí hacerme el desentendido:

—No entiendo lo que me preguntas.

—¡Venga ya Carlos, que en casa sabemos las aficiones de Caty y no creo

que haya desaprovechado tu presencia para poder follarte!

—Anoche vino a verme, pero se marchó enseguida —decidí decir algo, pero sin contar demasiado.

—Mira Carlos, creo que no sabes dónde te has metido. En general, mi casa supura sexo, pero el estudio no es que lo supure es que está sumergido en sexo. Mi madre se cree que los demás no sabemos nada, pero ella se tira a todo lo que se menea, sea del género masculino, femenino o neutro. Si te ha escogido como inquilino es porque piensa que se puede beneficiar de ti. Mi amiga Virtudes no le va a la zaga, ¿o te crees que no sé qué te folló? Caty es bisexual y unas veces folla con mi madre y otras con quien tenga a mano. Y yo, pues hago lo que puedo para no quedarme atrás.

Clara desde luego no tenía pelos en la lengua.

—¿Y tú cómo sabes que Virtudes y yo follamos?

—Porque me lo ha dicho ella esta mañana cuando apareciste por el ventanal. Por cierto que nos regalaste una visión muy hermosa.

—Gracias, pero no era mi intención, simplemente no me di cuenta.

—¿Sabes que se dice por ahí, que mi padre y su amigo Antonio, el anterior ocupante del estudio, habían descubierto un conjuro para follarse a cualquier mujer? Yo no sé si será cierto, pero lo que sí sé es que mi padre murió del corazón después de follar con seis mujeres en dos días.

Me asombraba el desparpajo con el que hablaba Clara sobre cosas bastante íntimas de su familia y de ella misma. Al parecer yo tenía las pruebas del descubrimiento de Antonio y del padre de Clara, pero decidí no entrar al trapo.

—Eso será una leyenda urbana —le contesté—. No creo que exista tal conjuro, ni que todas las mujeres respondan de igual forma a un conjuro o lo que sea. ¿Y Virtudes cómo es que vive en tu casa?

—Durante un par de años fuimos pareja, después se nos pasó el lesbianismo excluyente, optamos por la bisexualidad y dejamos de ser pareja. Seguimos siendo buenas amigas y mi madre le tiene algo más que cariño.

La falda de Clara se había ido subiendo poco a poco y ya prácticamente dejaba ver sus bragas. Tenía unas piernas largas, torneadas y preciosas.

—¿Te gustan mis piernas? —Me preguntó de sopetón tras sorprenderme mirándoselas.

—A mí y a cualquiera, tienes unas piernas preciosas. —Le contesté pensando que se bajaría la falda, pero no fue así. No era de las chicas que

después de ponerse una minifalda, se pasan todo el día tirando de ella para abajo.

—Eres muy amable. ¿Cómo está tu espada láser?

—Veo que Virtudes te ha contado el tema con pelos y señales.

—Tenemos mucha confianza entre nosotras y nos gusta reírnos de lo simples que sois los hombres. Pero no has respondido a mi pregunta.

—¿Cómo quieres que esté con veinticuatro años y hablando de sexo con una chica preciosa? Pues lista para la batalla.

—Vamos para casa, que ya es muy tarde y estoy un poco perjudicada.

Pagamos la copa y seguimos camino para la casa. Ella me pasó el brazo por la cintura y yo se lo pasé por encima de los hombros. Me pregunté qué hacía yo, que casi nunca me comía un colín, a las cuatro de la madrugada amartelado con una reina de la noche.

Cuando llegamos a la casa entramos por la puerta principal y Clara se vino conmigo por la zona de servicio. Al pasar por la puerta del dormitorio de Caty escuchamos un zumbido.

—Caty no ha triunfado hoy. Habrá subido a buscarte, pero tú no estabas, pobre mujer. —Me dijo al oído Clara y me preguntó—. ¿Te apetece mirarla?

—Tienes más vicio del que parece con tu carita de ángel.

—Ven —me dijo y me cogió de la mano.

Me llevó a la despensa, que estaba en la puerta de al lado, con mucho cuidado quitó una caja que parecía llevar mucho tiempo allí y apareció una pequeña ventana.

—Es lo que tienen las casas antiguas con cuarto para el servicio, cuando los señores eran unos mirones. —Me susurró—. No te preocupes, está tapada con un espejo falso por el otro lado.

Nos pusimos los dos a mirar. Caty estaba desnuda tumbada en la cama boca arriba, con un consolador grande introducido en el chocho, mientras que con la otra mano se sobaba las tetas con saña. Era una mujer de formas muy atractivas, tetas grandes muy blancas y grandes areolas y un coño muy abierto, depilado y sólo con una pequeña línea de pelos rubios hacia el ombligo.

—¿Te gustaría follártela? —Me preguntó Clara.

—Claro que me gustaría, es una mujer muy atractiva, pero ahora no te cambiaría por ella.

—A mí me apetece ahora más veros follar. —¡Vaya vicio que tenía Clara!

— Llama a la puerta suavemente y verás que cariñosa está. —Dijo

empujándome hacia la puerta—. Luego seguimos nosotros.

Yo tenía una evidente erección debajo del pantalón, que no le pasó desapercibida a Clara y que aprovechó para sobarme. Llamé a la puerta muy suavemente, tanto, que dude que pudiera escucharme con el ruido del vibrador. Me equivoqué:

—Pase, la puerta está abierta —respondió Caty.

Entré cerrando detrás de mí. Ella seguía a lo suyo con el vibrador dentro del chocho. Me miró y me preguntó:

—¿Necesita algo, señor Carlos?

—Si, follarte —le dije a la misma vez que me desnudaba.

—Me gusta su polla, señor Carlos.

—Gracias y a mí me gustas tú entera.

Ella se incorporó un poco en la cama, yo me puse sobre ella y le metí la polla en la boca. Ella se agarró a mi culo y me empujaba para tragársela entera. Mientras ella me la comía, yo le sobaba las tetas con fuerza y miraba hacia el espejo, para que Clara me viera la cara de vicio que tenía. En medio de unas cosas y otras, me pregunté cómo me había dejado convencer por Clara para que le diéramos un espectáculo porno en vivo.

—¿Está mirando la señorita Clara? —Me preguntó Caty, yo no sabía que decirle y decidí decirle la verdad.

—Me imagino que sí.

—Me gusta que me miren mientras follo, me pone todavía más caliente.

Ella volvió a meterse mi polla en la boca y yo a sobarle las tetas.

—Señor Carlos, tenemos un problema. El vibrador ha hecho ventosa y no me lo puedo sacar, va a tener que darme por el culo, a ver si así es posible.

¿Qué coño era aquello de que el vibrador había hecho ventosa? Me desplacé hacia abajo y traté de tirar de él, pero en efecto no se podía sacar. O tenía unos músculos vaginales más fuertes que mi brazo o en efecto había hecho eso que ella llamaba el efecto ventosa. Le levanté las piernas, me agaché y le metí la lengua en el precioso ojete que tenía. Ella subió el volumen de los suspiros.

—Métamela ya señor Carlos, estoy preparada —me dijo minutos después.

—Deja de llamarme señor Carlos, ¡coño que te voy a dar por el culo!

—Métamela ya.

Me puse sus piernas en los hombros, elevándole el culo y se la fui introduciendo poco a poco hasta el final. Era la primera vez que la metía por

el culo. Comencé a bombear, notaba el vibrador en su interior. Volví a intentar sacárselo, pero ella me dijo:

—Ahora no, déjelo dentro que me gusta mucho tener llenos los dos agujeros.

Aquella era la casa del vicio. Volví a mirar al espejo. Clara debía haber encendido la luz de la despensa y ahora también se veía lo que ocurría al otro lado. Parecía que estaba desnuda, con la cara transida como un cuadro de Santa Teresa de Jesús en una de sus visiones y parecía que se estaba haciendo un dedo.

—¡Me voy a correr, dame más rápido y más fuerte! ¡Me corro, aaaggg, me corro!

Yo estaba también a punto de correrme, cuando de pronto me desperté en el sofá del estudio desnudo de cintura para arriba, debía haberme quitado el niqui por el calor sin darme cuenta. Había sido el sueño más caliente y más real que había tenido en mi vida. Tenía la polla a punto de reventar. Sin levantarme del sofá, me abrí los pantalones y en dos sube y baja me corrí entre gritos. Luego me desnudé y me acosté todavía muy nervioso por el sueño.

Dormí mal, no sé si por el hambre de no haber cenado o por el estado de calentura en que me había quedado. Con la luz del amanecer en el ventanal y medio adormilado todavía, escuché que metían la llave en la cerradura del estudio y abrían la puerta. Me pellizqué bajo las sábanas para cerciorarme de que no estaba soñando. Lo hice tan fuerte que me dolió, no estaba soñando. Mire hacia la entrada de la zona de noche y allí estaba Caty mirando con la misma bata corta de la otra noche. Volví a pellizcarme y volvió a dolerme.

—Señor Carlos, tengo frío, quiero compañía y seguro que usted que es un hombre joven también —me dijo y yo eché hacia abajo un lado de la sábana, invitándola a entrar en la cama.

Se soltó la bata y la dejó caer. Iba completamente desnuda, ¿cómo no iba a tener frío si estaba desnuda con el relente del amanecer? Era una mujer espectacular. Me quedé sorprendido de que en la realidad era exactamente igual que en el sueño que había tenido, hasta el mismo hilo de pelo rubio subiendo por su monte de Venus. Me volví a pellizcar porque me mosqueó mucho el detalle del hilo de pelo que yo no le había visto la otra noche.

La abracé cuando se metió en la cama, estaba helada y tenía una piel muy suave. Yo estaba emocionado y nervioso, por primera vez me iba a acostar con una mujer madura, con bastantes años más que yo y con un cuerpo lleno de

sensualidad.

—No me llames señor Carlos, que estamos los dos desnudos en la cama.

—Lo siento, pero debo llamarle así por orden de la señora Lucía —me contestó, para luego besarme en la boca. Tenía una lengua muy suave y gustosa.

—¿También te ha ordenado la señora Lucía acostarte conmigo?

—No, ella no debe saberlo.

La puse boca abajo y me puse encima de ella también boca abajo. Puse la polla encajada entre sus nalgas y le cogí las manos, poniéndolas al lado de su cuerpo. Fui besándole el cuello y mordándole los lóbulos de las orejas. Ella suspiraba quedamente.

—Señor Carlos, es usted mucho más tierno y cariñoso que la mayoría de los hombres.

—Y tú eres más sensual que la mayoría de las mujeres.

Le solté las manos y metí las mías bajo sus tetas, amasándoselas. Sus tetas, que estaban ya calientes, eran suaves y tiernas. Luego me fui incorporando, besándole la espalda hasta llegar a su muy blanco e imponente culo. Después de besarlo y morderlo seguí por sus muslos hasta llegar a las corvas. Ella gemía bajito todo el tiempo.

—Déjeme a mí ahora disfrutar de su cuerpo—me dijo.

Me eché a un lado y me puse boca arriba, ella se incorporó y se puso de rodillas a mi lado, metí la mano entre sus piernas hasta llegar a su chocho para acariciarlo suavemente. Ella entonces lanzó un fuerte gemido, lo mismo que yo cuando ella empezó a lamirme el capullo y el frenillo y luego a pasar su lengua por todo el tronco de mi polla hasta las huevos. Estaba en la gloria con la mamada que me estaba dando. Cuando tenía ya la polla como una piedra, ella empezó a chuparme y morderme los pezones. Nunca me lo habían hecho y me produjo un enorme placer. Después se puso en cuclillas sobre mí y se fue metiendo mi polla muy lentamente. Mis manos iban de su clítoris a sus tetas. Mientras subía y bajaba con mi polla dentro, comenzó a apretar y soltar sus músculos vaginales lo que me hizo gemir por el placer que me proporcionaba. Caty follaba de maravilla.

—Caty, no voy a poder aguantar mucho más, me voy a correr. —Le dije cuando noté que estaba a punto de eyacular.

—Córrase dentro señor Carlos, tomo anticonceptivos. Yo también estoy a punto.

Me incorporé, la abracé con fuerza y nos corrimos los dos a la vez. Se dejó caer a mi lado y estuvimos un rato en silencio, sólo roto por la fuerte respiración de los dos. Me picó la curiosidad y le pregunté:

—¿Cómo era el anterior inquilino?

—¿El señor Antonio?

—Sí, creo que se llamaba así.

—Era un hombre extraño, un poco hosco. No salía casi nunca y tenía siempre la puerta cerrada con llave. Sólo venía a verle casi a diario el señor Luis, el marido de la señora Lucía.

—¿A qué se dedicaban?

—No lo sé, cuando entraba a limpiar y estaban los dos señores hablando entre ellos, comentaban cosas de unos experimentos, pero no sé a qué tipo de experimentos se referían.

En ese momento sonó el timbre de la zona de servicio y Caty se levantó inmediatamente.

—La señora Lucía se ha despertado y debo ir a atenderla. —Dijo poniéndose la bata y saliendo del estudio.

Me había encantado follar con Caty, me había dado mucho más placer que las otras mujeres con que había follado y su cuerpo maduro me había excitado mucho más que el de las chicas de mi edad. Me quedé en la cama pensando y dormitando, pero sobretodo reviviendo el placer que había sentido con ella. Entre sueños pensé en la suerte que había tenido al encontrar un estupendo sitio en el que vivir, que además lo limpiaban y me lavaban la ropa y encima los fines de semana podría echar un fantástico polvo con una madura espléndida. Mi educación judeo cristiana empezó a comerme la cabeza: tanta felicidad tendría que equilibrarse con alguna desgracia.

Me levanté, me aseo y me vestí para salir a desayunar. Tenía un hambre mayúscula al no haber cenado nada la noche pasada. Durante el desayuno en un bar del barrio, pensé otra vez cómo había sido posible que la Caty del sueño fuera exactamente igual a la Caty real en los más íntimos detalles. ¿Habría tenido el sueño un carácter premonitorio? Yo no creía en las premoniciones, pero tampoco en las casualidades de ese tipo.

Al volver al estudio tras desayunar seguía dándole vueltas a lo mismo. Cuando entré por la zona de servicio me acordé de la pequeña ventana entre la despensa y la habitación de Caty. No había nadie por allí y decidí salir de dudas. Entré en la despensa, la caja que en el sueño tapaba el ventanuco,

estaba allí, la desplazé y también estaba el ventanuco, tal y como en el sueño. Dejé las cosas en su sitio y subí al estudio bastante acojonado. Si el cuerpo de Caty, la caja y el ventanuco eran reales, también podría serlo todo lo que en el sueño me había contado Clara sobre su familia.

Hacía un día soleado y cálido. Me asomé al ventanal, pero manteniendo cierta distancia para no ser visto. Lucía, Clara y Virtudes estaban desnudas tomando el sol en el jardín. ¡Qué tres cuerpazos, pero sobre todo que cuerpazo el de Lucía! Clara y Virtudes estaban boca abajo, la belleza de sus culos y de sus piernas era casi sobrehumana. Lucía estaba boca arriba, su cuerpo de cuarenta y tantos años era un auténtico pecado. Tetas grandes morenas del sol, con grandes areolas y unos pezones también grandes, que parecían duros como piedras, un poco de barriga que la hacía todavía más apetecible, un chochito completamente depilado y unas muy bonitas piernas. ¿Qué coño había ido a buscar su marido con frases, conjuros y tonterías, con lo que tenía en casa?

Me llamaron del trabajo, tenía que hacer unas entregas urgentes en el centro. Justo antes de salir miré de nuevo por el ventanal. Caty en sujetador y tanga les estaba sirviendo a las tres alguna bebida. ¡Joder que casa! ¿Dónde me he metido? Pensé al cerrar la puerta.

Tras del reparto compré una pizza para comer en casa. Después de echarme una breve siesta volví al tema del conjuro. Faltaban tres días para que hubiese luna llena, así que en dos días podría probar personalmente su efectividad. El tema me producía bastantes reparos, pero que chaval de veinticuatro años podría dejar pasar esa oportunidad. Decidí probar con alguna desconocida, todo lo que podría pasar es que me llevase una hostia. Recordé lo que había leído una vez, que había contado Camilo José Cela sobre su forma de ligar con las mujeres, algo así como: yo les pregunto a todas si quieren follar, diecinueve me dan un bofetón, pero la que hace veinte folla.

Los dos días siguientes pasaron rápido entre las clases y los repartos, durante esos días, curiosamente no me encontré con ninguno de los habitantes de casa. Todas las noches tenía sueños calientes. Me imagino que igual que el resto de mi vida desde la pubertad, la diferencia estaba en que ahora me acordaba de ellos casi con total exactitud. Iban desde que Lucía subía al estudio desnuda y follábamos como cosacos, a que iba al despacho de mi antigua profesora, Carmen, le decía la frase de marras y también follábamos como cosacos o a que me encontraba con Caty en el pasillo de la zona de servicio, me besaba y después me la chupaba hasta que me corría. Con los

jodidos sueños empezó a pasarme lo que hacía años que no me pasaba, que me despertaba corriéndome sin tan siquiera habérmela tocado.

La noche previa a la luna llena salí para poner en práctica la efectividad del conjuro. Me fui a un pub que no frecuentaba normalmente y me senté en la barra. Había poca gente al ser un día entresemana. Atendía la barra una camarera que debía tener mi edad, más o menos, y que estaba muy buena. Detrás de mí estaban dos chicas también de mi misma edad o un poco más jóvenes, un poco rellenitas y no demasiado agraciadas, que estaban hablando sobre un chico que, al parecer, le gustaba a las dos, pero que no les hacía ni puto caso.

Tras un largo rato de nervios y de dudas por el paso que iba a dar y después de un par de copas encima le eché valor, llamé a la camarera, me levanté, acerqué mi cabeza a su cabeza para que pudiera oírme y le dije: “Por favor, me pones lo mismo.” E inmediatamente: “*No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y rinde culto a tu cuerpo y al mío*”.

Ella me miró y me dijo:

—¿Qué has dicho? No te he entendido.

—“*No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y rinde culto a tu cuerpo y al mío*”—le repetí.

—¡Pero tú qué dices boca chancla! ¡A que llamo a mi novio y te parte la cara de idiota esa que tienes!

—Perdona, no he querido molestarte —le dije tratando de zanjar la cuestión.

La camarera se retiró largando lo más grande y yo me quedé muerto de la vergüenza, tratando de digerir mi fracaso. Sin embargo, al momento noté como una mano por detrás apretaba mi entrepierna, me volví y era una de las chicas gorditas la que me había echado mano. Al oído me dijo:

—¡Vámonos, queremos follar contigo!

¡Hostia, el conjuro podía tener efectos colaterales! La tía buena se había cabreado conmigo, pero las gorditas que debían haber oído la frase de marras, habían caído de lleno en sus efectos. Recordé que el cuaderno decía que no era posible echarse atrás una vez dicho el conjuro y aceptado. Pagué y escoltado por las dos salimos del pub.

—Vivimos las dos solas aquí al lado —dijo una de ellas.

—Vamos, date prisa —dijo la otra.

Yo no puedo decir más que iba acojonado. Las miraba y empezaron a

parecerme más atractivas, no sé si por hacer de la necesidad virtud o porque estaba empezando a verlas de otra manera. La espada láser la llevaba encogida del todo después de los apretones que le habían dado. La cabeza me bullía, vaya el lío en que me había metido. Llegamos al portal del edificio donde vivían, cogimos el ascensor en el que casi no cabíamos y las dos empezaron a achucharme nada más cerrarse la puerta. Tenía que tomar el control de aquello como fuera o no iba a poder rendir nada de nada. Cuando cruzamos la puerta de su piso les dije:

—No me habéis dicho vuestros nombres, yo soy Carlos.

—Yo me llamo Lourdes y ella Fátima —los nombres habían sido una premonición malvada de sus respectivos padres.

—Encantado preciosas. ¿Por qué no nos vamos desnudando? O mejor, porque no os desnudáis para que pueda admiraros.

En mi vida había follado con dos chicas a la vez, cosa que es la fantasía de cualquier hombre, pero aquella situación era un tanto violenta, acababa de conocerlas y no eran precisamente dos modelos. Ellas se miraron entre sí, me empujaron sobre un sillón para que me sentase y se distanciaron de mí. Lourdes era morena, mediría sobre un metro sesenta y cinco, parecía de tetas pequeñas o que estas quedaban anuladas por el tamaño de su barriga y de su culo. Fátima era también morena, un poco más alta que su amiga, parecía tener las tetas grandes, la barriga grande, el culo grande y las piernas grandes, vamos que todo en ella era grande. Sin embargo, la magnitud de sus cuerpos no las cohibía en el vestir. Lourdes llevaba embutido un short con medias negras debajo y una camiseta ajustada. Fátima llevaba una minifalda que dejaba ver las tiras del ligero que le sujetaba las medias y una camisa a punto de reventar por todos sus botones. Aunque la descripción que he hecho no parezca muy favorable, la verdad es que las dos empezaron a ponerme cachondo y mi espada láser a ponerse receptiva.

—¿Cómo quieres que lo hagamos, juntas o por separado? —Preguntó Fátima.

—Como vosotras queráis, pero a mí me pone más hacerlo con las dos juntas.

Empezaron a desnudarse, quedándose en ropa interior, bastante parecida en ambas. Sujetador negro, que en el caso de Fátima era incapaz de abarcar sus tetas, tanga de hilo también negro, que le quedaba a las dos por debajo de sus abultadas barrigas, ligero también negro y también por debajo de sus

barrigas y medias negras. Me estaban empezando a poner y mucho. Pensé que el prejuicio de muchos hombres y mujeres con las personas gruesas, pero sobre todo con las mujeres gruesas, era una crueldad. Las dos eran bastante atractivas, sólo que con unos kilos de más para la moda que se había impuesto, creada por diseñadores a los que no les gustan las mujeres. Comprendí también que se vistieran de forma desinhibida. ¿Por qué no iban a poderse lucir y aumentar su atractivo, como el resto de mujeres y hombres? De verlas se me estaba poniendo un pollón de mucho cuidado.

—¿Te gustamos? —Me preguntó Lourdes.

—Mucho, mirad como me estoy poniendo —dije poniéndome de pie, desabrochándome el pantalón y dejándolo caer al suelo, quedándome con la polla fuera.

—¡Qué bonita y que buena pinta tiene para follar! —Exclamó Fátima mirando a Lourdes.

Me acerqué a ellas, las cogí por la cintura y nos besamos los tres en la boca. Ellas me echaron mano a la polla y los huevos y yo les solté los sujetadores para acariciar y sobar sus tetas. De ahí pasé a sus culos, daba mucho gusto sobárselos, grandes, cálidos y suaves. Seguimos besándonos los tres hasta que Lourdes se puso en cuclillas y se metió mi polla en la boca. Para facilitarles la tarea me subí a la mesa de centro y ellas dos de pie me comieron la polla con ansia, mientras yo trataba de sobar sus tetas con la misma ansia.

—Fóllame —me dijo Fátima y se puso a cuatro patas sobre el sofá.

Me bajé de la mesa y me puse detrás de ella, mientras Lourdes detrás de mí me terminaba de quitar la ropa. Le bajé el tanga a Fátima y antes de metérsela, le acaricié el chocho, que tenía depilado y empapado. Gemía fuertemente y sus enormes tetas le colgaban casi hasta rozar el sofá. Cuando le metí la polla gritó:

—¡Qué bueno, que gusto! Lourdes tienes que probarlo.

—Qué no te quepa duda de eso —le contestó la aludida, sin dejar de sobarme y empujarme el culo contra su amiga.

Estaba seducido por el movimiento de las nalgas de Fátima con los vaivenes y no pude resistirme a darle unos buenos azotes.

—¡Me voy a correr! —Grito Fátima—. ¡No pares por Dios, no pares! ¡Aaagg me corro! —Exclamó finalmente y se dejó caer en el sofá.

Me volví hacia Lourdes y la besé en la boca mientras ella me sobaba el nabo, que estaba cubierto por los jugos de Fátima. Me cogió de la mano y me

llevó hacia una mesa alta en la que se tumbó boca arriba dejando sus caderas fuera. Me puse entre sus piernas, le quité el tanga, tenía una buena mata de pelo en el chocho, y se la metí hasta el fondo.

—¡Dame con fuerza, aprieta hasta el fondo! —Me decía, mientras su barriga se movía al ritmo de mis embestidas—. Fátima y tú no querías salir esta noche, te das cuenta como tienes que hacerme caso siempre.

—Tienes razón Lourdes, lo que nos hubiéramos perdido. —Le contestó Fátima, que se había incorporado en el sofá y se estaba haciendo un dedo.

—¡Carlos sigue qué me corro! —Incrementé el ritmo y la fuerza contra ella, así como sobre sus tetas—. ¡Me voy, me voy, me voy! —Gritó perdiendo el control sobre sus piernas.

Esperé un poco a que se recuperase Lourdes y a que yo también recuperase el aliento. Luego me volví a subir a la mesa de centro y las llame a las dos. Sabían lo que yo quería, así que comenzaron a chuparme la polla y los huevos y luego a menearme la polla a cuatro manos, hasta que me corrí sobre sus cuerpos y sus caras, a la misma vez que Fátima, que no había parado de sobarse el chocho, volvía a correrse.

Nos quedamos un rato los tres descansando, hasta que después de besar y fotografiar a ambas, me vestí, me despedí y me fui, dejándolas desnudas recostadas en el sofá. Había sido una experiencia inesperada, pero fantástica. Gracias a los efectos colaterales del conjuro, en vez de follarme a la estirada de la camarera me había follado a dos adorables chicas, que me habían descubierto dos placeres a la misma vez, el de follar con dos mujeres al mismo tiempo y el de follar con mujeres grandes, vamos gordas.

Esa noche y la siguiente soñé con Carmen, mi profesora, en los dos sueños le decía el conjuro y follábamos en su despacho, en el aula, en los aseos o en los pasillos. Cuando me levantaba, buscaba su foto desnuda y la miraba, poniéndome todavía más caliente.

El día de luna llena no salí. No tenía nada claro eso de usar el conjuro, tenía muchos reparos sobre su ética. El viernes por la tarde me llamaron mis amigos para salir a tomar algo. Cada uno cenó por su cuenta y nos encontramos a las once en el pub de siempre, nos debía gustar que nos envenenaran.

Pese a ser viernes el sitio estaba desierto, por lo que empezamos a pensar en movernos a ver si encontrábamos a algunas chicas. Íbamos a pagar cuando entró un grupo de mujeres. Serían cinco o seis y parecía que venían de fiesta.

Cuando se aposentaron alrededor de una mesa alta, miré hacia ellas y la vi. ¡Hostia, mi antigua profesora, Carmen, con la que soñaba todos los días, iba con ellas! Me quedé paralizado. Estaba guapísima, media melena de pelo lacio negro, un jersey de cuello alto sin mangas de color beige claro, muy ajustado, lo que permitía comprobar el tamaño de sus hermosas tetas, una corta y ajustada falda negra, medias negras que cubrían sus bonitas piernas y unos botines negros de piel vuelta. Era auténticamente una diosa. Exceptuando ella que debía tener unos cuarenta y cinco años, aunque aparentase menos, el resto de las chicas deberían tener mi edad y la de mis amigos. En cuanto las chicas pidieron las copas, mis amigos se lanzaron sobre ellas. Yo me quedé en la barra admirando a Carmen, que también se quedó sola en su mesa, mientras el resto de chicas empezaban a charlar con mis amigos. Le eché valor y me acerqué a ella.

—Hola Carmen, no sé si se acuerda de mí. Me dio clase hace unos años.

Carmen me miró, me imagino que tratando de acordarse.

—Me acuerdo de tu cara, pero no de tu nombre.

—Carlos —le respondí.

—Es verdad, hiciste un curso bastante bueno.

—Gracias, pero es que usted es muy buena profesora.

—Tutéame, ya debes haber terminado el grado. ¿Qué haces ahora?

—He vuelto para cursar un máster.

Mientras más la miraba, más guapa me parecía. Era una mujer impresionante, que no sé porqué perdía el tiempo hablando conmigo. Seguimos charlando sobre los estudios, hasta que se acercó una de las chicas con las que venía y le dijo que iban a cambiar de sitio.

—Seguid vosotras, yo os alcanzo más tarde, todavía ni he probado mi copa. —Le contestó.

Miré a mis amigos y estaban pagando para irse con las chicas. Uno de ellos se me acercó para decirme donde se iban. Le despedí diciéndole que iría luego. Finalmente, nos quedamos Carmen y yo solos charlando. Al rato Carmen me dijo:

—Esto no hay quien se lo beba, es garrafón del malo. Si quieres vamos a otro sitio que conozco aquí cerca, en el que al menos no te envenenan. — Estaba claro que Carmen no pensaba seguir con las chicas, cosa de la que me alegré enormemente.

—Por supuesto —le contesté, pagué mi copa, la de Carmen ya estaba

pagada, y salimos del antro.

—¿Qué hacías con ese grupo de chicas? —Le pregunté.

—Son el grupo de becarias del pasado año y era la reunión de despedida. Me han invitado, pero yo ya no estoy para esas fiestas. ¿Pero tú, por qué no te has ido con ellas y tus amigos?

—Ya me conozco el plan y me aburre bastante. Me gusta más hablar contigo.

—Gracias por el cumplido.

Seguimos andando y charlando hasta que Carmen comentó:

—Este es el sitio que te decía.

Resultará increíble, pero era el mismo pub al que me había llevado Clara en mi sueño, del que yo desconocía su existencia. Cada vez me tenía más sorprendido ese sueño, pero no era el momento de pensar en él. Le abrí la puerta exterior a Carmen para que entrase, ella tiró de la interior y nada más entrar hizo el gesto de volver a salir.

—¿Está lleno? —Le pregunté extrañado.

—Si, lleno de hijos de puta —me contestó.

Se quedó parada en medio de las dos puertas casi un minuto. Yo no sabía lo que pasaba, pero me pareció mejor callarme y esperar que ella resolviera lo que fuera. Finalmente me cogió de la muñeca y entramos. Más de la mitad de las mesas estaba vacía y sólo una pareja muy amartelada en la barra. Nos sentamos en una mesa lejos de la pareja.

—¿Te pasa algo? —Le pregunté.

—Nada importante. Ahí está mi ex pareja con la hija de puta de mi ex amiga Paula. —Dijo señalando con la cabeza a la pareja de la barra.

—¿Estabas casada con él?

—No, hemos estado un par de años largos liados en una relación tóxica, que afortunadamente ya ha terminado.

—Lo siento.

—Tú no tienes nada que sentir y realmente yo tampoco, la que lo tendría que sentir es ella, porque se lleva un prenda de cuidado.

Yo no tenía ninguna experiencia en ese tipo de situaciones y no sabía cómo debía actuar. Cuando pedimos las copas a la camarera, Carmen continuó hablando y yo escuchando.

—Mi vida sentimental ha sido un fracaso. Primero esperando que llegase el hombre perfecto, el príncipe azul, que por cierto no existe, pero que te das

cuenta de eso cuando ya has pasado los treinta y tus amigas y amigos se han casado, liado o lo que sea y tú sigues sola. Después bajas el listón tanto, que empiezas a conocer escoria y te parecen majos. ¿Sabes lo que me gusta de que estemos aquí tú y yo?

—No, pero sé que a mí me gusta también que estemos aquí tú y yo.

—Verás, tú no engañas a nadie. Yo sé que lo que tú quieres es follar conmigo. Es claro, no tiene dobleces e incluso puedo sentirme halagada doblándote la edad.

—Carmen, si te lo niego mentiría, pero no es sólo eso. Me gustas físicamente, pero también como eres y cómo me tratas. Me lo estoy pasando muy bien contigo.

—Gracias, pero déjame seguir con mis historias de mujer madura. ¿Sabes cuál es la parafilia de ese prenda? No, claro, pues el tío no se empalma si no finge que te asalta y te lo hace a la fuerza. Cada vez que entraba en mi casa tenía la misma sensación que el inspector Clousaeu con su criado karateka. En cualquier momento podía ser asaltada por el que consideraba mi pareja, hasta que me harté de sus tonterías y lo planté. Ahora la asaltada debe ser esa hija de puta, a la que le ha faltado tiempo para echarse en sus brazos.

Me sentía bastante inútil. Ni entendía muy bien la historia que me estaba contando Carmen ni mucho menos sabía que decirle.

—Bueno, vamos a dejarlo ya, que lo estaba pasando muy bien contigo, hasta que he visto a esos. —Dijo Carmen. Al poco tiempo se levantaron de la barra los ex y se fueron.

—Se han ido ya —le dije.

—Pues tanta paz lleven como descanso dejan. ¿Tomamos otra?

—Claro, pero te invito yo.

—Como quieras. Te voy a contar una historia que me ocurrió hace algunos años, antes de conocer al parafilico, para que veas lo rara que se vuelve la gente con la edad. Un día había quedado a cenar con un grupo de amigos y conocidos. Entre ellos había uno al que no conocía de nada, era un hombre atractivo, algunos años mayor que yo. Al final nos quedamos los dos solos, como tú y yo hoy. Tomando una copa en un pub, de pronto me suelta una frase más o menos como esta: “*No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y rinde culto a tu cuerpo y al mío*”. Me quedé mirándolo y pensando, otro tío tonto, y le contesté que si lo que quería era follar, que me lo dijera directamente, que ya teníamos muchos años para andarnos con

idioteces.

La historia de Carmen me dejó sin habla. Así que ni efectos del conjuro ni hostias.

—Y follar, follamos a base de bien, pero lo curioso de la historia es que el tío siguió creyendo que con una frase las mujeres caían rendidas a sus pies. Sería tonto, cuando no hay mejor conjuro que un buen beso deseado.

A esas alturas de la noche se había creado una atmósfera de confianza entre los dos, que me tenía en la luna.

—Curiosa historia —le dije—. ¿Pero por qué me la cuentas?

—Para que sepas que no hay que inventarse cuentos, conjuros o historias para follar, sólo hay que decirlo si crees que va a haber receptividad.

—Te voy a decir una cosa, yo ya sabía esa historia.

—¿Qué?

—Resulta que por casualidad he encontrado unos papeles de ese tío con el conjuro y con sus experiencias.

—¡Venga ya!

—No me crees, pues tu historia fue el 7 de marzo de 2013 y puedo asegurarte que estás bellísima en la foto que te hizo.

—Del día exacto no me acuerdo, pero puede que sí fuera más o menos esa fecha. ¿Y el tío guardó la foto?

—La tuya y la de muchas mujeres más. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Te apetece que nos vayamos a follar?

—Lo estoy deseando hace un buen rato —me contestó y me dio un beso en los labios.

Pagamos y nos fuimos andando abrazados y en silencio hacia su casa. Cuando subíamos en el ascensor me preguntó:

—¿Por qué te apetece follar con una mujer que te dobla la edad?

—Porque me gustas mucho por dentro y por fuera y voy a cumplir uno de mis más ansiadas fantasías desde que me diste clase.

—¡Qué bien, una pervertida historia de profesora—alumno!

Al cerrar la puerta del piso nos quedamos en el pasillo besándonos en la boca con auténtica saña, casi haciéndonos daño. Empecé a sobarle el culo y luego las tetas por encima de la ropa. Tenía una erección que me dolía.

—Espera Carlos, no seas impaciente. Vamos a disfrutar del momento. ¿Te apetece una botella de champán mientras nos damos un baño?

La propuesta me pareció el colmo de la sofisticación para un chaval de veinticuatro años, acostumbrado a pocos lujos.

—Me parece perfecto —le contesté.

Me dejó en el salón y fue al frigorífico por la botella, que trajo en una enfriadora. Cogió dos copas y me ofreció la mano para que la siguiera.

—Déjame que te desnude —me dijo.

Se puso frente a mí, me fue desabrochando la camisa y me la quitó. Después me soltó el pantalón y lo bajó.

—Siéntate en la cama —me dijo para quitarme los zapatos y los pantalones. Yo tenía una auténtica tienda de campaña bajo los boxes—. Qué alegría que estés así, sin necesidad de asaltarme o de recitarme conjuros. Cómo me gusta disfrutar de desnudarte. —Dijo mientras me sobaba el nabo metiendo la mano bajo los boxes.

No podía creer estar así con Carmen. Yo estaba casi desnudo mientras ella seguía vestida. Me quitó los boxes y tiró de mí hacia el baño, en el que había una bañera grande, capaz de albergar a dos personas cómodamente, y rodeada de espejos. Abrió los grifos y me dijo:

—Descorcha el champán.

Yo con el nabo como el asta de una bandera, traté de quitarle el tapón a la botella con bastante torpeza, por lo nervioso que estaba con toda la situación. Miré al espejo grande la bañera, me gustó verme desnudo al lado de Carmen todavía vestida. Finalmente logré descorcharla y serví en las dos copas. Brindamos y bebimos un sorbo. Para entonces la bañera se había llenado.

—Métete en la bañera y mírame.

La obedecí sin decir palabra y me acomodé en la bañera sin quitarle ojo de encima. Yo creo que no había estado más caliente en mi vida. Carmen se separó de la bañera, se miró al espejo y luego me miró a mí a los ojos. Muy lentamente bajó la cremallera de la falda y la dejó caer al suelo. Llevaba un tanga negro y un ligero, también negro, que le sujetaba las medias. Se dio la vuelta y pude admirar su bellissimo culo respingón, que parecía duro como una piedra. De espaldas a mí se bajó la cremallera que el jersey tenía en la espalda, quitandoselo después. Llevaba un sujetador negro. Se dio otra vez la vuelta, mirándome de nuevo a los ojos. En ropa interior era una imagen sobrenatural, la mujer más atractiva que había visto nunca.

—¿Te gusto todavía? —Me preguntó.

—¿Cómo todavía? Me gustas cada vez más. Carmen, estoy muy, muy

caliente.

—Me encanta tenerte así de caliente.

Llevó sus manos al centro del sujetador. Era de esos que se sueltan por delante. Maniobró y lo soltó sin quitárselo todavía. Se puso de nuevo de espaldas a mí y dejó caer el sujetador. Su espalda, su culo y sus piernas eran bellísimos. Estaba morena sin ninguna marca de bañador o bikini. Se cubrió las tetas con las manos y girándose por la cintura volvió a mirarme a los ojos. La posición que adoptó era casi la misma que en la foto. No pude más con la calentura y sin tocarme y sin querer, me corrí a chorros que saltaron sobre mi pecho y sobre el agua de la bañera. Carmen se rió.

—Perdóname Carmen ha sido sin querer, pero no he podido resistir más.

—No tengo nada que perdonar, me encanta haberte producido esa excitación. Yo también estoy muy caliente, además, la noche no ha hecho más que empezar.

Durante mi corrida y la pequeña conversación ella había seguido en la misma postura, cubriéndose las tetas.

—¿Quieres verme las tetas? Las tengo grandes y bonitas. Es la parte de mi cuerpo que más me gusta.

La polla no se me había bajado ni un milímetro y seguía dura como una piedra de la excitación que Carmen me producía.

—Claro que quiero verlas, sobarlas, chuparlas y morderlas.

—¿Todo eso quieres hacerles?

Se giró de nuevo hacia mí y muy lentamente apartó sus manos. Eran dos maravillas de la naturaleza. Grandes, en su sitio, con unas areolas rosa oscuro y unos pezones duros y grandes.

—¡Joder Carmen, que maravilla, son las más bonitas que he visto nunca!

—Gracias Carlos, pero no te creo, habrás visto otras más juveniles y más duras, incluso contraviniendo la ley de la gravedad.

—Te lo juro que son las más bonitas.

Carmen sabía perfectamente como excitarme o mejor dicho como mantenerme excitado. Puso una pierna sobre el borde de la bañera y bebió un sorbo de champán, luego soltó la media del ligero. La imagen me recordó a la película de “El Graduado”, sólo que Carmen era todavía más atractiva que la señora Robinson. Se quitó la media, después se soltó y se quitó la otra media, quitándose por último el ligero, quedándose sólo con el tanga.

—¿Te gustan los chochos depilados? —Me preguntó.

Estaba jugando conmigo, manteniendo mi excitación, dándome un máster de seducción femenina.

—Creo que sí —acerté a contestar.

—¿Y cómo crees que lo llevo?

—Carmen te aseguro que no puedo más. No es que me tengas caliente, es que me tienes enfermo.

—¿Estoy siendo mala contigo? Pobrecito, pero no me has contestado todavía.

Más que mirar, escruté el triangulito negro de su tanga. No se veía ningún pelo por fuera, ni abultamiento por que hubiera pelo bajo la tela.

—Creo que no llevas un solo pelo, que vas como una impúber.

—Ahora veremos. —Dijo y se puso de nuevo de espaldas con el culo en pompa para quitarse el tanga.

¡Qué culo! Tenía forma de pera, con las nalgas grandes y respingonas. Cuando se bajó el tanga pude ver que tenía el chocho depilado, con los labios bastante abiertos y brillante por los jugos que segregaba. Al darse de nuevo la vuelta pude ver su chocho con un monte de Venus carnoso, de lo más apetecible para chupar y morder.

—Has acertado y eso debe tener un premio. —Me dijo y continuó:— ¿Qué sabes hacer con la boca, además de hablar?

—Tengo una lengua muy larga y juguetona, que está deseando lamerte el coño.

Se sentó en el borde de la bañera en frente de mí con las piernas muy abiertas.

—Vamos a ver si es verdad —me dijo y se abrió el chocho con los dedos.

Me incorporé y luego me puse de rodillas en la bañera entre sus piernas. Tenía un chocho rosado y grande que olía fuertemente a mujer debido a los jugos que había segregado. Acerqué mi cabeza y con la lengua le fui lamiendo desde el clítoris hasta el ojete, su sabor me volvía loco, incrementando todavía más mi excitación. Al rato de estarla lamiendo me volvía a doler la polla de la erección que tenía. Ella fue subiendo el volumen y la cadencia de los gemidos. Cambió sus manos a mi cabeza y revolviéndome el pelo la fue apretando contra su chocho.

—No lo haces mal, me gusta el trabajo de tu lengua larga y juguetona en mi chocho. Lámeme el clítoris y méteme dos dedos.

Me encendía que me dirigiese, que me ordenara lo que le apetecía en cada

momento para incrementar su placer.

—No pares Carlos, mueve más rápido los dedos y sigue chupando mi perlita. Me voy a correr, ¡sigue, sigue, sigue! Aaaaggg, aaaggg,...

Me lleno los dedos y la mano de unos jugos espesos y blanquecinos. Saqué los dedos de su chocho y se los metí en la boca, a la misma vez que le sorbía el resto que había quedado en su raja.

—Bueno, estamos empatados a uno, vamos a ver si esto es un partido de la liga o de patio de colegio. —Dijo cuando recuperó el aliento—. Siéntate que me voy a sentar yo también.

Volví al lugar en que me había sentado al principio y ella en lugar de sentarse se puso de rodillas sobre mí, rodeándome con sus piernas. Nos besamos en la boca jugando con nuestras lenguas. Llevé mis manos a su culo, suave, durísimo y carnosos. Ella llevó sus manos a mi polla a la vez que se erguía y metía mi cabeza entre sus tetas.

—Cómetelas —me ordenó.

Me metí sus pezones alternativamente en la boca, traté de darles bocaditos, pero la dureza de sus tetas me lo impedía. Ella me estaba trabajando el nabo con fuerza, apretándome la polla y los huevos casi hasta hacerme daño. Estaba otra vez a punto de correrme, se lo dije:

—Carmen me voy a correr otra vez.

—Pues córrete, no te voy a soltar la polla, quiero sentir como te corres.

—¡Me voy, me voy, me voy, ...!

Y vaya que si me fui. Me corrí con grandes chorros que salían del agua de la bañera y le llegaban hasta su vientre.

—Carmen creo que me he muerto y estoy en la gloria.

—No te pongas cursi que no te pega. Sólo te has corrido con muchas ganas y mucha fuerza y te has quedado muy relajado.

Ella seguía sobándome el nabo, ya con menos fuerza, lo que me producía un placer enorme.

—¿Crees que podrás follarme? —Me preguntó.

—¿Cuántas veces quieres?

—¡Huy que gallito! Te advierto que yo me puedo correr varias veces en una noche.

Se levantó y salió de la bañera, llenó las copas y me pasó la mía. Chocamos las copas y bebimos un buen trago.

—Anda, sal de la bañera que te vas a poner arrugado. —Me dijo.

Salí de la bañera y todavía tenía la misma erección que al principio. Ella cogió una toalla y me fue secando. Cuando terminó de secarme, se sentó en el borde la bañera y se metió mi polla en la boca, sobándome los huevos con las manos. Unas veces jugaba con su lengua sobre el capullo y el frenillo y otras se la metía en la boca casi entera y con la lengua me lamía la base. Era la mejor mamada que me habían hecho nunca.

—Carmen me estás matando del gusto —le dije.

—Te estoy preparando para que me folles con la polla como un palo, estoy harta de tíos con la polla morcillona.

Se levantó y por la polla me llevó al dormitorio. Me apetecía enormemente follármela a cuatro patas.

—Ponte de rodillas en el borde la cama —le pedí y ella lo hizo.

La miré de lado. Su culo respingón sobresalía de sus muslos y las tetas le colgaban muy apeteciblemente. Ella mirándome a los ojos, dijo:

—Me calienta ver tu cara de deseo por mí.

Me coloqué detrás de ella y le fui metiendo la polla poco a poco. Cuando la tuve dentro entera y le di con los huevos en el clítoris, ella gimió sonoramente y dijo:

—¡Qué gusto, qué palo! No te muevas.

Apoyó un hombro y la cabeza en la cama y movió su brazo hacia atrás por en medio de sus piernas, hasta llegar a cogerme los huevos, bien agarrados empezó a sobarse el clítoris con ellos.

—Pégame en el culo. —Me dijo. Sin mucha fuerza empecé a darle cachetes en las nalgas, ella protestó:— ¡Más fuerte, más fuerte, quiero que me duela.

El culo se le fue poniendo rojo mientras ella seguía dándose con mis huevos en el clítoris. Al rato me soltó los huevos y se llevó la mano a su perlita, como ella llamaba a su clítoris.

—Muévete, bombea con fuerza. —Me dijo entre gemidos.

Empezamos el mete y saca. Nos movíamos los dos a un ritmo que casi la sacaba del todo, para luego golpear mis caderas contra su culo. Le cogí las tetas desde detrás y se las apreté con fuerza. Luego le solté una y cogí su pelo, tirando para atrás de su cabeza.

—Carlos estoy casi lista, acelera, que me corro.

Yo también estaba otra vez casi listo. La solté para poder golpearle el culo con las dos manos.

—¡Fuerte, más fuerte, me corro, aaggg, qué placer, qué largo y que intenso!
Se echó hacia delante sacándose mi polla. La agarré por la cintura acercándome su culo y me corrí sobre él, cayendo luego exhausto.

—Tres—dos, no está mal para un comienzo. —Dijo sin moverse de cómo había quedado.

Nos quedamos dormidos abrazándola yo por detrás con la polla encajada en su culo. En los dos días siguientes no paramos de follar ni para comer. Me enseñó y probamos sus juguetes sexuales y puedo decir que conocía sex—shops con menos variedad. Cuando el domingo por la noche me despedí de ella, tenía la polla en carne viva. Quedamos en volver a vernos cuando nos apeteciera, sin compromisos. ¡Qué barbaridad de mujer, qué manera de follar! Había aprendido montones de cosas en dos días, pero sobre todo había aprendido que la juventud no es un grado necesariamente y la espléndida madurez de una mujer, sí.

Cuando volví al estudio esa noche, decidí cambiar el cuaderno y la carpeta de sitio, había demasiada gente que conocía su existencia y no era nada seguro tenerlo en un sitio tan accesible.

Durante la siguiente semana tuve mucho trabajo, tanto en el máster, como repartiendo paquetes. Salía temprano de la casa y volvía tarde. Durante todos esos días no vi a ninguna del resto de moradoras de la casa. Pensaba mucho en el extraño sueño premonitorio que había tenido, pero no lograba explicármelo. Todos los días seguía soñando con distintas mujeres, pero ya no les decía la monserga del conjuro, sino que como me había dicho Carmen las besaba y follábamos. No tanto como con Carmen, porque los sueños no eran tan largos.

El sábado por fin pude dormir un poco más. A media mañana llamaron a la puerta, era Caty:

—La señora Lucía desea que baje usted a comer hoy a las dos de la tarde.

—Dile que sin problemas. ¿No te apetece pasar un rato?

—No me es posible, tengo que preparar la comida. Tal vez luego o mañana. —Me dijo y se fue.

Miré por el ventanal, no había nadie en el jardín. Estuve perreando hasta que me aseé y me vestí para bajar a comer. Como siempre, salí por la puerta de servicio y llamé a la puerta principal. Me abrió Caty, que me acompañó hasta el comedor. Sólo había dos servicios, así que comeríamos solos Lucía y yo. Lucía entró a las dos en punto, me dio la mano e hizo el gesto de que nos sentáramos. Venía muy atractiva con un vestido sin mangas, corto y ajustado y

unas medias y unos zapatos rojos.

—¿Qué tal Carlos, cómo le van las cosas?

—Muy bien, sigo encantado con mi alojamiento y Caty me cuida de maravilla.

En ese momento entró Caty con la comida.

—He seleccionado un primero con ostras y carabineros y de segundo entrecot de buey. ¿Le parece bien? —Me preguntó Lucía.

—Perfecto —le contesté pensando que me iba a tener dos pajas esa tarde con tanta comida afrodisiaca.

Fuimos dando cuenta de las ostras y los carabineros, acompañados por un excelente Albariño. Me preocupó que no teniendo un céntimo, me estaba acostumbrando a una vida que no podía permitirme entonces ni podría en años, eso si alguna vez podía.

—¿Y Clara y Virtudes no están hoy en la casa? —Le pregunté.

—No, se han ido de fin de semana con unos amigos, dejándome sola.

Cuando habíamos terminado con el primero, entró Caty con dos entrecots que daban miedo, pero que estaban buenísimos. Lucía me pasó una botella de Villa Tondonia para que la descorchara, debía haberlo escogido en honor de su primer apellido. Con una conversación intrascendente dimos cuenta de la comida y de la bebida. Yo con dos medias botellas y sin costumbre de beber vino estaba bastante achispado a final de la comida.

—¿Le apetece un digestivo? —Me preguntó.

—No sé si debo después del vino.

—No se preocupe por eso. Caty, por favor, sirva dos wiskis.

Caty los sirvió y se retiró. Lucía no dejaba de mirarme, yo la miraba de vez en cuando, pero no me atrevía a mirarla fijamente.

—¿Tiene novia o amiga fuerte o como se diga ahora?

—No, la tuve durante un tiempo pero terminamos poco antes de mudarme aquí.

—¿Le gustan las mujeres? —Me sorprendió la pregunta, acababa de decirle que había tenido novia hasta hacía poco tiempo.

—Si, por supuesto, lo que pasa es que estoy muy liado y no puedo salir mucho a ver si encuentro algo.

—¿Le gusta mi hija? —No tenía ni idea de por dónde saldría aquella mujer.

—Es una chica muy guapa y muy simpática. —Le contesté prudentemente.

—Ella me ha contado que se encontraron una noche hace un par de semanas, que estuvieron tomando una copa y charlando y que era usted muy simpático.

Me quedé helado. Yo no me había encontrado con Clara, había soñado que me encontraba con ella o al menos de eso estaba convencido, aunque cada vez tenía más dudas sobre el jodido sueño.

—Es posible, creo que esa noche bebí demasiado y no tengo los recuerdos muy claros. —Preferí quedar por beodo que por idiota y le di un buen trago al whisky.

—Los jóvenes tienen ahora demasiada libertad, en mi tiempo era distinto.

—Lucía, no creo que pueda usted hablar de su tiempo, como si fuera distinto a este.

—Gracias Carlos, pero fíjese que tengo una hija de su edad. ¿Le parezco todavía atractiva?

La conversación estaba tomando un derrotero que no entendía. ¿A qué venía preguntarme primero por la hija y después si ella me resultaba atractiva? Aproveché su pregunta para mirarla fijamente de arriba abajo.

—Es usted muy atractiva, sin el todavía.

—Es usted un encanto de joven, que sabe cómo adular a las mujeres maduras. Déjeme que le diga una cosa: *“No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y rinde culto a tu cuerpo y al mío”*.

¡Hostia puta! Lucía me había soltado la frase de marras. A toda velocidad pensé varias cosas: primera, que se sabía el conjuro y lo más seguro, también su historia; segunda, que debía saber o creer que el conjuro podía ser utilizado con mujeres y con hombres, indistintamente; tercera, que no debía saber qué yo también sabía la martingala; cuarta, que había elegido la comida para ponerme como un semental; y quinta y más importante, ¡qué pretendía follarme! Traté de tranquilizarme. A mí el conjuro no me había hecho el más mínimo efecto, me apetecía follar con ella igual que antes de que me lo dijera.

—Perdón, ¿cómo ha dicho? —Dije tratando de ganar tiempo para pensar.

—*“No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y rinde culto a tu cuerpo y al mío”*.

El conjuro seguía sin surtirme efecto, pero la verdad es que no quería desaprovechar la oportunidad de que echáramos un polvo. Lo malo del asunto, era si luego me pondría de patitas en la calle, tanto por follar, como por no follar.

—¿Me estás diciendo eso en serio? —Le pregunté pasando al tuteo.

—Completamente —dijo levantándose, colocándose detrás de mí y pasando sus manos por mi pecho por debajo de la camisa—. ¿Es qué no te apetece Carlos?

Me giré y la miré a los ojos. Después me levante y me puse frente a ella, la abracé y la besé en la boca.

—¿No te parece que esto es mejor que una paparrucha de frase hecha? —Le dije recordando lo que me había dicho Carmen.

—Es posible, pero es que a mi marido le había dado por ella y se la soltaba a la que tuviera a mano. Creía que su éxito era infalible.

—Lucía eres muy atractiva y apetecible para cualquier hombre. ¿Quieres qué follemos?

—¡Claro, sino para que te he dicho la jodía frase!

Volví a besarla largamente en la boca y comencé a empalmarme con el beso y con la comida para sementales que me había endiñado la muy zorra. Me cogió de la mano y se dirigió a la zona de servicio. Entró en la habitación de Caty, que estaba desnuda tumbada en la cama. No hizo falta que le dijera nada, Caty se levantó, se acercó a la espalda de Lucía, le bajó la cremallera del vestido y se lo quitó, luego Lucía le dijo:

—Caty, ayude al señor Carlos a desnudarse.

Caty se puso delante de mí, me soltó el pantalón, me desabrochó la camisa y me la quitó. Después se puso en cuclillas, me quitó los zapatos, los pantalones y los boxes. Tenía la polla a reventar.

—Veo que tienes la polla muy hermosa y muy dura. —Me dijo Lucía acercándose a mí.

Caty salió de su habitación cerrando la puerta. A los pocos segundos estaba mirando por el ventanuco con la luz de la despensa encendida, para que pudiéramos verla. Lucía estaba tremenda con un corsé rojo, que le sujetaba las medias. No llevaba bragas y tenía el coño bastante poblado de pelo oscuro. Pensé que con el título nobiliario que tenía no podía ir depilada.

—Tú eres un poquito pervertida, ¿no? —Le dije antes de volver a besarla.

—Te equivocas, no soy un poquito pervertida, soy muy pervertida. —Contestó, empezando a sobarme el nabo con una mano.

¡Vaya con la cuarta marquesa del Coño Casposo!

—Túmbate en la cama —me dijo empujándome para que cayera boca arriba.

Vi entonces que sobre la cama había un espejo en el techo, aquella debía ser la habitación del vicio. Lucía se sentó sobre mi cabeza, metiéndome su coño en la boca. Rodeé su cuerpo con mis brazos llevando mis manos a su coño para abrirlo y poder llegar a ella en medio del pelucón que tenía. Suspiraba cuando le pasaba la lengua desde el clítoris hasta el ojete. Al rato se dobló hacia delante hasta adoptar la posición de un “69” y se metió mi polla en la boca. La mamaba de escándalo, lo mismo lamía que succionaba o se la comía. Yo seguía con mi trabajo en su coño. Lo tenía muy grande debajo del matorral de pelo, tanto que de vez en cuando tenía que sacarme alguno de la boca. Cuando miraba al espejo del techo veía su espléndido culo moviéndose para recibir más placer.

—Lo haces muy bien para ser tan joven —me dijo volviendo a incorporarse.

—Gracias, tu también la chupas divinamente.

Le eché mano a sus tetas metiendo las manos por los lados del corsé. Ella me facilitó la tarea soltándose parte de los gafetes. Oí como se abría la puerta, pero no podía ver, miré hacia el ventanuco y Caty no estaba, debía ser ella quien había entrado. Lucía se desplazó poniéndose de rodillas a mi lado, entonces pude ver a Caty a los pies de la cama con un arnés con una polla monstruosa.

—Chúpale su polla a Caty. —Dijo Lucía y yo pensé que vaya si eran pervertidas, pero a mí me apeteció muchísimo chupar aquel pollón falso.

Me incorporé, sentándome en la cama con la espalda apoyada en el cabecero. Caty estaba impresionante desnuda y sobándose el pollón como si fuera suyo de verdad. Se subió a la cama y dejándome entre sus piernas me metió el pollón en la boca. Casi no me cabía, pero hice lo que pude. Lucía volvió a comerme la polla y los huevos, que se metía en la boca y tiraba de ellos casi hasta hacerme daño. Yo tenía a Caty cogida por el culo, pasándole los dedos por su raja por en medio de las correas del arnés.

—Métame los dedos señor Carlos —me pidió.

Mientras yo trataba de meter los dedos en el coño de Caty, noté que Lucía había dejado de comerme la polla, se había puesto en cuclillas sobre mí y cogiéndomela con la mano trataba de metérsela. Poco a poco fue entrando, el agujero parecía muy estrecho, debía estar metiéndosela por el culo.

—¡Aaaggg, que gusto! —Gritó cuando había terminado de metérsela, para luego decir:— Caty ven aquí.

Caty la obedeció, se puso delante de ella y le metió el pollón en la boca. Sin Caty delante podía ver en el espejo del techo la escena. Me puso cardiaco ver con el ansia que Lucía le comía el pollón a Caty y como esta le cogía la cabeza y la apretaba contra ella. ¡Joder que dos leonas! Al rato Caty cambió de posición, se puso de rodillas entre nuestras piernas y empezó a lamernos desde mis huevos hasta el clítoris de Lucía.

—Métemelo Caty, que no voy a tardar en correrme —Le dijo Lucia. Caty incorporándose y acercándose le puso el pollón a la entrada del coño a Lucia y se lo fue metiendo, notando yo en mi polla como iba entrando.

Estaba también a punto de correrme, pero se adelantó Lucía.

—¡Más fuerte Caty, que me corro! ¡Aaaaggg, aaaggg, ya, ya, ya!

Lucía perdió el control de su cuerpo y cayó de espaldas sobre mi pecho, sacándose mi polla del culo. Caty la empujó a un lado y sin quitarse el arnés se puso encima de mí y se metió mi polla en su coño. Me miraba a los ojos de forma desafiante, mientras se sobaba el pollón falso, parecía que le estaba por el culo a un tío. Le cogí sus espléndidas tetas y se las apreté con fuerza. Ella gemía, sin parar de moverse de arriba abajo. Lucía se incorporó, se colocó sobre mi pecho y empezó a morder los labios de Caty.

—¡Me voy a correr! —Les grité.

—¡Yo también señor Carlos! —Me contestó Caty—. ¡Aaaaaggg! —Gritó cuando notó los chorros de mi corrida en el interior de su coño.

Quedamos los tres como muertos. ¡Qué follada me habían dado entre las dos! Me dormí y entre sueños percibí que las dos salían de la habitación y en la puerta hablaban con una tercera persona.

—Tienes que probarlo —decía Lucía—. No tiene una polla, tiene un palo de caoba.

Desperté y estaba solo en el cuarto de Caty. Cogí mi ropa, subí al estudio y me tumbé, desnudo como estaba, en el sofá. ¡Joder con la marquesa y la sirvienta! Desde luego no era la primera vez que lo hacían juntas. Al cabo del rato recordé lo que Lucía me había contado de mi encuentro con Clara. No podía ser, yo había soñado todo aquello o, al menos, estaba convencido de que lo había soñado. Tenía que preguntárselo a Clara en cuanto tuviera oportunidad. Oportunidad que se produjo la tarde siguiente, cuando al volver de comer me la encontré en la cancela.

—Hola Clara. Buenas tardes. ¿Ya de vuelta?

—Hola Carlos. Pues sí, de vuelta a casa.

—¿Tienes un minuto para hablar?

—Sí claro. ¿Lo hacemos tomando una copa?

—Por mí perfecto. ¿Me llevas al pub de la otra noche? —Le pregunté por ver si en efecto nos habíamos encontrado.

—Vale.

La cosa tenía toda la pinta de que no había sido un sueño. Entonces, ¿por qué estaba yo empeñado en que sí lo había sido? Andamos un rato en silencio hasta que llegamos al pub de marras. Pedimos y Clara me preguntó:

—¿De qué querías hablar?

—Pues de la otra noche, en la que al parecer nos encontramos y tomamos una copa. Yo estaba convencido de que había sido un sueño, pero las evidencias me indican otra cosa.

—De esa noche quería hablar yo contigo también. Es cierto que nos encontramos y estuvimos aquí tomando una copa y hablando, pero desde que salimos del pub no recuerdo nada y estoy preocupada por lo que pudo haber pasado.

—Yo recuerdo un poco más, pero como te he dicho lo había confundido con un sueño.

—¿Qué más recuerdas tú?

—Es un poco embarazoso contártelo.

—¿Me forzaste?

—¡No, en absoluto! ¿Cómo me crees capaz de eso? —Le dije bastante molesto con ella, por poder pensar eso.

—Pues entonces cuéntame que pasó cuando salimos de aquí.

—Verás, los dos íbamos bastante cargados,..

—Eso ya lo sé, si no me acordaría de lo que pasó.

—Nos fuimos andando para tu casa, cuando llegamos dijiste de subir conmigo al estudio, pero al entrar en la zona del servicio, oímos un zumbido en el cuarto de Caty. Me dijiste que podíamos ver lo que hacía y me enseñaste el ventanuco de la despensa. Caty se estaba masturbando con un vibrador y a ti no se te ocurrió otra cosa que yo entrara en su habitación y me la follara, mientras tu mirabas. Yo traté de resistirme, diciéndote que prefería estar contigo, pero me dijiste que primero me follara a Caty mientras tú mirabas y que luego seguiríamos nosotros. Entre en su habitación y empecé a follar con ella, mientras te veía a ti mirándonos. Ahí se acaban mis recuerdos. Me desperté en mi cuarto creyendo que lo había soñado.

—Tengo que beber menos, bueno y tú también. O sea, ¿qué no sabemos si follamos o no?

—Yo desde luego no lo sé. ¿Y tú cómo te despertaste?

—En mi habitación a la mañana siguiente, con el coño y el culo doloridos.

—Pues sería una pena que lo hubiéramos hecho y no me acordara.

—Lo mismo digo por lo que me contó primero Virtudes y ayer mi madre.

¡Anda que a la familia se le podía confiar un secreto! Me dio bastante vergüenza que Clara supiera lo que había pasado ayer con su madre. Ella debió notármelo porque me dijo:

—Oye, que yo no tengo ningún problema con lo que hagáis mi madre y tú, que ya somos las dos mayorcitas y sabemos de qué pie cojeamos cada una. — Vaya desparpajo que tenía Clara, pensé—. Volviendo a lo anterior, quien tiene que saberlo todo es Caty.

—Seguramente, porque ella parecía no haber bebido. —Le contesté.

—Habrá que preguntárselo directamente —dijo Clara y continuó:— Hoy tiene la tarde libre, voy a llamarla, a ver si puede venir a tomar una copa y nos saca de dudas.

—¡Tiene cojones que no nos acordemos si hemos follado! —Exclamé, bastante enfadado conmigo mismo.

Clara seleccionó el contacto de Caty en el teléfono y la llamó.

—Hola Caty. Estoy tomando una copa con Carlos y nos preguntábamos si te apetecía tomar algo y sacarnos de dudas sobre lo que pasó la otra noche.

Caty debió contestarle afirmativamente y Clara concluyó:

—Venga, te esperamos en el pub de siempre.

Al rato, echándole cara al asunto, le dije a Clara:

—De todas formas Clara, si follamos y no nos acordamos es cómo si no lo hubiéramos hecho, con lo cual, si a ti te apetece, deberíamos hacerlo en cualquier caso.

—Estás tú saliendo muy espabilado —me contestó.

Llegó Caty, venía muy atractiva con un pantalón blanco muy ajustado y una camiseta roja bastante descotada.

—¿Qué quieres beber? —Le pregunté cuando se sentó.

—Vodka. —Muy ruso, pensé—. Entonces, ¿qué les pasa con lo de la otra noche?

—Habíamos bebido algo más de la cuenta y cada uno se ha quedado en blanco en un momento distinto. —Le contestó Clara—. La cuestión es que no

nos acordamos cómo terminó la noche y nos gustaría saberlo.

—Deberían tener más cuidado con la bebida —nos recomendó, a la misma vez que ella se tomaba un buen vaso de vodka de una vez y sin respirar—. Bueno, yo había ido a cenar con un amigo que también bebió más de la cuenta y que me dejó caliente y sola sobre las dos de la madrugada. Volví a la casa y decidí aliviarme por mi cuenta. Soy una mujer muy pasional y un sábado no es un sábado si no se tiene un buen orgasmo. Cuando estaba a lo mío, oí ruidos y al poco el señor Carlos entró en mi cuarto. Vi el cielo abierto, al final la noche iba a terminar bien. Traté de sacarme el vibrador del coño, pero no había manera, mis músculos se habían cerrado sobre él, los ejercito mucho para prevenir problemas de incontinencia cuando sea mayor.

—Vale Caty, ¿pero qué pasó? —Le apremió Clara antes de que nos contara lo que hacía o dejaba de hacer con los músculos de su coño—

—Entre el vibrador en el chocho y la polla del señor Carlos en el culo no tardé nada en correrme por primera vez, quedándome semiinconsciente. El señor Carlos fue muy atento y me dejó descansar. Cuando salí del letargo, usted señorita Clara, estaba en la cama desnuda con mi vibrador, que había logrado expulsar finalmente con la relajación del orgasmo, en la entrada de su culo. El señor Carlos la miraba fijamente sobándose su polla dura como una barra de hierro. La situación me puso todavía más caliente de lo que estaba. Busqué un consolador doble que me regaló la señora Lucía para hacer nuestras cosas. Cuando usted lo vio me pidió que se lo metiera y que yo también me lo metiera.

Estaba claro que yo tenía que beber menos o dejar de beber. ¿Cómo era posible que no me acordase de eso? Estaba a un tris de darme chocazos con la cabeza contra la mesa. Caty continuó su narración:

—Ya sabe usted señorita Clara que soy incapaz de negarle cualquier cosa que me pida, así que la obedecí y empezamos un mete—saca muy apasionado, sin que usted en ningún momento dejara de meterse el vibrador por el culo. El señor Carlos cada vez se jalaba más fuerte su polla, que se le había puesto roja como un tomate, pero no lograba correrse. Se enfadó tanto consigo mismo por no correrse que empezó a vestirse y al final se fue sólo con los pantalones puestos y diciendo que tenía un insoportable dolor de huevos. Usted y yo nos corrimos después de un buen rato. Yo me quedé dormida encima de las sábanas tras la segunda corrida y usted debió irse después, me imagino que a su habitación y bastante escocida.

Por fin se había aclarado lo del jodido sueño, que no había sido tal, sino los efectos sobre el cuerpo y la mente de mucho garrafón. Cuando Caty terminó su narración Clara dijo que tenía ir que al aseo, no sé si para orinar o para hacerse un dedo, porque se había soliviantado bastante escuchando a Caty.

—Señor Carlos estuvo usted muy bien ayer. Nos dio mucho placer a la señora Lucía y a mí. Tenemos que repetir.

—Muchas gracias Caty, pero creo que yo no hice nada, que fuisteis vosotras las que animasteis la tarde.

Cuando volvió Clara del aseo, Caty dijo que tenía que marcharse para preparar la cena de Lucía. Nos quedamos Clara y yo en silencio un rato, hasta que ella dijo:

—Tendremos que hacer algo, algún día, para enmendar esa puta noche.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, además, no pienso beber más garrafón en toda mi vida.

—Yo tampoco —concluyó Clara.

Nos marchamos y decidimos buscar una ocasión más adelante para vernos y hacer lo que surgiera, con la tranquilidad que la cosa se merecía.

Nuevamente tuve una semana agobiante con el máster y los repartos. Llevaba el máster bastante mal, trabajaba poco, dormía normalmente mal con los sueños tórridos y los fines de semana no podía echarle ni un rato con tanto folleto y tanto cachondeo. Echaba de menos un poco de tranquilidad y una novia de las de toda la vida con la que charlar, ir al cine, tomar una copa y de ven en cuando echar un polvo normalito, en vez de estar de follador de la pradera.

Casi me había olvidado del cuaderno y la carpeta de las experiencias del conjuro, cuando el jueves recibí un correo electrónico de una dirección de esas imposibles de entender, que decía: *“Tiene usted algo que me pertenece y es necesario que me lo devuelva. Entréguelo en el apartado de correos 41—10221 antes del sábado o aténgase a las consecuencias.”* Pese a lo misterioso del mensaje, no tenía más remedio que referirse al cuaderno y la carpeta de marras. Al parecer, su auténtico propietario, el tal Antonio, quería recuperarlos. A mí me daba igual, como he dicho prácticamente los tenía olvidados, pero me jodió el tono amenazante del mensaje. Decidí fotografiar las páginas del cuaderno y las fotos de la carpeta, para devolverlos, pero quedarme con una copia.

El viernes por la noche quedé con los amigos para salir de copas, me negué a ir al pub del garrafón y al final ellos accedieron a que nos viéramos en otro sitio, lo malo es que en el que ellos propusieron, nos podían dar la misma mierda o peor. Llegué antes de la hora a la que habíamos quedado. El pub estaba todavía muerto. En la barra estaba Virtudes, tan guapa como siempre.

—¿Cómo tú por aquí? —Me preguntó.

—Eso mismo podía preguntarte yo. He quedado aquí con los amigos.

—¿Hoy no te toca con Caty?

—No creo que eso sea asunto tuyo. —Le respondí un poquito, bastante desagradable.

—No te enfades hombre.

—No, si no me enfado, lo que pasa es que estoy harto de que seas tan borde conmigo.

En ese momento llegaron mis amigos, que venían de cenar juntos, y con ellos un grupo de chicas que habían conocido en el antro donde habían quedado para cenar. Yo, en mi situación económica, tenía que elegir entre cena o copas, no tenía para las dos cosas. Las chicas eran bastante atractivas en general, pero había una especialmente guapa que era el centro de la atención de todos ellos. Me presentaron a las chicas, el pibón se llamaba Antonia, tendría unos veinte años, alta, morena, guapa, pelo lacio más bien largo, tipo de modelo, tetas que parecían grandes, un culo bien puesto y unas piernas preciosas que dejaban ver en toda su magnitud la escueta minifalda que llevaba. Como soy un hombre consciente de sus limitaciones para ligar, la saludé y dejé que mis amigos siguieran dándole la murga.

Después de una copa las chicas propusieron ir a otro sitio más de moda. Fuimos a pagar cada uno lo suyo y cuando me tocó a mí, Virtudes me dijo:

—¿Ya te vas? ¿No me esperas a que termine el turno?

—¿Tú de qué vas? —Le contesté y continué: —Ah sí, de calientapollas, que se me había olvidado de la última vez.

—¡Vete a la mierda!

—Ya estoy en ella. Adiós mona, que te vaya bonito.

La muy hija de puta había conseguido cabrearme. Cuando me volví para irme Antonia estaba detrás de mí y seguro que había escuchado toda mi conversación, por llamarla de alguna manera, con Virtudes. Ya en la calle y empezando a andar hacia el otro sitio, Antonia se puso a mi lado y me dijo:

—Parece que tienes algún problema con la camarera.

—No, problema ninguno, sólo que es una tía muy borde y me tiene ya un poco hartó. De todas formas, perdona por haber tenido que escucharnos.

—No hay nada que perdonar, pero me ha extrañado que le dijeras esas cosas a una chica tan guapa.

—Vuelvo a pedirte perdón. Normalmente no soy así, pero es que esa mujer, que además vive en el mismo sitio que yo, me tiene muy quemado.

—Bueno, olvídale ya y vamos a pasarlo bien —me dijo colgándose de mi brazo o yo del suyo porque con los zapatos de plataforma que llevaba me sacaba media cabeza.

En ese momento miré hacia el cielo y reparé que había luna llena, no pude evitar que el conjuro se me viniera a la cabeza, pero también se me vino a la cabeza el consejo de Carmen, que un beso podía mucho más que cualquier conjuro. La noche fue bastante agradable y Antonia y yo estuvimos hablando de los estudios, de lo difícil que lo tendríamos para trabajar luego, de la posibilidad de salir al extranjero, en fin de las cosas que preocupan a los jóvenes que estamos estudiando y no tenemos muchos recursos.

El grupo se fue fragmentado y diluyendo, como suele ocurrir, a las tres de la madrugada nos quedamos solos Antonia y yo.

—Si quieres te acompaño a tu casa —le dije en plan galante—. ¿Por dónde vives?

—Aquí cerca, en el piso de una amiga que he venido a ver este fin de semana.

—¿No vives en Sevilla?

—No, estoy estudiando en Granada.

Comenzamos a andar y ella volvió a colgarse de mi brazo. Me gustaba hablar con Antonia, empecé a pensar que era el tipo de chica que me gustaría tener como novia y poder compartir con ella las inquietudes y las preocupaciones que se tienen a esa edad y, cómo no, también los ratos de intimidad.

Llegamos al portal en el que vivía, no quería despedirme de ella. Me volvió a la cabeza el conjuro, pero decidí que hiciera efecto o no, no iba a hacerle a Antonia semejante charranada. Le dije:

—Antonia, encantado de haberte conocido, me lo he pasado muy bien. Cuando vaya por Granada te llamo y nos vemos o cuando vuelvas por Sevilla, llámame y tomamos algo.

—Igualmente, ¿tienes prisa?

—No, he imaginado que querrías descansar.

—Te invito a un café arriba, mi amiga ha tenido que irse, su madre se ha puesto enferma, y me he quedado sola.

¡No podía creer mi suerte otra vez!

—Por mí encantado, mañana es sábado, no tengo que levantarme temprano y además estoy muy a gusto contigo.

—Gracias y de nuevo igualmente.

Subimos tres pisos por las escaleras, la casa no tenía ascensor, y entramos en un piso bastante pequeño, pero muy acogedor. Antonia se quitó la chaqueta y sus tetas destacaron debajo de la blusa que llevaba.

—¿Qué quieres tomar? —Me preguntó.

—Yo prefiero una copa a un café.

—Te apetece una copa de cava extremeño, mi amiga es de Badajoz y se empeña en hacer patria.

—¿Por qué no? De acuerdo.

El piso tenía la cocina integrada en el salón. Antonia se acercó por la botella y las copas. Sacó la botella del frigorífico y me la pasó para que la descorchase, recordé la primera noche con Carmen y pensé que iba a poder dedicarme al descorche. Al agacharse para coger las copas la falda se le subió y me dejó ver íntegramente sus preciosos muslos por detrás y parte de su culo. Llevaba un tanga rojo de hilo, que con gran dificultad lograba cubrirle el chocho, y mi espada láser empezó a animarse ante esa visión divina. Volvió con las copas, las llené y nos sentamos en el sofá.

—Por este fantástico encuentro —propuse de brindis y chocamos las

copas.

—¿Qué edad tienes? —Me pregunto.

—Veinticuatro, ¿y tú?

—Diecinueve. ¿Tienes novia?

—No, hace unos meses que me dejó la que tenía, ¿y tú?

—Tampoco. No me apetece, prefiero no tener compromisos.

Antonia me tenía encandilado. Simpática, guapa, atractiva. Con una cabeza muy bien amueblada para tener diecinueve años. Vamos que tenía todo lo que se podía pedir. Deseé besarla, pero no me atreví todavía. Si a ella no le apeteecía se terminaría la noche y yo no quería que eso ocurriese. Cuando nos bebimos un par de copas, Antonia me dijo:

—¿Te importa si me pongo cómoda? Aunque esto no lo dice una chica nunca, pero los zapatos me están matando.

—Claro que no me importa. —Ella se levantó y se entró en una habitación. Yo seguí hablando:— Hay que ver los sacrificios que hacéis las mujeres para estar más atractivas, lo que en tu caso además es imposible.

—Me voy a poner colorada con el piropo.

Cuando me contestó miré hacia la puerta por la que había salido de la sala. Estaba entornada y pude ver que se había quedado en sujetador y tanga. Estaba preciosa. Deje de mirar, pero la imagen no se me iba de la cabeza y estaba afectando gravemente a mi polla, que no paraba de crecer y había empezado a segregar líquido preseminal como una manguera de los bomberos. Empecé a preocuparme. Decidí ir al servicio en ese momento que ella no estaba y así no se percataría de mi erección y limpiarme la polla en la medida de lo posible. Tenía los boxes mojados y la inundación estaba traspasando peligrosamente al pantalón. Hice lo que pude y volví al salón. Antonia ya estaba sentada en el sofá con una bata como de seda roja, tan corta que permitía admirar sus preciosas piernas.

—¡Qué barbaridad, qué guapa Antonia! Yo creo que si quieres ir más atractiva deberías salir así.

Llené las copas de nuevo, me senté y finalmente decidí besarla. Estábamos los dos con las cabezas giradas mirándonos uno al otro, me fui acercando a su boca temiendo que ella se retirara, pero en lugar de eso, acercó sus labios a los míos, hasta que nos besamos. La gloria bendita no le llegaba a la suela del zapato a aquel beso. Nos separamos y nos miramos a los ojos sin hablarnos.

—Creí que no te ibas a decidir nunca —me dijo rompiendo el silencio.

—Las cosas importantes hay que pensárselas y esta es muy importante para mí.

Me miró de arriba abajo, luego me cogió una mano y dijo:

—¿Tienes problemas de eyaculación precoz?

—No, ¿por qué?

Señaló mi entrepierna y hostia, tenía un humedal en el pantalón que además, con la erección que tenía, hacía que destacase como la cima de una montaña nevada. Me puse rojo como un tomate.

—¡Joder, que vergüenza Antonia! No tengo eyaculación precoz, más bien lo contrario. Lo que pasa es que cuando estoy caliente y empalmado segrego litros de líquido preseminal y eso que ya he ido antes al aseo a tratar de limpiarme.

—A mí me pasa lo mismo. Cuando estoy caliente mi chocho es una máquina de segregar jugos. Antes no me molestaban los zapatos, lo que pasaba es que tenía el tanga empapado y tenía que cambiarme para que los jugos no me bajaran por las piernas.

Diciendo esto se abrió la bata y ya no llevaba el tanga de antes, sino unas bragas con una entrepierna bastante grande. Con bragas o con tanga la visión de Antonia con la bata abierta fue una de las más bellas de las que he disfrutado en mi vida.

—Bueno, después de esta charla sobre los humedales, creo que no tiene mucho sentido seguir disimulando las ganas que nos tenemos. —Dijo poniéndose con las piernas abiertas sobre mis piernas y besándome en la boca.

—No, no creo que tenga mucho sentido —le dije, quitándole la bata, abrazándola y devolviéndole el beso.

—Quítate los pantalones, que los vas a echar a perder —dijo levantándose de mis piernas y ejerciendo de madre.

—Es la peor excusa que han utilizado nunca conmigo para que me quite los pantalones —le dije y ella se empezó a reír—. ¿Los boxes también?

—Claro, si están para tenderlos y ya que estás puesto quítate también la camisa, vamos, que te quedes en pelotas.

Me levanté del sofá para desnudarme y ella se sentó a mirarme. Cuando me bajé los pantalones tenía la polla fuera de los boxes y cayeron varias gotas de líquido preseminal al suelo.

—¿Voy por la fregona? —Me dijo con mucha sorna.

—Depende de cómo tengas tú el chocho.

—Pues con muchas ganas de guasa —contestó sin dejar de mirarme.

—Estás tú muy suelta para tener diecinueve años.

—Es que me ponen mucho los hombres mayores.

Decidí no seguir porque estaba viendo que me iba a ganar. Cuando estuve completamente desnudo me puse encima de ella para besarla. Tenía las tetas tan duras, que me hacían daño en el pecho cuando me apretaba contra ella.

—Ahora te toca a ti, que vas a mancharle el sofá a tu amiga —le dije echándome a un lado.

Antonia se levantó y se puso de espaldas a mí. Se soltó el sujetador, lo dejó caer y luego se quitó las bragas doblándose por la cintura todo lo que pudo para que admirase su culo y su chocho desde detrás. Se dio la vuelta tapándose como el cuadro del nacimiento de Venus. No podía ser que ahora le diese pudor que la viera desnuda. Al momento supe que, en efecto no era pudor, estaba jugando conmigo. Fue bajando lentamente el brazo con el que se tapaba las tetas hasta llevarlo también a su chocho. Me estaba poniendo caliente como una brasa. Sus tetas eran grandes, como había supuesto, estaban tan duras que parecía que me miraran desafiándome, las areolas eran rosadas y grandes y los pezones también grandes y erectos. Luego apartó primero una mano de su chocho y después la otra. Tenía un gran triángulo de vello, muy corto, casi rapado. Su chocho estaba abierto, rosado y brillante.

—¡Por Dios Antonia! ¿Pero a ti con qué te han criado para que estés tan buena? —Le dije mientras notaba cómo me iba brotando líquido preseminal del nabo.

Me levanté, me acerqué a ella y la abracé besándola de nuevo.

—Me estás pringando la barriga con tus líquidos —me dijo moviéndose de un lado a otro contra mi polla.

—Eso no es nada para lo que te voy a pringar.

—Parole, parole, parole,... —tarareó.

La apreté contra mí sobándole el culo, luego bajé la cabeza para llegar a sus tetas y poder besárselas y chupárselas. Por último me puse de rodillas para besar su chocho, pero ella se retiró.

—¿No te gusta el sexo oral? —Le pregunté.

—A mí me gusta el sexo sin apellidos, pero acabamos de conocernos y no creo que debamos gastar toda la munición a la primera.

Bajó su mano hasta mis huevos y empezó a amasármelos. Gemí

profundamente con su contacto. Le correspondí llevando una mano a su chocho. Lo tenía empapado, mis dedos corrían sobre él sin ninguna dificultad.

—Me gusta que estés así por mí. Vamos a tener que beber líquidos para no deshidratarnos. —Le dije al oído.

—Yo aguanto mucho tiempo sin beber, no ves que soy del desierto.

Subió su mano, me cogió la polla y empezó a meneármela.

—¿Te apetece follar? —Le susurré.

—No, me apetece más ver la teletienda. ¿Tú eres tonto? Si no, ¿qué estoy haciendo aquí en pelotas, besándote y acariciándote el nabo?

Tiró de mí hacia la habitación en la que se había cambiado y se puso de rodillas en el borde de la cama. Me quedé mirándola no sé cuánto tiempo, hasta que ella me dijo:

—Carlos, no estoy así para cambiar las sábanas, ¿vas a hacer algo o hago pasar al siguiente?

—Eres tú muy chula, pero con ese cuerpo que tienes puedes ser cómo te de la gana.

Me puse detrás de ella y encajé la polla entre sus nalgas, tirando de sus caderas hacia mí para apretar más. Doblé la cintura y fui besando y lamiendo su espalda. Finalmente, coloqué la punta de la polla en su chocho y fui empujando lentamente hasta meterla entera. Ella empezó a moverse adelante y atrás y yo llevé mis manos a su clítoris para acariciárselo.

—Follas bien —me dijo.

—Tú también —le contesté.

—¿Tienes mucha práctica?

—Igual hasta menos que tú, pero últimamente me han dado varias magistrales.

—¡Sigue que me voy a correr! ¡Cógeme las tetas!

—¿Me puedo correr dentro?

—Prefiero que te corras luego en mis tetas. ¡Aaaagggg, no pares, más fuerte, aaaggg, uuuffff, sigue, sigue, sigue, ahora, ahora, ahora!

Cuando no pudo más se dejó caer en la cama y se volvió para ponerse boca arriba. Me subí sobre ella, que me cogió la polla y la jaló sin dejar de mirarme a los ojos. Me corrí sobre sus tetas tanto como para llenar un vaso de tubo y me dejé caer sobre ella.

Cuando conseguimos recuperar el aliento. Le dije:

—¡Joder Antonia cómo me has puesto!

—¿Por qué hablas en pasado, es que ya no te pongo? —Me dijo volviendo a cogerme la polla, que estaba dura como antes de correrme—. Ah no, ya noto que todavía te pongo.

Follar con Antonia había sido tan maravilloso como pasar la noche hablando con ella.

—Vamos a dormir que son las seis de la mañana y yo me tengo que levantar temprano. —Me dijo. Nos abrazamos y nos quedamos dormidos.

Me despertó Antonia trayéndome un café a la cama. Iba desnuda, como nos habíamos dormido la noche anterior. Yo estaba empalmado, no sé si se me habría bajado en algún momento a lo largo de la noche.

—Despierta dormilón, que son más de la diez y tengo que coger el tren. — Me dijo pasándome el café.

—Gracias, necesito este café más que respirar.

—Pues tómatelo rapidito que vamos a la ducha.

Me bebí el café casi de un trago y la seguí a la ducha. Mientras esperábamos que saliera el agua caliente nos estuvimos besando. Ya debajo del agua nos fuimos enjabonando mutuamente. El cuerpo de Antonia era impresionante, no se podía estar más buena. Enjabonarla me había puesto caliente a reventar. Se lo dije:

—Antonia, estoy tan caliente que me duele la polla.

—Te vas a tener que conformar con una paja, porque voy tarde para el tren.

—Por esta vez vale, pero tenemos que vernos otra vez sin prisas.

Me agarró la polla y bastó que me la meneara un par de veces para que me corriera a chorros sobre su barriga.

La acompañé a la estación y nos despedimos con un beso rápido porque ella perdía el tren. Andando de regreso al barrio pensé que había conocido a una chica maravillosa con la que no me importaría pasar parte o todo el resto de mi vida. Cuando estuve con Carmen me había convencido de que me gustaban más las maduras, pero esa mañana me estaba convenciendo de lo contrario. Concluí que me gustaban algunas mujeres, dando igual que fueran maduras o jóvenes, dependía de cómo fueran ellas.

Me llamaron del trabajo, tenía que repartir varios paquetes. Me cagué en todo lo cagable porque había dormido muy poco y el alcohol de la noche anterior estaba empezando a pasarme factura, pero no me quedó más remedio que ir tenía que comer y pagar el alquiler. Afortunadamente los paquetes eran

pequeños y no tenía que cargar con el armario empotrado. Cuando me quedaba un solo paquete que entregar iba más muerto que vivo, dejé la bicicleta y llamé a la dirección que ponía en el paquete.

—Mercedes Parpajo.

—¿Sí? —Contestó una voz de mujer.

—Mensajero.

Me abrió. Cogí el ascensor a la última planta. Volví a llamar a la puerta del piso, contestaron desde dentro que esperara un momento, el momento fueron dos minutos y al final abrieron. Era una mujer como de cincuenta años alta y de muy buen ver. Llevaba un albornoz corto por encima de la rodilla, pensé que a las horas que eran ya le había dado tiempo de arreglarse.

—Perdona, pero es que estaba en la terraza tomando el sol.

—¿Es usted Mercedes Parpajo?

—Sí, entra por favor.

Pasé, debía llevar una cara horrorosa porque la tal Mercedes me dijo:

—¿Quieres agua o una cerveza? Llevas una cara de agotado que da pena y yo suelo revisar los paquetes antes de aceptarlos.

Me pareció que iba a ser mucha cara, pero ella tenía razón, estaba agotado y tenía una sed infernal.

—Una cerveza, por favor.

—Pasa a la terraza —me dijo indicándome el camino—. Siéntate y ahora te la llevo.

El piso era grande, pasamos por el salón hacia una terraza enorme y me senté a la sombra en una de las sillas que rodeaban una mesa de madera. Al momento volvió ella con una cerveza helada, una copa también helada y unas patatas fritas de paquete en un plato. La boca se me hizo agua.

—Espérame aquí un minuto. Mientras te tomas la cerveza, voy a abrir el paquete.

En teoría yo no tenía que esperar nada, pero la cerveza me estaba sabiendo como la mejor que me hubiera tomado en toda mi vida y además así podía sentarme y descansar un poco. A los pocos minutos apareció Mercedes por la puerta de la terraza.

—Sí, era lo que había pedido. —Dijo, vio que la cerveza había desaparecido y me preguntó indicando el botellín vacío:— ¿Quieres otra?

Me pareció de nuevo que iba a ser mucha cara, pero seguía teniendo una sed tremenda.

—No debería, pero sí gracias.

Se fue y regresó al minuto con dos botellines y otra copa.

—Te voy a acompañar, ¿si no te importa?

—Cómo me va a importar, además, está usted en su casa.

—Tutéame, por favor, me hace muy mayor que me llames de usted.

—Como quieras.

Se sentó en frente de mí cruzando sus bonitas piernas, que ahora podía ver casi en su integridad.

—Debe ser muy cansado estar todo el día andando repartiendo paquetes.

—Me dijo.

—Bueno yo estoy estudiando y me dedico a esto lo justo para pagarme los gastos.

—¡Ah muy bien! Tus padres deben estar muy contentos contigo.

—Generalmente sí. Ellos ya hacen bastante pagándome los estudios.

Era una mujer muy guapa. Rubia, ojos verdes, una boca de labios carnosos y una bonita sonrisa. Cuando se movía se podía ver un gran y bonito canalillo por la abertura del albornoz. Estaba muy morena, me imaginé que debía pasarse mucho tiempo tomando el sol. Mercedes estaba empezando a gustarme y a ponerme cachondo. Pensé que era un salido, había pasado la noche con un cañón de chica y ya estaba otra vez poniéndome cachondo. Seguimos charlando de naderías, hasta que ella me dijo:

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, si está en mi mano.

—Es que mi marido se ha ido el fin de semana de montería y siempre tengo dudas con las tallas, si no importara darme tu opinión.

—Bueno no soy especialmente habilidoso con esas cosas, pero con que no te tomes muy en serio mi opinión, vale.

Se puso de pie y creí que iría a buscar algo, pero en lugar de eso, se abrió el albornoz y lo dejó caer. Los ojos se me salieron de las órbitas, llevaba la cosa más guarra que yo había visto en mi vida y digo cosa porque realmente yo no sabía lo que era. Una especie de micro biquini blanco compuesto por unas cuerdecitas que sujetaban tres mini triángulos que muy escasamente le cubrían la raja del chocho y los pezones. El trago de cerveza que tenía en la boca salió expulsado de la impresión. Se dio la vuelta y el culo lo llevaba entero al descubierto, solo con las dos cuerdecitas que iban a juntarse en los costados con las otras dos que le salían del triangulito que a duras penas le

cubría la raja. La tía estaba buenísima, unas tetas grandes, una figura preciosa con las formas propias de una mujer madura y un culo de gimnasio impresionante.

—¿Crees que mi talla?

¡Pero qué talla, cojones! Aquello se lo podía poner cualquiera, bastaba con darle más o menos longitud a las cuerdecitas. Por la cabeza se me pasaron unas historias que me habían contado los compañeros de reparto, sobre que los mensajeros habían sustituido a los butaneros, tras la generalización del gas canalizado. Yo no les había echado ni cuenta, creyendo que no era más que una leyenda de la profesión, pero yo estaba viendo con mis propios ojos que no era una leyenda.

—Creo que te queda muy bien —balbuceé como pude, mientras que ella no dejaba de colocarse los triangulitos en su sitio, pero eran demasiado pequeños para cumplir con su supuesta función.

Me empalmé en menos de diez segundos después de que ella se quitara el albornoz.

—¿No te parece un poquito indecente?

—Pues depende para donde te lo pongas. Si es para tomar el sol aquí, pues no, pero si es para tomarlo en la playa de Chipiona, pues sí.

—No sé, no termina de convencerme.

Mercedes no paraba de darse vueltas y de ajustarse la cosa esa. Me estaba zorreando a base de bien y yo estaba cayendo en su zorreo al vacío y sin red. Tenía el nabo ya como un leño, empujándome el pantalón y empezando a babear.

—¿Te importa acompañarme para darme tu opinión mientras me lo veo en el espejo?

—Verás Mercedes no me importa, pero estoy en una situación un poco embarazosa. —Le dije señalándome el bulto del pantalón.

—No te preocupes, son las cosas que os pasan a los jóvenes con cualquier motivo.

¡Joder con cualquier motivo! Como si la buena señora no supiera el espectáculo que me estaba dando. Me levanté y la seguí al interior del piso. Por un pasillo llegamos al que debía ser el dormitorio principal. A ambos lados de la cama había sendos armarios empotrados con las puertas de espejo. Ya no la veía por delante o por detrás, la veía por todos lados como en una atracción de feria de las antiguas. Nos quedamos los dos de pie.

—No sé, por detrás me gusta, pero por delante tengo dudas. —Dijo sin dejar de mirarse y de ajustarse los jodidos triangulitos..

—Por detrás es difícil que no te guste, porque no llevas nada que no sea tuyo —le contesté.

—Vamos a hacer una cosa, ¿te lo pruebas tú y así puedo verlo con más tranquilidad?

Esa mujer se había vuelto loca. ¿Qué iba a hacer yo con eso puesto? ¿Qué pretendía que me tapara con el triangulito del chocho con el pollón que tenía?

—No me parece que esa prenda esté hecha para los hombres —le contesté.

—Venga, anda. —Me dijo con entonación de niña caprichosa, quitándose la cosa y quedándose en pelotas.—

Tenía las areolas oscuras y del tamaño de dos galletas maría, ¿cómo pretendía tapárselas con eso? El chocho lo tenía completamente depilado y la raja, muy grande, le llegaba a la mitad del monte de Venus.

—Venga, si te da vergüenza cámbiate en el baño —me dijo pasándome aquello.

—Pero Mercedes que esto no está pensado para hombres.

Le daba igual lo que le dijera, me empujó hacia el baño del dormitorio, endosándose aquello. Dentro del baño pensé que aquello era una tomadura de pelo, pero empezó a hacerme gracia verme con aquello y que ella me viera. Si había suerte me iba a follar a una madura que estaba como un queso. Me desnudé y con mucha dificultad logré poner la cosa en su sitio, pero no me tapaba ni los huevos.

—¿Estás ya? —Me preguntó.

—Sí, más o menos.

Me miré en el espejo del baño, llevaba un pollón como el asta de una bandera y los pelos me salían por todos lados. Aquello era ridículo. Decidí salir, que me viera un segundo y quitármelo después. Conforme volví al dormitorio, Mercedes me hizo una foto con el móvil.

—¡Mercedes, por favor, crees que estoy para fotos!

—Te queda bien, aunque tienes razón, no está hecho para los hombres, sobre si tienen este pollón. —Dijo cogiéndome el nabo—. ¿Te importa si te lo cómo?

—No, no, haz lo que te apetezca —le dije cogiéndole el culo.

Se puso en cuclillas y empezó a lamerme la polla y a sobarme los huevos. Yo no estaba para pensar mucho, pero no pude dejar de preguntarme cómo

habíamos llegado a estar así. De pronto se escuchó un portazo, ella se levantó y dijo:

—¡Mi marido, escóndete, si te ve nos mata, es coronel de la Guardia Civil!

Cogió mi ropa del baño, me la pasó y con la cosa puesta me empujó dentro de un armario entre trajes que debían ser de ella.

—Te dejo la puerta un poco abierta para que puedas respirar. No vayas a hacer ruido. Trato de quitármelo de encima cuanto antes. No se te ocurra moverte.

Lógicamente se me había bajado el mandado por completo, tanto que ya casi me cabía dentro del triangulito. Una voz de hombre dijo:

—Hola preciosa, que me gusta que me recibas así.

—¿Qué ha pasado, no volvías mañana?

—La montería era una mierda y el resto de cazadores unos rojos insoportables, así que me dije que sería mejor que pasáramos la tarde juntos, haciendo lo que más nos gusta: follar. ¿Y tú que estabas tomando el sol en la terraza?

—Sí, he venido a refrescarme un poco, el sol pica todavía.

Durante un rato no escuché nada. Por la raja que me había dejado entreabierto Mercedes en la puerta del armario, podía ver lo que pasaba en la habitación reflejado en las puertas de espejo del otro lado. Se estaban besando y él, un hombre como de cincuenta y tantos años, la estaba cogiendo el culo y apretándola contra él.

—¿Te apetece chupármela un ratito? —Le dijo.

—Claro cariño, me encanta tu palo de caramelo.

¡Tenía cojones que el tío viniera calentito! Todavía iba a tener que ver cómo se la comían al tío. Ella se volvió a poner en cuclillas, de esos ejercicios debía tener el culo que tenía, fue a abrirle el pantalón, pero él le dijo:

—Espera cariño que me quite el arma.

El tío se sacó de una funda que llevaba colgada del cinturón un pistolón como el de “Harry el sucio” y lo dejó sobre la mesilla de noche. Yo estaba cada vez más acojonado, volvía a tener la boca seca como el esparto. Durante el tiempo que él tardó en quitarse el pistolón, Mercedes le estuvo sobando la entrepierna por encima del pantalón. Luego ella volvió a ponerse en cuclillas, podía ver su chocho completamente abierto por la postura, rosado, grande y ya

con los labios por fuera. Le abrió el pantalón y se lo bajó junto a los calzoncillos. El tío tenía un pollón que podía ser casi el doble del mío y todavía no estaba empalmado del todo. Mercedes empezó a chuparle el cabezón y a pasar la lengua por el tronco hasta los huevos.

—¿Te gusta? —Le preguntó al guardia civil.

—Me encanta, tienes una lengua que me vuelve loco.

Mercedes seguía dale que te pego hasta que el pollón del marido se puso como un leño. ¡Joder aquello debía medir más de veinticinco centímetros y tan gorda que ella no podía cerrar la mano alrededor.

—Mercedes, ¿has pensado en lo que te propuse? —Le preguntó él.

—Sí, pero me da un poco de vergüenza, no lo veo claro.

—Venga mujer, concédeme esa fantasía.

—Paco, ¿qué empeño tienes en verme follar con otro?

¡Cojones con el guardia civil! Así que el tío era un vicioso, que quería ver cómo se follaban al bombón de mujer que tenía.

—No sé, hace años que sueño en ver cómo se la comes a otro tío y después verte y oírte mientras te la mete. —Le dijo el tal Paco.

—Me estas poniendo muy caliente. ¿Y tú qué harías?

—Me sentaría a observaros sobándome el nabo.

¡Vaya con el matrimonio lo moderno que era! Mi polla había empezado a revivir entre ver la mamada y la conversación que mantenían.

—¿Y por qué no hacemos mejor un intercambio? Y así veo yo también como taladras a otra con este pollón.

—Puede ser, ¿pero dónde buscamos a la otra pareja?

Mercedes había empezado a sobarse el chocho, sin parar de chuparle la polla al marido.

—Seguro que por internet hay otras parejas tan calientes como nosotros, deseando que las contacten. —Dijo Mercedes.

—¡Qué bien la chupas, putita!

—Dímelo otra vez.

—¿Qué, lo de chupar o lo de putita? —Le preguntó Paco agarrándole las tetas.

—Lo de putita, me pone muy caliente.

Pensé qué cojones estaba haciendo yo allí y también que el tal Paco no sabía que yo estaba viendo y escuchando, pero Mercedes sí y no se cortaba un pelo, sino todo lo contrario. El guardia civil se quitó la camisa y sacó las

piernas de los pantalones.

—Te voy a comer ese coño grande de putita que tienes y que tanto me gusta.

Levantó a Mercedes y la puso boca arriba en la cama.

—Espera, mejor hacemos un “69” que quiero seguir comiéndote la polla.

Qué pareja tan habladora en la cama, pensé. De pronto se me vino a la cabeza que me había dejado el móvil en la terraza y además lo tenía a todo volumen para escucharlo en la bicicleta. Me acojoné del todo, como sonara me iba a llevar dos tiros, sin comerlo ni beberlo, bueno un poco sí que me lo había buscado. La pareja se puso en posición y empezaron a oírse chupetones y lametones. Veía cómo Mercedes se metía en la boca hasta el fondo el pollón de su marido. ¿Cómo le podía caber aquello entero?

—A mí me pondría más que otro mirara como me follas — dijo Mercedes en uno de los poco momento que no tenía la boca llena.

—Tienes razón, a mí también me pondría mucho que un pánfilo nos mirara mientras follamos. Me pondría muy caliente hacerte de todo, mientras que el tío nos mira sin poder hacer nada, pero babeando por tu cuerpo.

—Imagínate que nos estuvieran mirando ahora.

—De sólo imaginármelo se me pone la polla todavía más dura.

Qué hija de puta Mercedes, se estaba calentado a costa mía y encima se cachondeaba del marido. Sí que era bastante zorra la tía.

—¡No pares ahora Paco, sigue chupando, cómete mi garbanzo, que me voy a correr!

—¿Tan caliente estás?

—Me estoy imaginando que nos miran y me he puesto a mil. ¡Sigue, sigue, sigue, me corro, me corro, me...!

¡Vaya forma de correrse tenía Mercedes! Empezó a soltar jugos de una manera, que el marido no daba abasto a tragárselos. Se dejó caer boca arriba hacia el lado.

—Dame un minuto Paco, que me recupere y voy por el segundo.

La que se lo iba a quitar de en medio rápido, resulta que quería varios, ¿es que no se acordaba que yo estaba en el armario, peor que en pelotas?

—Descansa amor, que debes estar reventada con la cantidad de jugos que te han salido. Hacía tiempo que no te corrías de esa manera y tan rápido. ¿Qué estabas haciendo cuando he llegado? ¿Haciéndote una paja con tus juguetitos o tienes a tu amante en el armario?

Rogué a Dios que Mercedes se animara pronto, antes de que marido siguiera pensando y con las tonterías le diera por mirar dentro del armario.

—No es eso, es que imaginarme follando con otro mientras me miras o mirarte mientras que te follas a otra con ese pollón o que nos estuvieran mirando ahora, me ha puesto fuera de control. Eres muy cochino Paco y eso me encanta.

—Y tú muy puta y también me encanta. Quédate así.

Paco se colocó sobre Mercedes de rodillas, llevó una mano a su chocho, le cogió parte de los jugos que todavía tenía, se embadurno el pollón con ellos y se la metió entre las tetas. Ella se las apretó con fuerza hasta rodearle el pollón y él empezó a moverse adelante y atrás.

—Échate más adelante para que te la coma también. —Le dijo Mercedes.

—¡Qué guarra eres!

—Calla y méteme las manos en la boca.

A Mercedes no le iba a faltar nada por hacer o por decir, pensé, pero me equivoqué.

—¿No te corres Paco?

—Estoy tan caliente que no puedo.

—¿Te apetece metérmela por el culo?

—Ya sabes que normalmente por ahí te hago daño.

—Hoy creo que no, sigo tan caliente que tengo todos los agujeros dilatados.

Paco se puso a un lado, ella se puso de rodillas con las piernas abiertas y sobándose el coño. Él se puso también de rodillas detrás de Mercedes, se cogió el pollón y se lo fue metiendo por el culo hasta que lo tuvo entero dentro y empezó el mete y saca. Relejada en el espejo podía ver la cara de viciosa que tenía Mercedes, mirando fijamente a la abertura de las puertas del armario donde yo estaba. Me estaba dedicando el espectáculo, la muy hija de puta.

—¡Mercedes me voy a correr, me encanta follarte el culo, me aprieta mucho la polla!

—Córrete, yo también me voy a correr otra vez.

—¡Toma leche, toma leche, aaagg, espera que me queda más todavía!

—¡Dámela toda, lléname las tripas, la siento como se estrella en mi culo, aaaggg, aaaggg!

Debieron correrse los dos. Desde luego no se podía negar que tenían una vida sexual intensa.

—Vamos a la ducha Paco, que necesito relajarme.

—Primero devuélveme lo que es mío.

El tío guarro se puso boca arriba en la cama y Mercedes en cuclillas le puso el culo en la boca, para que le cayeran los chorros de lefa, que el tío se tragó. Cuando terminó se levantaron y se fueron al baño. Al rato de escuchar caer el agua salí del armario, literalmente no metafóricamente, corrí a la terraza a recoger mi móvil y salí de la casa como alma lleva el diablo. Cuando cerré la puerta podía oír cómo Mercedes y Paco se partían de la risa en el baño. Menos mal que en la planta no había más pisos y me pude vestir más o menos, pero sin quitarme la cosa de los triangulitos.

¡Joder, tenía que echar algo de cabeza, porque había pasado uno de los peores ratos de mi vida, viéndome más muerto que vivo!

De camino al estudio estuve pensando en que valiente zorra hija de puta era Mercedes, pasándoselo en grande mientras yo me acojonaba en el armario.

Pero el sábado no había terminado para mí, ni mucho menos. Cuando llegue al estudio la puerta estaba abierta y el interior todo revuelto. El ordenador y el resto de las cosas estaban por allí, pero no el cuaderno ni la carpeta donde los había escondido. El cabrón que me había pedido que se los devolviera, había decidido recuperarlos él por su cuenta. Me jodió la intrusión en mi intimidad, no tanto la pérdida del cuaderno y la carpeta. La verdad es que ya no me interesaban tanto y, además, los tenía fotografiados.

Ordené el estudio y decidí darme una ducha antes de salir a comer algo. Eran las seis de la tarde y yo estaba sólo con unas pocas patatas fritas en el estómago.

Estando en la ducha oí el ruido de la puerta del estudio abrirse.

—¿Quién es? —Pregunté, pero no me contestaron, cogí la toalla y salí del baño.

—Hola Carlos —era Clara, que estaba sentada en el sofá.

—Hola Clara. No sé si sabes que se llama antes de entrar en la habitación de otra persona.

—Como hace tiempo que no te he visto, he pensado que tú y yo tenemos una cosa pendiente.

—Tienes razón, pero yo antes tengo que comer algo, estoy en ayunas desde ayer noche.

—Sí no te importa te acompaño.

—Por mí perfecto.

Yo no tenía muchas más ganas de lío y lo que de verdad me hubiera apetecido era comer algo e irme al cine a descansar y dejar de pensar o dar una vuelta con Antonia, pero Clara era mucha Clara para decirle que no.

Terminé de arreglarme sin que Clara me quitara ojo mientras me vestía, y nos fuimos a comer algo. Nos sentamos en una especie de pizzería. Pedimos una pizza y dos copas de vino. Estuvimos charlando un rato de tonterías. Clara y yo nos entendíamos bien. Decidí preguntarle:

—Oye Clara, ¿ha estado hoy alguien en tu casa?

—¿Por qué?

—Pues porque me han entrado en el estudio, me lo han desordenado y me faltan algunas cosas.

—Vaya, lo siento. Hoy nadie, pero ayer noche estuvo cenando Antonio, el anterior ocupante del estudio. —¡Joder con el tal Antonio!—

—¿Sabes dónde podría encontrarlo? —Le pregunté.

—Yo no, quizás lo sepa mi madre. ¿Qué es lo que te falta?

—Realmente lo que me falta no era mío, sino del tal Antonio. Un cuaderno y una carpeta con los experimentos que hacían él y tu padre, con el conjuro de marras.

—¡No me jodas! ¿Cómo es que lo tenías tú?

—Me los encontré en el estudio, los miré y los guardé, tampoco sabía qué hacer con ellos. Sin identificarse, me los reclamó hace poco por un correo electrónico, yo ya no los quería, pero me lié y no se los pude devolver.

—En buen lío te has metido. Antonio es un hombre muy raro y no es nada de fiar.

—¡Joder, voy de lío en lío!

—Sí, Virtudes está contigo que echa chispas. Dice que la insultaste anoche.

—Bah, nada del otro mundo, se puso a vacilarme y la llamé calientapollas, ahí quedó el tema. Hoy si que he tenido un lío y gordo.

—¿Qué te ha pasado?

—Anoche tuve una noche movida estupenda, me dormí tarde y esta mañana me he tenido que levantar temprano y encima tenía reparto. Al terminar el reparto estaba muerto, le acepté un par de cervezas a una clienta, la tía me zorreo, yo caí en el zorreo y en medio del tema apareció el marido, un guardia civil. Me he pasado media tarde escondido en el armario, mientras que ellos follaban como descosidos.

—¿Ella no se llamaría Mercedes Parpajo?

—Sí, no se me va a olvidar el nombrecito. ¿Cómo lo sabes?

Clara empezó a desternillarse de la risa.

—¿Qué te resulta tan divertido? —Le pregunté un poco molesto, después del mal rato que había pasado.

—Has caído como un pardillo —me contestó sin poder parar reírse.

—¿Qué he caído en qué?

—Son famosos en el mundo de las perversiones de Sevilla. Él ni es guardia civil ni leches, es un tío que vende seguros. Lo que les pone es follar delante de otros. Ella, Mercedes, se ha especializado ahora en los mensajeros. Los zorrea y cuando los tiene en el lío, se presenta el marido, que por supuesto sabe que el otro está en el armario mirando, y se ponen a follar a base de bien.

¡No me lo podía creer, pero que hijos de puta, así se estaban riendo cuando salí del piso con la cosa esa puesta!

—¡Pero qué gilipollas soy! Pues yo estaba acojonado, ella me dijo que me escondiera y que el marido era guardia civil, luego el tío puso un pistolón en la mesilla de noche como el de Harry el sucio.

—Pobre, ¿pero cómo no sabes esas cosas?

—Yo soy un tío muy normalito. ¿Qué iba a saber yo de perversiones hasta que entré en tu casa?

—Tampoco te pases. En casa somos calientes y tenemos nuestros vicios, pero nada de perversiones, como los Parpajo. —Dijo volviendo a reírse hasta partirse—. Me lo paso estupendamente contigo y tus historias.

—Pues eso que no te he contado lo mejor. La tía me hizo ponerme una cosa, porque no sé cómo llamarlo, una especie de micro biquini con cuerdecitas, con el que me pasé todo el tiempo que estuve en el armario y encima antes me hizo una foto con la cosa puesta y todo el mandado al aire.

—Déjalo ya porque me voy a poner mala de tanto reírme. Anda vámonos, que ya estarás más repuesto.

—¿Te apetece que vayamos al cine? —Le pregunté.

—Vale, como si fuéramos unos novios a la antigua. Eres el primer tío al que le propongo follar y me da largas.

—Estoy deseando follar contigo, pero también me apetece hacer otras cosas —le dije dándole un pico en los labios.

—Espera, una curiosidad morbosa.

—No me vayas a hablar otra vez de los Parpajo.

—No, no quiero volver a partirme de la risa contigo. ¿El conjuro funciona?

—A mí me parece una paparrucha. Yo lo he utilizado una sola vez. A la chica que se lo solté me mandó al carajo, pero dos chicas gorditas que estaban al lado me follaron a base de bien. Al principio creí que eran efectos colaterales, pero luego he pensado que no, que simplemente lo oyeron, dedujeron que yo quería follar y yo deduzco ahora que ellas también querían follar fuera conmigo o con el conductor del tranvía.

—¿Otra de tus historias?

—Que va, es completamente cierto. Una profesora mía, y ahora también amiga, que yo había visto en los papeles de marras, me contó cómo fue que se la largara el tal Antonio y me aseguró que no le había hecho el mínimo efecto, aunque él creyera que sí. También me dio un buen consejo, no hay mejor conjuro que un beso.

—Me parece muy inteligente y muy cierto.

—¿Sabes que tú madre me lo largó?

—¡No me lo puedo creer! ¿Y te hizo efecto?

—Ni el más mínimo. Follamos porque a ella se le había metido entre ceja y ceja y a mí me apetecía.

—Pobre de mí madre, eso demuestra que ya no se fía de sus armas de seducción.

—Pues se equivoca, porque está buenísima y es muy atractiva. Vámonos que llegamos tarde al cine.

—Espera un poco, si no llegamos vamos a la siguiente sesión. Dime a mí el conjuro, a ver qué pasa.

—¡Anda ya y no digas más tonterías! Para qué te lo voy a decir, si tú ya quieres follar conmigo.

—Venga, por probar.

—Vale, pero luego nos vamos. “*No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y rinde culto a tu cuerpo y al mío*”.

—¡Fóllame aquí mismo! —Me dijo llevando su mano a mi entrepierna.

—¡Tú estás loca!

—¡Pardillo, que eres un pardillo! Te las tragas todas, mira que creerme. — Y volvió a partirse de la risa. Me gustaba cuando se reía—. Vámonos, pero después del cine no bebemos garrafón.

Cuando Clara y yo salimos del cine, nos paramos en el pub habitual a

tomar una copa que no nos dejara secuelas cerebrales. Ya sentados y con la copa por delante Clara me preguntó:

—Oye Carlos, por curiosidad morbosa, ¿qué tal follan los Parpajo?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, siento curiosidad.

—Pues como fieras. Ella está buenísima y él tiene un pollón como este vaso —y le señalé el vaso de tubo para combinados en el que nos habían servido.

—¡Qué barbaridad!

—Y no te exagero un pelo, que lo he tenido un par de horas delante esta misma mañana.

Seguimos charlando un rato, hasta que le dije a Clara:

—¿Por qué no dejas ya la polla del Parpajo y le dices algo a mi espada láser?

—Tienes razón, vámonos.

Nos fuimos andando hasta la casa. Entramos y nos dirigimos al estudio. Estaba deseando meterle mano a Clara, pero nada más cerrar la puerta me dijo:

—Es una lástima que te hayan quitado las cosas de Antonio. Me hubiera encantado echarles un ojo.

—Tengo una copia en el ordenador. Si quieres luego te dejo verla.

—¡Luego no, ahora, por favor!

—Clara estoy muy animado, ¿por qué no follamos antes y luego miras lo que quieras?

—No seas malo, llevo años sabiendo que ese material existe y deseando verlo.

No pude resistir su insistencia, encendí el ordenador, seleccioné los archivos y deje que se sentara a verlos. Empezó a pasar las fotos, conocía a una buena parte de las mujeres.

—¡Mira Julia y creía que era del Opus! ¡Joder Nela, la íntima de mi madre! ¡Coño la Parpajo, al parecer no folla sólo con su marido!

Miré y en efecto era Mercedes con unos cuantos años menos e igual de buena. En la foto estaba desnuda a cuatro patas sobre una cama y con la cabeza vuelta mirando a la cámara. Me fijé algo más y en un lateral de la foto, algo desenfocado, se veía un pollón que debía ser el de su marido. ¡Así que los experimentos también habían sido de sexo en grupo!

—¿Te has fijado que en la foto sale el pollón del Parpajo? —Le dije.

—¡Joder es verdad, efectivamente, vaya pollón! Me estoy poniendo muy caliente con las fotos —dijo Clara sin quitar ojo de la pantalla—. Por favor Carlos, chúpame el coño.

Se quitó la minifalda que llevaba y se bajó el tanga a los pies, para luego echarlo al suelo y sacando el culo del asiento, se abrió de piernas. Me puse de rodillas y metí la cabeza entre ellas. El coño, grande y con los labios internos fuera, le olía a jugos que echaba para atrás. Cuando le di el primer lengüetazo gimió sonoramente.

—¡Qué rico! ¡Sigue, sigue!

Degustar los olores y sabores de su coño y pasarle la lengua del clítoris al ojete me estaba poniendo con una calentura enfermiza. Me dolía la polla del empalme que tenía y de la presión de los pantalones, me los abrí, me bajé los boxes y me saqué la polla. No quería sobármela porque sabía que me correría en un minuto. Oía el ratón cuando iba pasando las fotos. Comentaba algunos nombres y cuando llegó a la foto de su madre dijo:

—¡Mírala y entonces me reñía cuando llegaba tarde por la noche! ¡Está buena la jodía para la edad que tenía! ¡Carlos no pares ahora que me voy a correr, dale, dale, sigue, sigue, aaahhh, aaahhh, sigue, sigue, ya, ya, ya, para que está muy sensible!

Saqué la cabeza de su entrepierna, me puse de pie y le metí la polla en la boca. Ella empezó a chuparla como loca y a apretarme los huevos casi hasta hacerme daño. Le quité la camiseta que llevaba, dejándola desnuda. Cuando me iba a correr me eché hacia atrás y me corrí entre sus tetas, después me senté en la mesa, no tenía fuerza en las piernas. Nos quedamos un rato ella desmadejada en la silla y yo sentado en la mesa recuperando el aliento.

—Carlos este material es peligroso. Estas tías son conocidísimas en Sevilla y se pasan el año organizando rastros y actos de caridad. Se hacen las más beatas y las más caritativas de la ciudad. Ellas y sus maridos concentran un poder que puede destruir a cualquiera si llega a saberse algo de esto.

—Pues que alegría me das —le contesté.

—Esto sería de Antonio, pero a las tías se las debieron follar entre él y mi padre. Empiezo a dudar que mi padre muriera del corazón y ahora comprendo porque Antonio salió por piernas de la ciudad, sin llevarse las cosas.

—Clara no te vuelvas paranoica, que me estás dando mucho miedo con lo que dices. Si te parece borro los archivos.

—No, nada de eso, ¿qué quieres quedarte sin armamento? Estoy pensando que le echamos la culpa muy rápidamente a Antonio. Ayer Virtudes estaba muy misteriosa, no le eché mucha cuenta, pero también podría haber sido ella.

—¿Por qué iba a hacer Virtudes una cosa así?

—Virtudes es la hija de Antonio. Algo debió saber de esto hace unos años y no llevó nada bien que su padre se dedicara a follarse hasta el lucero del alba al poco de que su madre los abandonara.

Me quedé atónito, así que Virtudes era hija del menda del conjuro y los experimentos. Clara continuó:

—La mujer de Antonio y madre de Virtudes, Verónica, los abandonó cuando ella tendría catorce o quince años, dejándolos en la más absoluta ruina. Mi padre los acogió en casa, ella se quedó a vivir en la parte noble y él prefirió mantener su independencia quedándose a vivir aquí. Antonio se quedó muy descentrado e imagino que empezaría con los experimentos para vengarse de su mujer. Mi padre, que tenía dinero para aburrir y le gustaban las mujeres más de la cuenta, debió asociarse con Antonio para beneficiarse de toda la que pudiera con la leche del conjuro.

—¿Pero para qué quiere Virtudes las fotos y el cuaderno?

—Carlos, Virtudes no está bien. Trabaja de camarera para ir conociendo gente a la que follarse. Cuando ha terminado con la clientela de un pub lo deja y se va a otro a hacer política de tierra quemada. Apunta en una especie de diario todos sus líos y creo que va por el segundo tomo.

—Bien, pero eso no responde a mi pregunta.

—Me imagino que quiere competir con las andanzas de su padre y para eso tiene que saber cuáles y cuantas fueron esas andanzas.

Estaba empezando a amanecer y yo estaba reventado después de las dos noches y el día que llevaba encima.

—Vamos a dejarlo por ahora Clara, estoy más muerto que vivo. Mañana pensaremos que hacer con esto y con Virtudes.

—Tienes razón, yo también estoy cansada.

Terminé de desnudarme, me metí en la cama y me quedé dormido. Al poco noté como se acostaba Clara también. Dormí muy mal soñando que me secuestraban y me torturaban para que confesase dónde estaba el material de Antonio. Yo no lograba convencerlos de que ya no lo tenía y las torturas iban en aumento, amenazándome con caparme.

Me desperté empapado de sudor y con la sensación de que había alguien

más en la cama que Clara y yo. Abrí los ojos y me volví hacia el otro lado de la cama. Clara estaba encima de las sábanas desnuda y con las piernas abiertas, Caty tenía la cabeza entre sus piernas y debía estar dándole otro repaso en el coño, después del que yo le había dado la noche anterior. ¿Aquellas mujeres no se cansaban nunca del sexo? Cuando Clara vio que me había despertado me dijo:

—Hola bello durmiente. Caty ha venido a verte, pero como estabas dormido no hemos querido despertarte. —Que consideradas, pensé.

—No te preocupes, hoy quiero mirar yo, al menos por el momento. —Le dije.

—Te estás volviendo un voyeur, ayer los Parpajo y hoy nosotras dos. — Me contestó con mucha guasa.

La desnudez de las dos era digna de observación. Clara muy morena de tomar el sol, con unas tetas duras que no se desplazaban un milímetro hacia los lados pese a estar tumbada, el vientre como una tabla y las piernas largas y torneadas. Caty de una belleza mucho más madura, pálida, con unas tetas más grandes y algo caídas, un culo rotundo y unas bonitas piernas también, pero de muslos más gruesos. Observarlas estaba haciendo que me empalmara de nuevo.

—Sigue Caty, me comes el coño como nadie. Tienes una lengua prodigiosa.

—Gracias señorita Clara, pero un coño como este no se merece menos.

Eché las sábanas para abajo y sin dejar de mirarlas empecé a hacerme una paja.

—Señor Carlos, ¿no quiere follarme? —Me preguntó Caty.

—Claro Caty —le respondí.

Me puse de rodillas detrás de ella y se la metí en el coño, que lo tenía empapado.

—¡Uhm, qué bueno! —Exclamó cuando la tuve entera dentro.

Mientras la bombeaba pensé en el cambio que había dado mi vida sexual en poco más de un mes. De matarme a pajas, a despertarme follando con dos tías buenísimas y cachondas.

—Caty, no te descentres, que estoy a punto de correrme. —Le riñó Clara, que se mordía los labios y se pellizcaba los pezones—. ¡No pares, sigue, sigue, sigue!

Sin parar de follar a Caty, puse mis dedos en su clítoris y le cogí las tetas

con la otra mano.

—No pare señor Carlos, que yo también estoy a punto de correrme. —
¡Joder con llamarme señor Carlos, aunque me la estuviera follando y
haciéndole una paja!—. ¡Aaahhh, aaaggg, me corro, me corro!

Aquello se convirtió en un coro de gemidos y voces de me corro. Primero se corrió Caty, inmediatamente Clara y por último yo, que sacándole la polla a Caty del coño, me corrí sobre su fantástico culo. Al minuto Caty se levantó chorreándole mi esperma por los muslos, se puso la bata y se fue. Clara y yo nos quedamos un poco más en la cama. Al rato le pregunté:

—¿Has pensado algo sobre el material de Antonio?

—¿Tú crees que yo estaba para pensar?

—Yo que sé, hay personas a las que los orgasmos le producen momentos de genialidad.

—Pues yo no soy de esas, yo me concentro en disfrutar lo más que pueda.

—Creo que deberíamos tratar de averiguar quién me mandó el correo.

Me levanté de la cama y encendí el ordenador. Busqué el correo, cuando lo encontré se lo dije a Clara que se levantó también para mirar su contenido:

“Tiene usted algo que me pertenece y es necesario que me lo devuelva. Entréguelo en el apartado de correos 41—10221 antes del sábado o aténgase a las consecuencias.”

La dirección de correo que lo había enviado era el siguiente galimatías:apco.221@hotmail.com.

—La única posibilidad de saber de quién se trata es controlar el apartado de correos. —Dijo Clara.

—Sí, porque el nombre de la dirección que lo envió está también basado en el apartado de correos.

—Tenemos que llamar su atención para que vaya al apartado de correos y podamos pillarlo. Vamos a contestarle, escribe:

“Cómo usted sabe mejor que yo, ya no tengo lo que quiere, pero tengo una copia digital que quiero devolverle. Se la enviaré en un CD al apartado que me indicó y luego la borraré del ordenador. No vuelva a entrar en mi estudio o me verá obligado a denunciarle.”

—Espera, no lo mandes todavía. Vamos a preguntarle primero a Caty si ayer vio a alguien por la zona del servicio. —Dijo Clara cogiendo su móvil y marcando el contacto de Caty.

Después de unos segundos contactó con ella y puso el manos libres.

—Hola Caty, quería preguntarte si ayer mañana o el viernes por la tarde estuvo alguien más por la zona del servicio.

—Si señorita Clara.

—¿Quién fue?

—Bueno es un poco complicado. El viernes por la tarde la señora y el señor Antonio quisieron recordar viejos tiempos y vinieron a mi cuarto para hacer un trío.

—¿El señor Antonio se despistó en algún momento?

—Es posible, empezamos la señora y yo mientras el miraba por el ventanuco. No sé si estuvo allí todo el tiempo hasta que entró al cuarto.

—¿Viste que llevara algo cuando se fue?

—No, creo que no llevaba nada.

—¿Y ayer por la mañana?

—Verá señorita Clara es que he tenido un fin de semana muy movido. Ayer temprano me despertó la señorita Virtudes entrando en mi cuarto. Al parecer no le había ido bien la noche y estaba necesitada de sexo. Como usted sabe yo no puedo negarle nada a ella tampoco.

¡Joder qué casa! Pensé. Lo del folleteo era un no parar.

—¿Viste si Virtudes llevaba algo en las manos?

—No, creo que no, lo que si llevaba era una buena borrachera y una calentura de mucho cuidado.

—Bueno eso no es raro en ella. Gracias Caty —y colgó.

—Después dices tú que en tu casa no hay vicio —le dije a Clara—. ¡Joder con Caty, trabaja más los días libres que el resto de la semana!

—¡Venga ya, no te pongas remilgado ahora, qué tú también has tenido un buen fin de semana!

—Tienes razón. Lo malo es que del material seguimos como estábamos.

—O no —dijo Clara muy enigmática.

—¿Qué quieres decir?

—Sabemos que te quitaron el material pero, según parece, nadie lo sacó de la casa. Luego pudo esconderlo en otra parte para recogerlo más tarde.

—Es posible, ¿pero dónde?

—El sitio más probable cerca de la habitación de Caty es la despensa. Vamos.

En pelotas como estábamos los dos bajamos a la despensa. Sin hacer ruido fuimos buscando entre las cajas y los cacharros que allí había. Escuchamos

susurros procedentes de la habitación de Caty. Clara apagó la luz y abrió el ventanuco. Su madre y Caty estaban dale que te pego haciendo una tijereta más próxima al equilibrismo que al sexo. ¡Joder, qué buena estaba todavía Lucía y eso que debía rondar los cincuenta!

—¿Pero es que en esta casa no hay un momento sin folleteo? —Le susurré a Clara.

—Pues ya ves que no —me contestó sin dejar de mirar y cogiéndome la polla que tenía morcillona.

—Déjalo para luego y vamos a buscar.

Clara cerró el ventanuco y volvió a encender la luz para seguir buscando.

—¿Es esto? —Me preguntó al rato sacando el cuaderno y la carpeta de una caja de latas de conserva.

—Sí —le contesté—. Dejemos las cosas como estaban y vámonos.

Subimos de nuevo al estudio con el material en nuestro poder.

—¿Qué hacemos ahora? —Le pregunte a Clara.

—La cosa ha cambiado bastante. Quién sea cree que tú ya no tienes el material, aunque él tampoco lo tiene. Vamos a esconderlo de verdad y a mandarle el correo de antes. Ahora estará más interesado que nunca por la copia digital. Después de mandar el correo, haces una copia en CD de los archivos, luego los borras, pero bien, como si fuera el ordenador de Bárcenas, y le mandamos un CD virgen. No sabemos quién es y no podemos darle este material sin saberlo.

—¡Qué lista eres!

Hicimos lo que Clara había planeado. Escondimos el material en el extractor de la cocina, total para lo que yo cocinaba, el CD en la cisterna del baño, borramos los archivos del ordenador con el McAfee, metimos un CD virgen, bueno en aquella casa mejor decir en blanco que virgen, en un sobre grande acolchado que lo hiciera bastante evidente y nos fuimos a echarlo en la oficina de correos en la que se encontraba el apartado y a desayunar o a comer, yo había perdido la noción del tiempo y no tenía ni idea de qué hora era.

Sentados en un bar tomando un vino con algo de comer, Clara recibió una llamada.

—Hola Virtudes, ¿qué quieres? ... No, no estoy en casa. ... Con Carlos tomando una cerveza. ... ¿Y qué quieres que yo le haga? ... Bueno, yo siempre tengo el cuerpo para cachondeo, pero no sé si a él le apetecerá. ... Vale, le

pregunto y te llamo.

—¿Qué le pasa a Virtudes? —Le pregunté.

—Sus líos de siempre. Dice que ha ligado con una tal María, que debe ser muy caprichosa, porque le dice no quiere hacer nada con ella si antes no juegan a algo con más gente. Cuando se ha enterado que estaba contigo nos ha invitado a los dos. Como has oído le he dicho que lo hablaría contigo.

—Me imagino que no querrá jugar al cinquillo.

—No creo, imagino que será al strip póker o al parchixxx o al sexdominó o a la ocaxxx o a cualquier cosa así.

—De lo que has dicho no había oído hablar más que del strip póker.

—Carlos, tienes que aprender más cosas —me dijo riéndose—. Bueno, ¿qué le digo?

—Lo que a ti te apetezca.

—Como me has oído decirle, a mí siempre me apetece un cachondeo.

—Pues vamos allá.

Clara llamó a Virtudes y quedaron en que nos veríamos en el piso de la tal María, que estaba cerca del bar. El mundo de estas mujeres debía haber sido paralelo al mío anterior. Si me dicen hace un mes, que te llaman por teléfono un domingo por la tarde, para tener juegos sexuales con conocidas y desconocidas me da un ataque. Yo no las tenía todas conmigo tratándose de Virtudes, pero como decía Clara, a mí también me apetecía siempre un cachondeo. Fuimos andando y llamamos al portero electrónico de la dirección que Virtudes le había dado a Clara.

—¿Sí? —Pregunto una voz.

—Hola somos Carlos y Clara. Venimos a ver a Virtudes. —Le contestó Clara.

—Os abro.

Subimos por la escalera a la segunda planta. Cuando llegamos Virtudes estaba en la puerta del piso esperándonos.

—Hola, gracias por venir —dijo dándome dos besos, lo que me mosqueó bastante después de la difícil relación que habíamos tenido últimamente.

—No hay de qué — le contesté.

—¿De qué va esto? —Le preguntó Clara a Virtudes antes de entrar en el piso.

—Veréis, María es una tía por la que estoy colada hace tiempo y hoy se me ha puesto a tiro. Lo que pasa es que se ha empeñado en que le apetece un

cachondeo colectivo.

—Qué ojo tienes, Virtudes, para encontrar gente rara —le dijo Clara.

—Venga, ya veréis que está buenísima.

Finalmente entramos, seguimos a Virtudes por un corto pasillo y llegamos a una sala. En un sofá estaba sentada la tal María. Cuando la vi me quedé paralizado, era la camarera a la que le había largado el conjuro sin éxito ninguno. Debía haber roto con su novio o le apetecía un poco de bollería fina y mucho cachondeo.

—María, ella es Clara y el Carlos. Dos buenos amigos míos. —Me habría perdido cuando nos habíamos hecho amigos Virtudes y yo.

María se levantó del sofá dando trompicones y le dio dos besos a Clara, cuando fue a dármelos a mí se me quedó mirando y me dijo:

—¿Nos conocemos de algo?

—No creo, me acordaría —le mentí.

—¿Qué queréis tomar? —Pregunto Virtudes.

—Lo que estéis tomando vosotras —contestó Clara.

—Entonces ginebra.

Virtudes salió de la sala, me imagino que a buscar los vasos y el hielo. Clara no se cortó un pelo y le preguntó a María:

—¿Y a ti a qué te apetece jugar?

—A algo guarro. He roto con mi novio y estoy hasta el coño de aburrirme follando con uno sólo. Me gustan las tías y los tíos. Nunca he estado en un buen sarao y hoy se va a acabar eso.

—Si lo que quieres es un buen sarao, ¿para qué hay que jugar a nada? —Le volvió a preguntar Clara, que desde luego se veía muy desenvuelta en estas situaciones.

—Por no hacerlo tan frío de aquí te pillo aquí te mato. ¿Qué os parece si nos hacemos un strip póker?

—Yo prefiero un parchixxx, el strip póker está muy visto.

—Pero ese juego es muy aburrido.

—Como yo lo juego no. —Concluyó Clara.

—Pues vale, ¿y tú como lo juegas?

—Es sencillo, el que se coma una ficha, además de contarse los veinte, le ordena lo que quiera al que la ha perdido durante tres minutos y he dicho lo que quiera. El que gana la partida ordena lo que quiera al resto durante toda la tarde. ¿Te gusta?

—A mí sí, lo que pasa es que no tengo ningún parchís —contestó María—
¡Joder, que Clara se iba a cortar un pelo! ¿Dónde habría aprendido semejante juegucito? Debió notar la extrañeza en mi cara, porque inmediatamente me dijo:

—Es que teníamos mucho tiempo libre en la facultad y había que entretenerse con algo.

—Podíais haber jugado al mus, como todo el mundo —le contesté.

—¿Por qué no jugamos a la carta más baja? —Propuso María—. El que pierda se quita una prenda, cuando ya no tenga nada que quitarse, la que tenga la carta más alta le ordena lo que quiera durante cinco minutos.

Mientras hablaban entre ellas me fijé en María. Era una morena guapa, pelo lacio corto y muy negro, unos ojos negros grandes y una sensual boca de labios carnosos, pintados de un rojo intenso. Llevaba una camiseta de tirantas naranja muy descotada, que dejaba ver un sujetador blanco, que abrazaba unas tetas grandes, una falda corta negra y unas botas negras por la rodilla. Comprendí porque había querido follármela la noche del conjuro y también porque me mandó a la mierda.

Regresó Virtudes con dos vasos, hielo, limón y la botella de ginebra, dejándolo todo en la mesa de centro. María puso sobre la mesa la baraja de cartas y le explicó a Virtudes a lo que íbamos a jugar. Antes de empezar a jugar ya tenía la sensación de que yo sobraba en ese lugar. Clara y Virtudes miraban las dos a María con cara de querer follársela y María les devolvía las miradas diciéndoles con los ojos que le daba igual cuál de ellas se la follase o que fueran las dos juntas. Clara y Virtudes estaban sentadas en el sofá, María en un sillón y yo en una silla frente a ella. Repartió María las cuatro cartas dejándolas boca abajo. Miré mi carta y tenía un rey. Virtudes levantó la suya, un dos, Clara sacó un cinco y María una sota.

—Te toca Virtudes —le dijo Clara.

Virtudes podía haber empezado por quitarse los zapatos de tacón que llevaba, pero optó por abrirse la blusa y quitársela, quedándose con un sujetador negro que le juntaba y apretaba sus grandes tetas y mirando con descaro a María. Repartió Virtudes, volví a sacar un rey, Clara otro cinco, María un seis y ella un tres.

—Te vuelve a tocar Virtudes —le indicó Clara.

Virtudes, sin dejar de mirar a María, se levantó, se soltó los pantalones y se los quitó. Llevaba un tanga de hilo negro, que dejaba a la vista su fantástico

culo y le tapaba el chocho con dificultad.

Seguimos jugando, yo tuve mucha suerte o mala suerte y no perdí ni una sola vez. La racha de María fue diluyéndose y después de la camiseta y la faldita, le tocó quitarse el sujetador. Miraba alternativamente a Clara y a Virtudes, se lo estaba pasando en grande jugando con ellas. Tenía unas tetas preciosas con unas areolas que le sobresalían del resto de las tetas por lo menos dos centímetros. La primera en quedarse finalmente en pelotas fue Virtudes, María estaba en tanga y Clara en sujetador y tanga. Yo estaba empalmado viendo a aquellas tres bellezas desnudarse poco a poco. Efectivamente el juego tenía mucho morbo y la calentura general se mascaba en el ambiente. Volvió a perder Virtudes y María ganó la mano. Cómo Virtudes ya estaba desnuda, había llegado el momento de las órdenes.

—Siéntate en mis piernas y hazte un dedo mirándome —le ordenó María.

El juego había comenzado a ponerse realmente caliente. Virtudes se sentó sobre María con las piernas abiertas. Sus tetas casi se tocaban en un primer momento, luego Virtudes se echó hacia atrás y llevó su mano derecha a su chocho. Yo la veía casi de espaldas y podía ver como su mano salía a veces bajo su precioso culo. Yo estaba deseando perder para poder quitarme el pantalón, que me apretaba la polla lo más grande. Cuando sonó la alarma del móvil de Clara marcando que habían transcurrido cinco minutos. Virtudes tardó en levantarse, cuando lo hizo tenía el coño abierto y brillante y el clítoris como una avellana de tamaño medio.

A las pocas manos estaban las tres desnudas y yo en boxes con una tienda de campaña familiar. Perdió María y ganó Clara.

—Ven a comerme el coño —le dijo Clara a María. Pensé que en menos de veinticuatro horas el coño de Clara había pasado por tres bocas. Sin duda tenía una gran afición al cunnilingus.

Se recostó en el sofá, empujó hacia atrás la mesita de centro y se abrió de piernas. Su chocho se veía empapado. María se arrodilló frente a ella, con las manos le abrió todavía más el chocho y puso su lengua sobre el clítoris de Clara. Virtudes no se pudo contener y quitando la mesa de centro se puso de rodillas detrás de María para chuparle desde el clítoris hasta el ojete, mientras ella se metía dos dedos en el coño.

Yo debía haberme vuelto transparente, porque ninguna me hacía ni puto caso. Ellas habían dado el juego por concluido y habían pasado a la fase que realmente les interesaba: chuparse, comerse, masturbarse, follarse entre ellas

con sus manos y todo lo que puedan hacer tres mujeres calientes y liberadas. Sabía positivamente que ninguna quería que la follara, así que me quité los boxes y empecé a hacerme una paja. En menos de dos minutos me corrí sobre la espalda de María. Después recogí mis cosas, terminé mi ginebra y me marché, dejándolas allí a lo suyo.

A las nueve de la noche me llamó Clara:

—Perdona Carlos, pero no me he dado cuenta cuando te has ido.

—No me extraña, estabas muy concentrada, igual que las otras dos.

—Sí, ha sido una tarde de domingo agradable.

Yo hasta entonces creía que “una tarde de domingo agradable” era dar un paseo, ir al cine o ver un programa de televisión que te entretuviera, pero si seguía frecuentando la compañía de Clara tendría que reciclarme.

—Oye, ¿nos vemos mañana para vigilar la oficina de correos?

—Como quieras, yo pensaba estar en una cafetería que hay enfrente a partir de las nueve de la mañana.

—De acuerdo, allí nos vemos.

Me acosté y me quedé dormido inmediatamente. Volví a soñar con palizas y amenazas a mi miembro viril, lo que me tuvo muy intranquilo toda la noche.

A las nueve estaba sentado en la cafetería desayunando sin quitarle ojo a la puerta de la oficina de correos. A las nueve y cuarto llegó Clara especialmente guapa, le habría sentado de maravilla la agradable tarde de domingo. Preferí no mencionar el tema y concentrarme en observar la oficina de correos. Pasadas las doce me di cuenta de lo aburrido que tenía que ser el trabajo de detective. Pero a la una y poco entró Lucía en la oficina. Clara y yo nos miramos con cara de no entender nada. A los pocos minutos salió Lucía con el sobre en la mano. La seguimos discretamente y cuando iba a entrar en su casa, la abordamos:

—Lucía, no me puedo creer que me hayas robado —le dije en la puerta de la verja.

—¡Qué susto, por Dios! Carlos, no sé a qué te refieres.

—Lucía tú has entrado en mi cuarto para coger unas cosas muy delicadas que no te pertenecen.

—Ni a ti tampoco, eran de mi marido y de Antonio. Entremos en casa y os explico lo que pasa.

Entramos los tres y nos sentamos en la salita de recibir. Lucía tomó la palabra:

—Necesito esa documentación. He presentado mi candidatura a la presidencia del Ropero de la Virgen de los Desamparados. La presidenta y la junta saliente han empezado a extender cosas horribles de mí.

—No sabía qué te habías presentado, ¿te han difamado? —Le preguntó preocupada su hija.

—Técnicamente no se puede hablar de difamación, pues la mayor parte de lo que extienden es cierto: que si me follé a este o a aquel, que si soy bisexual, que si me acuesto con el servicio y otras cosas así. Yo seré un poco puta, no lo niego, pero ellas no lo son menos. Hable con Antonio para que me diera los documentos que yo sabía que habían hecho él y tu padre, en los que seguro que figuraban todas esas putas y podría utilizarlos contra ellas, pero me dijo que no los tenía, que los había dejado escondidos en el estudio.

—Pero mamá, ¿cómo te metes en esa guerra, sabiendo cómo son? —Le preguntó Clara.

—Clara, no se te olvide que yo soy la Marquesa del Coño Casposo y me corresponde la presidencia del Ropero, al menos durante un tiempo. Rogué a Antonio que me ayudara a recuperar los documentos. Aceptó a regañadientes y vino el viernes pasado. Mientras yo entretenía a Caty, él entró en el estudio, encontró los documentos y los escondió en la despensa. Luego nos liamos los tres recordando tiempos pasados y a mí se me fue el santo al cielo.

—¡Mamá, eres de lo que no hay! Así que después de mandar robarlos se te olvidan.

—Estuve muy liada el sábado y no pude ir a buscarlos. Cuando recibí el correo de Carlos ayer, bajé volando pero Caty tenía ganas de guasa y yo también, la verdad. Luego me di cuenta que, en efecto, ya no estaban en la despensa. Menos mal que me habéis enviado una copia digital.

—Verás Lucía, el CD está vacío. No había hecho copia y cuando los robó Antonio me quedé sin nada y necesitaba saber quién había cogido los documentos. ¿Pero quién puede tenerlos? —Le mentí descaradamente a Lucía, según había convenido con Clara.

—¡Oh no! No tengo la menor idea de quién pueda tenerlos, pero debe ser alguien de casa y de verdad que los necesito para callar a esas guarras. ¿Tú has visto los documentos? —Le preguntó a Clara—. Porque si los has visto, sabrás si ellas están.

—Yo no los he visto, Carlos sí, pero él no las conoce y no las relaciona con los documentos.

—¿Qué podemos hacer, además de tratar de recuperar los documentos? — Preguntó Lucía.

—Pregúntale a Antonio —le contestó Clara—. Él tiene que saberlo.

—Antonio se niega en redondo a decir nada sobre la cuestión. Está totalmente cerrado en banda, dice que lo ha olvidado todo.

—Pues a mí lo único que se me ocurre es que las juntes a todas, que Carlos las vea y que trate de hacer memoria de si estaban o no en los documentos. —Dijo Clara.

—Clara, por favor, no me metas en líos que yo soy un pobre desgraciado y me pueden hacer mucho daño. No podemos ver fotos tuyas o sus perfiles de las redes sociales. —Le supliqué recordando los sueños en que querían caparme. Si llego a saber esta idea de Clara, le doy antes los papeles a Lucía, me quito de en medio y aquí paz y después gloria.

—Por favor Carlos. Es la única manera de saberlo a ciencia cierta. No tengo fotos y me han excluido de sus redes sociales. —Me pidió Lucía.

—Ya sé cómo hacerlo. Las invitas un fin de semana al cortijo y nosotros aparecemos por allí cómo sin saber que las habías invitado. Carlos las ve y que trate de hacer memoria. —Dijo Clara sin apiadarse de mí—

—¿Pero cómo voy a aparecer yo? ¿Qué tengo yo que ver con el Ropero? —Pregunté cada vez más aterrorizado.

—Eso ya lo iremos viendo —concluyeron las dos dando por terminada la conversación.

Otro lío, pensé cuando las dejé para ir a hacer el reparto del día, al fin y al cabo tenía que seguir comiendo.

El jueves me llamó Clara. Lucía había invitado a la presidenta y a la junta saliente, cuatro mujeres en total, al cortijo de la familia el sábado siguiente por la mañana para echar el día y regresar el domingo. Les había mentido dejándolas entrever que iba a retirar la candidatura si llegaban a un acuerdo de integración. ¡Coño esto se parecía más a la dinámica electoral del PSOE que a una asociación de caridad! Yo aparecería como el novio de Clara. Lucía y nosotros dos nos iríamos el viernes por la tarde, junto con Caty, para preparar el asunto, allí nos esperaría la familia de los guardeses. Clara me advirtió de que no me llevara los documentos, que los dejara escondidos. Mis pesadillas sobre palizas y castración se redoblaron esa noche.

Salimos hacia el cortijo el viernes por la tarde los cuatro en el coche de Lucía, conduciendo ella. Pese a que el cortijo estaba a poco menos de una

hora, la forma de conducir de Lucía hizo que el viaje me resultara eterno. Cuando llegamos nos esperaban los guardeses en la puerta del patio de acceso. El cortijo era realmente espectacular, un magnífico edificio del siglo XIX perfectamente conservado. Según dijo Lucía durante el viaje, el cortijo disponía de diez dormitorios en la planta alta, ocho de ellos compartían baño dos a dos y los otros dos contaban con baño propio, tres salones, una biblioteca, dos comedores y dos cocinas en la planta baja, además, de la vivienda de los guardeses, que se encontraba en la antigua gañanía. En los jardines de la zona noble había una piscina de buen tamaño.

Los guardeses eran un matrimonio como de cincuenta años, ella era una mujer guapa, no se podía decir gorda, pero sí voluminosa y más alta que su marido, un hombre robusto, calvo y con una barriga más que prominente. Lucía los saludó afectuosamente:

—Hola Ana, que alegría de verte tan estupenda. Hola Gervasio, tienes que hacer más ejercicio. Os presento a Carlos, un amigo de Clara.

—Encantado —los saludé dándoles la mano a los dos.

—¿Cómo están los niños? —Les preguntó Lucía.

—Bien, vendrán dentro de un rato. Pablo está ya en cuarto de carrera con muy buenas notas, Juan y Victoria renquean un poco en los estudios, pero al final los sacan.

—Me alegro, son buenos chicos. —Les contestó Lucía, que luego se acercó a Ana y muy bajo, pero no tanto como para que yo no la entendiera, le dijo al oído:— Tenemos que vernos luego —a lo que Ana contestó con un movimiento de cabeza afirmativo.

Caty y yo cogimos cada uno nuestro equipaje y Gervasio cogió los de Lucía y Clara. Por dentro el cortijo era igualmente espectacular. Una decoración rural muy elegante, unas estancias amplias, pero a la misma vez acogedoras. Lucía se instaló en su dormitorio, a mí me instalaron en el otro dormitorio principal que estaba al lado del de Lucía y Clara y Caty se instalaron en dos de los que compartían baño.

—Nos vemos en media hora abajo para cenar —dijo Lucía.

La habitación que me habían asignado era grande y acogedora, con una cama de por lo menos dos metros, espejos repartidos por varias paredes y un par de armarios. Además de la puerta de entrada y la del baño había otra puerta que debía conectar con la habitación de Lucía. El baño era también grande y renovado con una bañera de hidromasaje, un plato de ducha y el resto

de piezas normales de un baño. La ventana daba al jardín, en el que se veía una piscina de buen tamaño. ¡Vaya como vivía la marquesa!

Mientras ordenaba la poca ropa que llevaba en uno de los armarios, me pregunté qué hacía yo allí y sobre todo que iba a hacer los dos días siguientes con las del Ropero de caridad, si yo me encontraba completamente alejado de todas esas historias. Bajé a la hora que había indicado Lucía. Busqué el comedor. En una salita previa estaba Lucía de pie hablando con dos chicos y una chica, ellos dos más o menos de mi edad y ella con unos veinte años. Cuando Lucía me vio entrar dijo:

—Os presento a Carlos, un amigo de Clara. Carlos, ellos son Pablo, Juan y Victoria, los hijos de Ana. Estábamos hablando de los estudios y de lo difícil que está todo.

Saludé a Victoria con dos besos y a sus hermanos con un apretón de manos. Eran unos chicos altos y delgados, curiosamente, la más alta era Victoria, una chica muy guapa y con un tipo fantástico, podría ser una modelo profesional de éxito. Lucía siguió hablando con ellos hasta que llegó Clara, que los saludó muy afectuosamente. Al momento de llegar Clara, Caty abrió la puerta del comedor diciendo que la cena estaba preparada. Los chicos hicieron gesto de despedirse, pero Lucía les indicó que nos acompañaran a cenar. Nos sentamos en una parte de la mesa y me correspondió sentarme a la izquierda de Lucía, al lado de Victoria, en frente se sentaron Pablo y Juan, con Clara en medio.

—Estoy abrumada de estar rodeada de unos chicos y chicas tan guapos — dijo Lucía antes de empezar a comer.

—Tienes razón mamá —le contestó Clara—. Eres una mujer con mucha suerte.

—La suerte hay que buscarla, hija.

Durante la cena me pareció que Clara y Victoria tenían cierto parecido: el mismo pelo, el mismo corte de cara, los mismos labios carnosos,...

—¿Hace mucho que conoces a Clara? —Me preguntó Victoria entre el primer y el segundo plato.

—No, hará unos dos meses, pero hemos congeniado muy bien.

—Clara es una chica estupenda, para mí es como una hermana mayor.

—Sí, tienes razón es una chica afable, lista y simpática.

Cuando terminó la cena Lucía se retiró la primera y luego los hijos de Ana. Clara y yo nos sentamos en la salita para tomar una copa antes de irnos a

descansar.

—¿Te ha gustado Victoria? —Me preguntó Clara.

—Me ha parecido simpática y atractiva. A ti te tiene mucho afecto, habla de ti como de una hermana mayor.

—Yo a ella también se lo tengo, bueno a los tres, pero a ella especialmente.

—¿Venís mucho por el cortijo?

—Ahora menos, cuando vivía mi padre si veníamos casi todos los fines de semana.

—Está muy bien el sitio y muy bien conservado.

—Ya te dije que mi padre tenía dinero para aburrir y le dio por arreglar el cortijo, que era de mi madre. Me voy a ir a la cama, que estoy derrengada y mañana tendremos un día muy animado recibiendo guarras.

—¿Te apetece que nos acostemos juntos? —Le pregunté.

—Prefiero que no, no te vayas a meter demasiado en el papel de mi novio.

Nos despedimos y me fui a mi habitación. Me desnudé y antes de acostarme entré al baño a asearme. Cuando salí del baño escuché voces hablando en voz baja, que provenían de la habitación de Lucía. Me entró curiosidad y pegué la oreja a la puerta.

—Estaba deseando que volviéramos a estar juntos —oí decir a Lucía.

—Y nosotros también —dijo una voz de hombre—. Ella está un poco triste desde la muerte del señor.

—Lo comprendo, yo también —dijo Lucía.

Debían ser Ana y Gervasio, se habrían reunido en el dormitorio para no ser escuchados por sus hijos o por Clara, pensé.

—Los chicos están guapísimos, me recuerdan mucho a Luis. —Continuó Lucía.

—Es natural, era su padre —le contestó Ana.

Me quedé de piedra. ¡Joder qué casa y qué familia! Así que los tres hijos de Gervasio no eran suyos, sino del marido de Lucía, que lo oía tan fresca.

—Nunca agradeceremos bastante su generosidad y la del señor Luis. —Dijo Gervasio.

—Había que ayudaros con tu problema de esterilidad. Ana es una madraza y no podría vivir sin tener hijos. —Contestó Lucía—. Pero dejemos las penas y vamos a lo nuestro, que hace tiempo que no nos divertimos. Ana, ¿te gusta el amigo de mi hija?

—Sí es un chico muy guapo, pero demasiado joven para mí. No olvide señora que tengo ya más de cincuenta años.

—Y eso que más da, no seas antigua. Te advierto que a mí cada vez me gustan más jovencitos y este folla estupendamente.

—¿Ya lo ha probado, señora?

—Claro Ana. Todo lo que está bajo mi techo debe pasar por mi entrepierna.

Rieron los tres de la ocurrencia de Lucía. ¿Pero es qué nadie de la familia o allegados eran normales? ¿Cómo se atrevía Lucía a ofrecerme a Ana! No daba crédito a lo que escuchaba. Lo curioso era que sólo de pensar en follarme a Ana me estaba empalmado.

—¿Usted cree que le gustaré? —Le preguntó Ana a Lucía.—

—Mírate en el espejo, eres una mujer hermosa y mereces divertirte probando otras cosas. ¿Verdad Gervasio?

—Tiene usted toda la razón. Nosotros follamos con bastante frecuencia, pero un poco de variación en la cama siempre viene bien.

—Venga Ana, ámate y ve por él.

—Porque usted me lo dice —dijo Ana y yo salí disparado a meterme en la cama con la polla como una estaca.

Apagué la luz de la mesilla. Oí como se abría la puerta entre las dos habitaciones y vi la claridad que entraba desde la habitación de Lucía. Me hice el dormido hasta que noté como Ana se acostaba, se pegaba a mi espalda y cogiéndome la polla me susurraba al oído:

—¿Te apetece follarte a una mujer madura de campo?

Por poco me atraganto. Ana no se andaba por las ramas ni hablando, ni sobándome el nabo. Eché mis manos hacia atrás y agarré su potente culo de mujer madura.

—¿De verdad quieres que follemos? —Le pregunté.

—No, quiero que me folles tú a mí.

Volví a encender la lámpara y me di la vuelta en la cama para verla. Era una mujer grande como ya había notado al conocerla por la tarde. Tenía unas tetas grandes algo caídas, con unas areolas grandes y unos pezones duros, su vientre también era grande y su chocho tenía una buena mata de pelos. Me puse sobre ella y le levanté los brazos por encima de su cabeza. Sus axilas tenían también dos buenas matas de pelos.

—¿Te gustan mis pelos? —Me preguntó.

—No sabría que decirte. Estoy acostumbrado a mujeres más depiladas.

—Prueba lo que se siente con una mujer al natural y no con una muñeca.

La besé en la boca y le solté los brazos para agarrar sus grandes tetas. De la habitación de al lado provenían unos ruidos que sugerían que Gervasio le estaba comiendo el coño a Lucía.

—¿Te gusta que te follen mientras tu marido se folla a otra?

—A mí me gusta que me follen, haga lo que haga mi marido.

Ana se liberó de mí con una enorme facilidad, dejándome boca arriba en la cama. Luego se puso de rodillas a mi lado y empezó a comerme la polla. Metí mi mano en su entrepierna y después de hurgar entre sus pelos llegué a su chocho. Estaba empapado de jugos y ella soltó un fuerte gemido cuando rocé su clítoris, grande como toda ella. Lucía gritaba en su habitación pidiéndole a Gervasio que la follara ya. Entre chupada y chupada a mi polla, Ana dijo:

—A la señora le encanta follar con mi marido. No tiene la polla muy larga, pero la tiene muy gorda, tanto que ninguna consigue metérsela en la boca.

Cambió de posición, poniéndose sobre mí y metiendo mi polla entre sus tetas. Se cogió una teta con cada mano y empezó a moverlas arriba y abajo, produciéndome un enorme placer.

—¿Te gusta lo que te hago?

—Mucho, tienes unas tetas prodigiosas para hacer pajas con ellas, pero si sigues no voy a poder follarte o al menos no en un rato.

Se echó a un lado y se puso a cuatro patas mirando hacia la puerta.

—Fóllame —me pidió.

Me incorporé y me puse detrás de su culo grande. Al levantar la cabeza vi como Gervasio se estaba follando a Lucía en la misma postura y los dos mirando hacia nosotros. Estaba muy caliente y saberme observado me puso todavía más caliente. Se la metí a Ana hasta el fondo y golpeé fuertemente sus nalgas con mis manos abiertas.

—Más fuerte —me exigió Ana—. Fóllame más fuerte, como si fueras de campo.

—Es que soy de campo —le contesté.

—Pues demuéstalo.

En la otra habitación Lucía seguía gimiendo y empezó a gritar que se corría, lo que hizo ostensiblemente y luego se dejó caer hacia delante, quedando la polla de Gervasio a la vista. ¡Hostia qué barbaridad! Llevaba los bajos completamente depilados y como había dicho Ana no era muy larga,

pero era gorda como una lata de cerveza. Él mismo se la tenía que coger con las dos manos.

—¿Cómo quieres que te haga algo con mi polla? —Le dije a Ana—. Si debes tener los músculos del coño destrozados.

—Calla y sigue follándome.

Cambié de estrategia y llevé mi mano a su clítoris, que sobé con saña hasta que gritó que se corría y empezó a soltar jugos como una fuente. Saqué mi polla de su chocho y le pedí que se pusiera boca arriba. Me coloqué sobre su cabeza mirando su cuerpo y le metí los huevos en la boca mientras me jalaba el nabo hasta que conseguí correrme sobre sus desparramadas tetas.

—Como ha dicho la señora follas bien para ser tan joven.

—Gracias, pero tú eres la que follas de puta madre.

Se levantó de la cama. Su cuerpo de espaldas era rotundo, espaldas anchas, culo grande y muslos robustos. Salió de la habitación y cerró la puerta tras ella. Me quedé tumbado en la cama hasta que me venció el sueño.

Me levanté temprano o al menos eso creí yo. Me aseeé y salí a dar un paseo. Cogí por un camino arbolado y cuando llevaba cinco minutos andando me encontré con Clara y Victoria, que venían en la dirección contraria. Ambas llevaban pantalón corto y ajustado y el top de un biquini.

—¡Qué guapas os habéis levantado las dos y que temprano!

—Es lo que tiene la vida en el campo —contestó Clara.

—¿Hay algo por ahí? —Les pregunté señalando el camino por dónde venían.

—Sí, hay unas pozas para bañarse en el río. De ahí es de dónde venimos.

—Dijo Victoria.

—Acércate a verlas son muy bonitas, el agua está limpiísima y te puedes bañar desnudo. Son parte de la finca y nunca pasa nadie por ellas. —Dijo Clara.

—Bañarme no creo, pero voy a echarles un vistazo —les dije despidiéndome de ellas y continuando con mi paseo.

Seguí andando en dirección a una arboleda, cuando llegué a un pequeño alto pude contemplar un bonito paisaje. Un arroyo se ensanchaba y remansaba creando unas pequeñas lagunas, alrededor de ellas los árboles creaban un agradable espacio entre el sol y la sombra. Ana y Gervasio estaban sentados sobre la yerba, Pablo y Juan se estaban bañando en ese momento. Ana llevaba un bañador de una pieza como de treinta años atrás y Gervasio un bañador

también con sus buenos años de uso. Me recordó cuando nuestros padres nos llevaban a mi hermano y a mí a pasar el día y a bañarnos en el Huéznar, cerca del pueblo. Era una bonita imagen familiar. Iba a acercarme más a ellos cuando escuché a Ana decir:

—Juan, Pablo, saliros ya que hoy tenemos mucho trabajo.

Pablo y Juan se acercaron a la orilla y salieron trepando, agarrándose a los arbustos. Los dos iban desnudos, tenían unos cuerpos fibrosos, depilados por completo y sus pollas estaban algo más que morcillonas. Se acercaron a Ana a recoger las toallas para secarse, ella agarrándoles las pollas las besó con ternura y luego dijo:

—Hijos no olvidéis nunca que estas pichitas son de vuestra madre.

Me quedé un poco parado. Parecía no haber deseo ni maldad en lo que había hecho o dicho Ana, sino tal vez demasiado cariño maternal, ya con dos hombres hechos y derechos. Ellos terminaron de secarse, se pusieron sus bañadores y zapatillas y con las camisetas al hombro empezaron a subir el camino. En muy poco tiempo iban a estar donde yo me encontraba. Decidí salir a su encuentro como si acabara de llegar.

—Buenos días, que sitio más bonito —les dije cuando me vieron.

—Sí, nosotros venimos casi todos los sábados a bañarnos y a tomar el sol.

—Me contestó Pablo, el mayor de los hermanos.

—Si vais para la casa os acompaño —les dije.

—Dentro de un poquito, primero vamos a mirar a nuestros padres. Espérate con nosotros. —Dijo Pablo.

Nos sentamos los tres mirando hacia Ana y Gervasio, que seguían en la yerba. A los dos minutos Ana se levantó, se bajó las tirantas del bañador y se lo quitó quedándose desnuda. Desde luego era una mujer contundente. Me pareció que no debía seguir mirando y se lo dije.

—Chicos, creo que me voy a ir, no me parece bien entrar así en la intimidad de vuestra madre.

—No te preocupes, a ella le gusta que la admiren —contestó Juan.

—En cualquier caso, a mí no me gusta hacer de mirón —le dije levantándome.

—Ella sabe que la estamos mirando. Nos ha estado contando hace un rato que ayer te la follaste. —Dijo Pablo.

Me quedé paralizado, no creía que lo sucedido la noche anterior fuera para ir contándoselo a sus hijos.

—Entre nosotros no hay secretos —dijo Pablo al ver mi cara de sorpresa.

Abajo, Gervasio también se había levantado y el bulto en su bañador indicaba a las claras que estaba empalmado. Ana se puso en cuclillas frente a él, le bajó el bañador, le cogió el pollón y empezó a chupárselo.

—Creo que deberíamos irnos todos —dije.

—Carlos, la mayor parte de los chicos de nuestra edad estarían horrorizados de pensar que sus padres siguen follando. Nosotros, por el contrario, estamos encantados de que ellos sigan follando, que mantengan la pasión y el deseo el uno por el otro. ¿Qué tiene eso de malo? —Me soltó Pablo.

—No tiene nada de malo que ellos mantengan la pasión después de tantos años, pero no creo que sea normal que, sobre todo vosotros, estéis mirando.

—Ellos saben que los miramos y les gusta que sepamos que mantienen vivo el deseo —me contestó Juan.

Gervasio, subido en una piedra, se estaba follando ahora por detrás a Ana, que estaba de pie doblada por la cintura, con sus grandes tetas colgándole. Miré a Pablo y a Juan, se habían bajado los bañadores y estaban los dos empalmados sobándose la polla.

—Es muy bonito que dos maduros, que se quieren desde hace muchos años sigan haciéndolo con pasión. A nosotros no nos avergüenza. —Dijo Pablo—. ¿Es qué no te gusta verlos?

—No se trata de eso —les dije y me fui dejándolos haciéndose una paja— ¡Joder que gente! A mí me parecía muy bien que ellos estuvieran encantados con la pasión de sus padres, ¡pero coño, quedarse mirando haciéndose una paja, ya no me parecía sano!

Me desperté cuando llamaron a la puerta, era Clara. El sueño me había intranquilizado.

—Carlos venga que están llegando las invitadas.

Le abrí la puerta.

—¿Pero Clara qué cojones quieres, tú has visto los documentos y las conoces, que pinto yo en todo esto?

—No te pongas así, mi madre no puede sospechar que yo los he visto, tienes que ser tú quien las reconozca, en caso contrario de verdad que me la cargo.

—Vale, pero yo no me acuerdo de sus nombres.

—Pero yo sí, vamos y te voy diciendo.

Me puse algo de ropa, salimos de la habitación y nos apostamos en una ventana, junto a la escalera desde la que se veía el patio de entrada del cortijo. Abajo, estaban saliendo de un coche. La primera a la que vi fue a la Parpajo.

—La jodimos, la Parpajo, y a mí me conoce. —Le dije a Clara empezando a acojonarme.

—Pues sí, la jodimos. Ya veremos qué hacer. La rubia de bote es Julia, acuérdate que estaba en los documentos. La más gordita morena es Blanca, también fichada y la que queda es Nela. Todas están en los documentos de Antonio. Mi madre se va a poner contentísima.

—¡Coño, el chofer es el Parpajo!

—Sí, Paco.

Vimos como se saludaban entre ellas con un fingido cariño.

—¡Qué alegría volver a vernos aquí! —Dijo Julia.

—Desde luego, no veníais desde hace por lo menos diez años. —Le contestó Lucía—. He pensado que podíamos darnos un baño en la piscina, aprovechando que hace un día estupendo, luego comer en el jardín y luego hablamos. ¿Os parece?

—Lo que tú quieras —contestaron las cuatro al unísono.

Apareció Gervasio acompañado de sus dos hijos para coger el escueto equipaje de los invitados. La Parpajo se paró para saludar a Gervasio.

—Gervasio cuanto tiempo sin verte, ¿estos son tus hijos?

—Sí señora Mercedes, me alegro de verla, sigue usted igual que siempre.

—Gracias Gervasio —le dijo mirándolo de arriba abajo, con parada especial en su entrepierna.

Cuando estaban subiendo Clara se adelantó a saludarlas y yo me volví a mi habitación para ducharme. La presencia de la Parpajo me tenía preocupado, aunque también podría ocurrir que estando desubicado no llegará a acordarse de que nos conocíamos. Deje transcurrir un buen rato, hasta que por la ventana escuché que llegaban a la piscina todas menos Blanca. Se sentaron en las tumbonas y al poco pude oír como la Parpajo le decía a Lucía:

—Lucía, por qué no le pides a Ana y Gervasio que vengan a bañarse también, ya sabes que todas les tenemos mucho cariño.

—Claro —contestó Lucía y llamó por el móvil—. Hola Ana, Mercedes y otras invitadas quieren que vengáis a bañaros en la piscina. Díselo también a los niños. Ahora vienen —le dijo a la Parpajo después de colgar.

Poco a poco fueron quitándose los albornoces y pareos con que habían

bajado. Casi todas llevaban unos biquinis bastante escuetos, que dejaban vislumbrar las horas de gimnasio que debían meterse, y digo casi todas porque lo que llevaba la Parpajo no era un biquini, sino tres rectángulos muy alargados de tela, que con gran dificultad le tapaban los pezones y la raja del chocho. Lucía no pudo evitar comentárselo:

—Mercedes hija, para eso es mejor no ponerse nada.

—No, esto excita mucho más que nada.

Nela y Julia se metieron en la piscina y al poco aparecieron Ana, Gervasio y el Parpajo, ellos dos en bañador elástico y camiseta, marcando unos paquetes que daban miedo y ella con un vestido corto. Saludaron a Lucía y Mercedes y Ana y Gervasio se sentaron un poco retirados de los demás. Transcurridos unos minutos Ana se levanto y se quitó el vestido quedándose con un biquini del que podían sacarse diez como el que llevaba Mercedes. Clara abrió la puerta y me dijo:

—Vamos para abajo Carlos, no podemos dejarlo más.

—¿Le has dicho algo a tu madre?

—No he podido todavía, no se ha separado de las invitadas.

Me peiné de manera distinta a la habitual y me puse unas gafas de sol, para intentar que no me reconociera la Parpajo y bajamos. Cuando salimos al jardín Clara me cogió de la mano y fuimos a saludar a Mercedes.

—Mercedes te presento a Carlos, un amigo. —Le dijo Clara cuando nos pusimos en frente de ella.

Mercedes me miró de arriba abajo y subió la mano derecha para que se la estrechara.

—Encantado —le dije estrechándole la mano.

—Igualmente. Clara que amigo tan guapo tienes.

—Gracias —dije yo un tanto azorado.

Lucía se levantó para meterse en la piscina. Nosotros decidimos sentarnos en otra tumbona detrás de Mercedes, para que no nos viera, pero ella se levantó y fue a sentarse junto a Ana. Al pasar a mi lado se me quedó mirando como si me hubiera reconocido. Ante el peligro de que efectivamente fuera así, me levanté y me fui a un pequeño edificio en el que había un cartel que indicaba que eran unos vestuarios. Tenía dos puertas como si uno fuera para hombres y otro para mujeres. Miré dentro y ambos eran exactamente iguales. Me metí en uno de ellos, sin saber si acertaba. A la entrada había unos lavabos y las puertas de acceso a dos cabinas con inodoro, en medio una zona con

estanterías y banquetas que hacían de vestuario y al fondo unas duchas corridas. Al momento oí voces femeninas en la puerta y me escondí en una de las cabinas. Las voces eran de Ana y Mercedes.

—Ana sigues estando buenísima.

—Gracias Mercedes, pero a tu lado no tengo comparación. Yo no podría haberme puesto ese bikini ni con veinte años.

—Tengo que mantener la atención de Paco, mi marido, ya sabes que es bastante mujeriego. Ya llegan, abre el espejo. ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que los espiamos? —Preguntó Mercedes.

—Unos diez años, si no recuerdo mal.

—No deberíamos haber estado tanto tiempo sin vernos.

Yo estaba bastante acojonado con la situación, pensando que tendría que haber salido, aunque fuera cruzándome con ellas, en vez de haberme escondido. Si me pillaban me la iba a cargar. Pensé también en porqué tenía que terminar escondido cada vez que veía a la Parpajo.

—¡Qué barbaridad Ana, Gervasio tiene cada vez la polla más gorda!

—Y tú marido más grande de lo que la recordaba.

—No te creas, con la edad se le descuelgan los huevos y como ha empezado a depilarse parece más grande.

Empecé a escuchar las voces del tal Paco y de Gervasio, al parecer debía haber algún altavoz que permitía escuchar lo que se hablaba en el otro vestuario.

—¡Joder Gervasio, como me pone todavía tu mujer! —Dijo Paco.

—La verdad es que la jodía está muy buena, pero lo de tu mujer es para enfermar. ¡Qué buena está y qué guarra con esa cosa que llevaba! Mira como se me está poniendo el nabo.

—Y a mí también se me está poniendo como una piedra. ¿Crees que nos estarán espionando?

—No lo sé, pero conociendo a mí mujer casi seguro que sí. —Contestó Gervasio.

Sabiendo que me la jugaba, la tentación fue tan grande por ver lo que estaba pasando, que decidí entreabrir la puerta y mirar. Ana y Mercedes se estaban besando y metiéndose mano por donde podían. El espejo que estaba sobre los lavabos había desaparecido y ahora se veía el otro vestuario. En él estaban Paco y Gervasio desnudos y completamente empalmados mirando de frente.

—Mercedes, ¿estáis ahí? —Preguntó el Parpajo.

—¿Dónde íbamos a estar si no? —Contestó ésta.

—¿Qué hacéis? —Preguntó Gervasio.

—Miraros y sobarnos —contestó Ana.

—Dejad de hablar y sobaros vosotros también —les ordenó Mercedes.

Ambos se echaron mano a sus respectivos pollones y comenzaron a meneárselos.

—¡Qué sosos sois, mejor el uno al otro! —Siguió Mercedes.

—Entonces dejad que os veamos —contestó el Parpajo.

—Todavía no, cuando estemos todos más calientes —zanjó Ana.

Ellos obedecieron y cambiaron a menear cada uno el pollón del otro. Estaban de perfil, lo que permitía ver la escena de pajilleo perfectamente. De pronto, Victoria, la hija de Ana y Gervasio, apareció en la escena del otro vestuario. Creí que ellos se cortarían, pero me equivoqué, siguieron como si nadie hubiera entrado.

—Fíjate que creía que tenías tres hijos —le dijo Mercedes a Ana.

—Y los tenía, pero cosas de los tiempos, ahora tengo dos hijos y una hija.

—Es muy guapa y no parece importarle lo que hacen tu marido y el mío.

—Es muy abierta para el sexo desde muy jovencita.

Si creía que no podía haber más vicio en la casa, también me había equivocado.

—¿Qué hacéis? —Les preguntó Victoria.

—¿Tú qué crees? —Le respondió Gervasio

—¡Qué barbaridad Paco, tienes un pollón precioso!

—Gracias, ¿no te apetece comértelo?

—Claro que sí —le contestó Victoria soltándose el top del bikini blanco que llevaba, dejando a la vista su fabuloso par de tetas, grandes, de apariencia muy duras y con unas areolas y pezones muy pequeños.

Se agachó y apartando la mano de Gervasio, trató de engullir aquel pollón, mientras Paco le sobaba las tetas. ¡Joder que familia! La hija, hijo o lo que fuera se estaba comiendo un pollón, mientras sus padres la miraban tan tranquilos. La escena debía haber puesto todavía más calientes a Ana y Mercedes que ahora se estaban besando apasionadamente. Los rectángulitos del bikini de Mercedes hacía tiempo que habían dejado de cumplir su misión de cubrirle los pezones, que aparecían erectos y de no menos de dos centímetros de grandes. Cerré la puerta de la cabina y dejé de mirar. Escuché

entonces el ruido de la puerta del vestuario.

—Hola hijos, no sabía que ibais a venir. —Dijo Ana.

—No hemos podido resistirnos a la invitación de Mercedes, sobre todo después de haberla visto esta mañana.

—¡Qué guapos estáis! —Dijo Mercedes—. Me encanta gustar todavía a chicos tan jóvenes.

—Mercedes, tú fuiste nuestro fetiche sexual cuando éramos niños. —Dijo el que me parecía que era Pablo y continuó—. Descubrimos el sexo cuando de niños te espiábamos en la ducha.

—¡Qué ricos! Me encanta que yo haya sido vuestro fetiche.

—Todavía lo eres Mercedes.

La curiosidad volvió a anteponerse a la seguridad y volví a entreabrir la puerta de la cabina para mirar. Pablo y Juan estaban sobando y besando a la Parpajo ante la atenta mirada de su madre, que había empezado a tocarse el chocho bajo la braga del biquini. Mercedes pasó a la acción, metiendo sus manos bajo los bañadores de ellos para sobarles sus nabos, que ya parecían empalmados. Después se puso en cuclillas, les bajo los bañadores y empezó a chupárselas. Ana seguía la acción de los tres con atención, pero sin perder tampoco de vista lo que ocurría en el otro vestuario, donde Victoria seguía encelada con el pollón de Paco, mientras Gervasio seguía meneándosela. Al poco tiempo Paco levantó a Victoria, luego se agachó él, le bajó la braga, descubriendo la polla de buen tamaño que esta se gastaba.

—¡Qué bien, viene con sorpresa! —Exclamó el Parpajo.

La sorpresa no sólo no lo echó para atrás, sino que pareció gustarle y comenzó a chupársela. Para ese momento yo estaba completamente empalmado y ya me había bajado el bañador para poder sobarme a gusto. Pero ahí no quedó la cosa, Victoria le dijo a Paco:

—Chúpame el culo y luego métemela —y se dio la vuelta poniéndole el culo en la cara.

Victoria tenía un bonito culo que Paco, después de dilatarle el ojete le penetró con fuerza. Mientras le estaban dando por el culo, Victoria le dijo a Gervasio:

—Papa, no te quedas al margen, métesela a Paco.

Pensé que aquello no iba a poder ser debido al grosor de la polla de Gervasio, pero volví a equivocarme. Gervasio se puso detrás de Paco y sin grandes miramientos se la metió como si nada.

—¡Paco como me gusta follarte! —Exclamó Gervasio—. El coño de mi mujer está demasiado dilatado y no me aprieta como tu culo.

A mí ya no me extrañaba nada de lo que pudiera pasar. A este lado Mercedes se había sentado en la encimera del lavabo y Pablo se la estaba follando, mientras Juan se había puesto de pie sobre la encimera y le metía el nabo en la boca. Ana se había quitado la braga del biquini y se estaba haciendo un dedo recostada en la encimera. La calentura que yo tenía no era normal, decidí que ya estaba bien de mirar y que debía pasar a la acción follándome a Ana.

—¿Te ha gustado lo que has visto hasta ahora? —Me preguntó Ana cuando me vio salir de la cabina.

—¿Sabías que estaba mirando?

—Claro, desde el minuto uno. Cómeme el coño, que lo estoy deseando. —Dijo sentándose en la encimera.

Me daba bastante vergüenza comerle el chocho a Ana con sus hijos delante, pero qué coño, si sus hijos se estaban follando a Mercedes a menos de un metro. Metí la cabeza entre las piernas de Ana y le abrí el chocho con las manos para poder llegar hasta su raja, en medio de la mata de pelo que se gastaba.

—Aprovecha Ana, que este chico sabe comer muy bien un coño. —Le dijo Mercedes, que sin duda me había reconocido.

—Creí que no me habías reconocido —le dije.

—A ti no, pero a tu polla sí. Nunca olvido una polla.

—Calla y chupa —le dijo Juan a Mercedes, que obedeció de inmediato.

Oí ruidos en el otro vestuario y una voz de mujer que decía:

—Nos encanta ver como os dais por el culo, pero ahora queremos follar nosotras también.

—Cómo no —contestó Paco.

Paré un momento mi actividad, me incorporé y miré hacia el otro lado. Julia, Blanca y Nela estaban quitándose los biquinis. ¡Joder en aquel vestuario había más gente que en una parada de metro! Ellos tres se separaron y se apoyaron en la encimera mirándolas.

—¿Gervasio, recuerdas cómo yo era la única capaz de meterme entero tu pollón en la boca? —Preguntó Blanca. La jodía estaba gordita, pero no podía estar más buena.

—Claro que me acuerdo, desde entonces ninguna ha podido —le contestó

Gervasio—. Hazlo, lo estoy deseando.

—Vamos a la ducha que te la voy a lavar o te crees que me la voy a comer después de haber estado en el culo de Paco.

Julia estaba morena con unas contrastadas marcas del biquini, tenía unas tetas medianas, pero con unas enormes areolas que le abarcaban casi su mitad. Debía meterse unas manos de gimnasio de cuidado porque tenía el vientre como una tabla y el culo muy respigón. Se adelantó y empezó a besar a Victoria en la boca. Ana, que me había estado sobando la polla mientras miraba, me dijo:

—Sigue comiéndome el chocho, no te despistes, que te pierdes con cualquier cosa.

Volví a mi tarea. Ana tenía el chocho empapado. No me importaba que tuviera una buena mata de pelo, lo malo era que de vez en cuando tenía que sacarme alguno de la boca.

—¿Te apetece follarme el culo? —Dijo Mercedes al rato.

—Claro —le contesté.

Mercedes se dio la vuelta y se apoyó en la encimera mirando al otro vestuario. Yo me puse detrás de ella y traté de dilatarle el ojete, pero ella me dijo:

—No pierdas el tiempo, ya lo tengo dilatado con la calentura.

Me incorpore y le saqué sus enormes tetas del top del biquini. Al otro lado Julia le estaba comiendo la polla a Victoria y Blanca increíblemente había logrado meterse la polla de Gervasio en la boca. Paco se estaba follando a Nela que seguía con el biquini puesto. Le puse la punta de la polla en el ojete a Ana y lentamente fui metiéndosela hasta que me di cuenta de que efectivamente entraba sin problemas. Mercedes había cambiado de posición y ahora Juan se la metía por el culo y Pablo por el chocho.

—¡Seguid, no paréis, que estoy en la gloria! —Le dijo Mercedes a sus dos folladores.

Yo con una mano le sobaba el clítoris a Ana y con la otra le apretaba las tetas. Ahora Blanca se había sacado de la boca el pollón de Gervasio y hacía esfuerzos por volver a encajar las mandíbulas, mientras que este trataba de metérselo por el coño.

—¡Me voy a correr, no paréis, aaaggg, más, más ...! —Dijo Mercedes.

—¡Yo también, no dejes de sobarme el coño! —Gritó Ana.

Se corrieron las dos mirándose a los ojos, luego Mercedes se desensartó y

siguió en cuclillas comiéndoles la polla a sus folladores. Ana, no se movió después de correrse y me dijo:

—Sigue follándome el culo hasta que te corras dentro de mí.

La obedecí y seguí con el mete saca de forma furiosa, dándole fuertes cachetes en el culo con ambas manos. En el otro lado la cosa no iba peor, Victoria se estaba follando a Julia que gritaba como una loca, mientras Blanca y Nela ya se habían corrido y seguían siendo folladas. Yo me corrí entre berridos en el interior de Ana, que volvió a correrse cuando notó como mis chorros le llegaban al intestino. Mientras nos corríamos, Pablo y Juan se corrieron en la cara y las tetas de Mercedes.

Al rato Mercedes propuso que nos ducháramos para comer y así lo hicimos. Después de secarnos creí que nos vestiríamos para salir del vestuario, pero no fue así, Mercedes y Ana salieron desnudas primero y el resto las seguimos igualmente en pelotas.

En el jardín de la piscina Caty, de uniforme, servía las bebidas tras una mesa. Aquello se había convertido ahora en una fiesta nudista. Lucía y Clara, también desnudas, charlaban animadamente con unas y otras, como si la situación fuera la más normal del mundo. Francamente yo estaba bastante alucinado con la situación, era la primera vez que estaba en un sarao de ese tipo, pero para el resto parecía como si lo hicieran todos los fines de semana. En un momento dado Mercedes se acercó a Lucía, habló un poco con ella y las dos se fueron a un porche que estaba un poco más alto que el jardín. La imagen de esas dos preciosas maduras desnudas creo que no se me olvidará nunca. Mercedes chocó una cucharilla con la copa para que le prestáramos atención, cuando la tuvo comenzó a hablar.

—Amigas y amigos, sólo quería tomar la palabra para agradecer a Lucía que haya vuelto a acogernos en su casa. Creo que hablo en nombre de todas, cuando digo que sus fiestas siempre han sido las mejores y espero que una vez reiniciadas vuelvan a ser lo frecuentes que eran antes.

Sus palabras fueron acogidas con aplausos. La situación era como la del anuncio de Ferrero Roches, pero con todo el mundo desnudo. Luego tomó la palabra Lucía.

—Queridas amigas y amigos, los sucesos de los últimos años me han impedido disfrutar de vuestra compañía. Espero también que repitamos y que podamos ampliar a más amigas y amigos estas fiestas tan agradables. — Utilizaba la palabra agradable igual que su hija Clara para referirse a aquel

despelote—. Para terminar quería dar la bienvenida a la nueva generación que hoy nos acompaña y recordaros la única regla de estas fiestas: ¡Que no hay reglas!

Los congregados volvieron a aplaudir, para inmediatamente seguir comiendo y bebiendo. Clara se acercó a mí.

—Carlos ya no hay de qué preocuparse. La Parpajo, que es la que de verdad manda en la asociación, y mi madre han llegado a un acuerdo para integrarse en una candidatura única

—Me alegro. Cambiando de tema, he pensado que el tal Antonio es tonto de babero. Para qué coño quería el conjuro, si estas se follan a todo lo que se menea.

—Pues tienes razón. Yo creo que lo quería era sacarle el dinero a mí padre con las tonterías. ¿Te sigue gustando Victoria después de conocer su secreto?

—La estancia en vuestra casa debe haberme cambiado, porque ahora me gusta más que antes.

Mientras hablábamos la reunión había empezado a descontrolarse, bueno o a descontrolarse otra vez. Le eché el ojo a Blanca, me gustaba que tuviera unos pocos kilos de más, la hacía más humana frente a las otras. No le pasó desapercibido que la mirara y se dio una vuelta para que pudiera observarla por completo. Su culo era fantástico, casi más que sus grandes y blancas tetas. Deje a Clara y me acerqué a ella ya con la polla morcillona.

—Hola mi nombre es Carlos y tu eres Blanca, ¿no?

—Sí, encantada de conocerte en este ambiente. ¿Eres nuevo?

—Sí y la verdad es que me parece increíble.

—Pues créetelo. Esto es lo único bueno de la madurez, que te quita las tonterías y los pudores. Los que estamos aquí sabemos que no hay nada mejor que follar y por eso tratamos de hacerlo todo lo posible.

Durante la conversación la mano que le dejaba libre la copa había ido a parar a mi polla y me la estaba sobando muy despacio. Al poco se acercó Julia hacia nosotros.

—Te presento a Julia. Julia él es Carlos —dijo Blanca presentándonos.

—Encantado —le dije.

—Igualmente —contestó ella—. Blanca, veo que sigues siendo la más rápida en fichar jóvenes nuevos.

—Ya sabes que no soy egoísta, si quieres lo compartimos. ¿Te importa? — Me preguntó.

Vaya dos, pensé. Aquello no era ni la primera ni la segunda vez que les pasaba.

—¿Por qué iba a importarme? —Le contesté.

—No sé, a veces te encuentras con gente que no le gustan los tríos.

—A mí mucho y más si es con dos espléndidas mujeres como vosotras.

El manoseo de Blanca sobre mi polla había conseguido que me empalmara de nuevo.

—Vamos para dentro, el principal problema de estas reuniones es que sin darte cuenta, al final te quemas con el sol. —Dijo Julia.

Entramos al salón, sin que Blanca me soltara el nabo. Cuando mis ojos se aclimataron a la oscuridad interior, lo primero que vi fue a Gervasio follándose a Caty haciendo el perrito en un sofá. Caty gritaba como una loca con aquel pollón dentro.

—Gervasio no abuses que ya tienes una edad. —Le dijo Blanca con mucha guasa.

—Que le voy a hacer, prefiero morir con las botas puestas. —Le contestó él.

Seguimos hasta el fondo del salón, donde había otro sofá bastante grande.

—¿Por qué no subimos a una habitación? —Les propuse.

—Tú no has estado en muchas orgías, ¿no? —Dijo Julia.

—Si quieres que te diga la verdad, no.

—Pues deber saber que la base de las orgías es no apartarse del resto, sino dejar ver lo que haces, para que el ambiente esté siempre caliente. —Dijo Blanca.

—De acuerdo, tiene su lógica. Política de transparencia. —Acepté.

Me sentaron en el sofá y ellas se pusieron cada una a un lado de rodillas. Primero una a una y luego las dos juntas me fueron comiendo la polla. ¿Quién me iba a decir a mí hace unas semanas, que dos maduras buenísimas me iban a comer la polla a la vez? Pensé mientras disfrutaba de las caricias de sus bocas. Abrí los brazos y acerqué mis manos a sus depilados chochos para sobárselos. Caty seguía gritando como si fuera el fin del mundo. Blanca se incorporó dejándole en exclusiva mi polla a Julia, se puso de pie sobre el sofá y me acercó el chocho a la boca.

—A ver cómo te lo comes —me dijo.

El cuerpo de Blanca me ponía mucho, le coloqué las manos en el culo, que era delicioso, y la apreté contra mi boca. En esa posición no podía ver que

más ocurría en el salón, pero había más ruido que antes. Julia dejó de comerme la polla y sentándose sobre mis piernas se la ensartó en su chocho.

—Juventud, divino tesoro —exclamó cuando terminó de metérsela entera—. ¡Cómo me gustan estas pollas como piedras! A mí marido ya le cuesta empalmarse.

—¿Qué quieres Julia, si te casaste con un hombre quince años mayor tú? —Le contestó Blanca.

—De todas formas a él nunca le gustaron mucho estas fiestas. Toda la vida ha sido un soso.

—Soso, soso tampoco, acuérdate cuando follábamos los tres.

Tiene cojones lo de las mujeres, no pueden dejar de conversar ni follando, pensé. Dejé el culo de Blanca y subí mis manos a sus gordas tetas, sin dejar de comerle el coño.

—Apriétamelas, me las tonifica y además me gusta mucho. —Me dijo Blanca.

Al poco escuché la voz de Clara, que sonaba relativamente cerca, diciendo:

—¡Paco, qué pollón tienes!

—¡Y tú qué buena estás! —Le contestó éste—. Cómemela.

Jodía Clara, no había parado hasta que no había conseguido follarse al Parpajo. Caty debía estar corriéndose porque sus gritos eran agónicos. Yo estaba disfrutando con las tetas de Blanca, eran muy suaves y cálidas y sus pezones grandes y duros.

—Blanca, ven aquí. Cómele los huevos a Carlos y hazme un dedo, que no voy a tardar en correrme. —Ordenó Julia al rato de haber estado apretándole las tetas a Blanca.

Blanca no tardó en obedecer y de rodillas entre mis piernas fue metiéndose mis huevos en su boca, mientras que con una mano le sobaba el clítoris a Julia. Ahora podía ver que más estaba sucediendo en el salón. Caty, sentada en el sofá, se la estaba meneando a Gervasio con las dos manos, hasta que este se corrió en su cara con unos potentes chorros de lefa, que fueron a caer sobre sus ojos. Clara, que seguía comiéndosela al Parpajo, le preguntó:

—¿La tienes dura ya para follarme?

—Sí, ponte a cuatro patas —le contestó él.

—¡Blanca sigue que me voy a correr, sigue, no pares, más fuerte...! —Exclamó Julia, mientras yo notaba cómo se movía cada vez más rápido sobre

mi polla.

Le eché mano a las tetas de Julia, nada que ver con las de Blanca, eran operadas. Julia se corrió finalmente y se dejó caer de espaldas sobre mi pecho. Blanca se levantó y sin muchos miramientos la empujó para que le dejara el sitio, luego se sentó sobre mis piernas mirándome, cogió mi polla con una mano, se la puso en la entrada del chocho y se dejó caer. El Parpajo se estaba follando a Clara con un bombeo tremendo, que hacía que sus huevos golpearan rítmicamente contra su clítoris. Blanca me puso sus tetas en la boca para que se las comiera. Me encantaban las tetas de Blanca y empecé a darle bocados en sus pezones y sus areolas.

—¡Paco me corro! —Gritó Clara—. ¡Más fuerte, más fuerte!

La corrida de Clara debió animar a Blanca que gritó que también se corría y lo hizo al momento apretándome la polla con los músculos de su chocho. El Parpajo sacó la polla del coño de Clara y jalándosela con fuerza se corrió sobre su culo. Blanca finalmente se dejó caer a un lado, lo que aprovechó Julia para meterse mi polla en la boca y succionar con fuerza.

—¡Me voy a correr! —le advertí.

—Córrete, siempre me lo trago todo cuando es la primera vez que me follo a un tío. —Me contestó Julia.

No pude más y me corrí en su boca, mientras notaba como ella se lo iba tragando todo a la misma vez. Me quedé como muerto sentado en el sofá, hasta que Clara se acercó a mi oído y me dijo:

—Tenemos que irnos para Sevilla, he hablado con Virtudes y está descontrolada.

La miré, tenía cara de preocupación. Sin embargo, no pude evitar la broma:

—¿Pero dónde llevas el móvil?

—¡Imbécil! —Me dijo echándose el pelo de un lado para atrás y dejándome ver un auricular en la oreja.

—Perdona, no ha tenido gracia. ¿Pero qué le pasa ahora a Virtudes?

—Me ha dicho que estaba dispuesta a quemar la casa si no encontraba los papeles de su padre.

—Pues no los va a encontrar porque me los he traído yo.

—No te dije que no te los trajeras.

—Sí, pero nos los iba a dejar con Virtudes sola en la casa todo el fin de semana.

—Menos mal, ¡vamos!

Fui a mi cuarto, me vestí, recogí las cuatro cosas que llevaba en la maleta y bajé donde estaban los coches. Clara llegó al momento con su maleta y las llaves del coche de su madre. Nos montamos y salimos pitando conduciendo ella.

—¿Te lo has pasado bien follándote al Parpajo? —Le pregunté a Clara cuando nos incorporamos a la carretera.

—El tío tiene un pollón de cuidado, pero lo maneja sólo regular. ¿Y tú que tal con Ana?

—Es una mujer muy contundente y que está muy buena, lo que pasa es que la maternidad y el pollón de Gervasio le tienen el chocho como un calcetín demasiado usado.

—No seas machista.

—No lo soy, es la verdad. ¿No tiene toda esa familia una relación un poco escabrosa?

—Es posible, son todos tremendamente calientes.

—Ah, ¿pero hay alguien de tu entorno que no sea tremendamente caliente?

—¡Cállate ya, que tu bien que te aprovechas!

—Clara, ya no sé si me aprovecho yo o se aprovechan de mí.

—Déjalo en empate.

Después de un rato le pregunté a Clara.

—Por curiosidad, ¿qué ha pasado para que Mercedes y tu madre llegaran a un acuerdo tan rápido?

—Mercedes que es la persona más caliente que he conocido en mi vida, y sé de lo que hablo, estaba enfadada con mi madre por haber cortado hace años las fiestas como la de hoy en el cortijo. Ha bastado que las retomara para que las cosas volvieran a su cauce.

Seguimos el camino de vuelta callados, ambos estábamos preocupados por lo que pudiera haber hecho Virtudes. Clara aparcó el coche en el garaje de la casa, entramos por la puerta que lo unía con la zona de servicio. La imagen era desoladora. Toda la zona de servicio estaba manga por hombro. Virtudes había hecho un registro a fondo sin preocuparse de ocultarlo.

—¡Esta tía se ha vuelto loca! —Dijo Clara cuando vio como estaba la casa.

—Clara a mí me parece que va ser mejor dejar que Virtudes vea los papeles, si no esto va a ir a peor y, en definitiva, ya sabemos que no son tan

importantes ni tan comprometedores.

—No lo sé, pero me da por culo la actitud que tiene.

—Tiene que haber hablado con su padre y le habrá dicho que los robó de mi cuarto y los dejó en la despensa.

En ese momento oímos ruidos en la planta de arriba, debía estar en el estudio. Subimos, la puerta estaba abierta, entramos y allí estaba Virtudes revolviéndolo todo.

—Virtudes, ¿se puede saber que haces en mi habitación? —Le pregunté. Se asustó al oírme y se dio la vuelta.

—Buscando lo que me pertenece —me contestó con los ojos inyectados en sangre.

—Eso de que te pertenece es muy discutible. —Le contestó Clara.

Volvimos a escuchar ruidos, esta vez provenían de la zona de dormir. Virtudes no estaba sola. Clara se adelantó a mirar quien era.

—Lola, ¿pero qué haces tú aquí? —Escuché preguntar a Clara.

—He vuelto, mi hija me ha contado lo que estaba pasando y he decidido ayudarla. —Contestó la tal Lola.

O sea, que la tal Lola era la madre del siglo que había abandonado a Virtudes de niña y ahora había vuelto para ayudarla a hurgar en lo que no era suyo. Lola, que debía rondar los cincuenta, era una mujer guapa, todavía más que Virtudes, más o menos un metro sesenta de altura, rubia teñida, vestida con una falda ceñida todavía más corta que la que utilizaba su hija, lo que permitía admirar unas bonitas piernas, una cintura marcada y un culo muy bien puesto y una camisa descotada, que mostraba un canalillo más que sugerente. Sin duda era una mujer atractiva, pero sobre todo desprendía mucho morbo. En conjunto su vestimenta y su aspecto eran como si tuviera la misma edad de su hija, debía tener un complejo de campanilla de mucho cuidado.

—Señora, está usted registrando mi habitación. Le pido que lo deje y que salga. —Le espeté.

—No me llames señora, que me hace mayor, mi nombre es Lola y no voy a salir de aquí hasta que no aparezca lo que busca mi hija.

—Lola, ¿tú sabes exactamente lo que está buscando Virtudes? —Le preguntó Clara.

—Me ha dicho que unos papeles de su padre.

—¿Pero sabes de qué van los papeles? —Le repreguntó.

—Eso no me lo ha dicho.

—Pues van de las tonterías y de los folleteos de tu ex marido y de mi padre. ¿Crees que eso tiene mucho interés?

Lola miró a Virtudes antes de contestar y esta se adelantó a su madre preguntando:

—¿Tú los has visto?

—No —contestó Clara mintiendo.

—Virtudes, si son las historias de folleto de tu padre, estamos buscando una tarjeta de visita escita por una cara. —Dijo Lola con mucha sorna.

—No te creas mamá, papá se volvió un follador empedernido cuando nos dejaste.

Lola alzó las cejas en señal de extrañeza por lo que había dicho su hija.

—¿Cuál me has dicho que era tu nombre? —Me preguntó Lola.

—No se lo he dicho, pero me llamo Carlos.

—Bueno Carlos, según dice mi hija eres tú el que tiene los documentos esos.

—Su hija dice muchas cosas y no todas son ciertas. Y ahora, por favor, salgan las dos de mi habitación. —Le contesté.

Lola comenzó a andar hacia la puerta seguida por su hija, que me miró con cara de desprecio y de decirme que las cosas no iban a quedar así.

—¡Joder Clara, que pesadilla con los documentos! —Exclamé cuando ellas salieron de la habitación, empezando a ordenar el caos que habían dejado atrás.

—¿Qué te ha parecido Lola? —Me preguntó Clara.

—No tengo un criterio. Es una mujer guapa y muy atractiva para su edad, pero no tengo ni idea de cómo será, salvo que no está dispuesta a asumir sus años.

—Ten cuidado con ella, tiene más peligro que un cable tumbado.

Ya había anochecido. Clara se despidió y yo me quedé ordenando el estudio. Cuando terminé miré el móvil, tenía tres WhatsApp y una llamada perdida de Antonia. Desde que nos conocimos casualmente y pasamos una noche juntos, habíamos procurado no perder el contacto entre nosotros. Leí los mensajes:

“Carlos estoy en Sevilla. Te he llamado por teléfono pero no me ha sido posible contactar contigo. Llámame cuando puedas o mándame un mensaje”

“Hola de nuevo perdido. Llámame, por si pudiéramos vernos”

“Hola, hola, te acuerdas de mí”

El último mensaje era de unos minutos antes. La llamé por teléfono.

—¡Hombre, el niño perdido y hallado en el templo! —Me dijo al contestar.

—Perdona, pero no he visto tus mensajes hasta ahora. ¿Cómo estás guapa?

—Muy bien. He venido a pasar esta noche a Sevilla con unas amigas. ¿Crees que podríamos vernos?

—Claro, ¿te apetece que cenemos?

—Vale, luego seguiré con mis amigas o no, depende del plan que me ofrezcas.

Nos despedimos tras quedar para cenar en media hora en un sitio que pudiera permitirme. Antonia me seguía gustando mucho y me acordaba muchas veces de ella, pese a que no nos habíamos visto una sola vez. Antes de salir, volví a esconder los documentos, no quería que estuvieran por en medio a la vista de cualquiera que fuese a fisgar.

A la hora fijada, tras ducharme y vestirme para la ocasión, la estaba esperando en el restaurante. Llegó veinte minutos más tarde y como la recordaba, guapísima. Nos besamos en las mejillas. Sólo su olor ya me puso cachondo perdido. Llevaba un traje de chaqueta rojo, medias negras y zapatos de tacón alto también negros.

—Qué alegría verte y que guapa estás. —Le dije cuando nos sentamos.

—Lo mismo te digo —me contestó.

—¿Cómo es que estás por Sevilla?

—Un grupo de amigos decidimos darnos una vuelta por la capital y me acordé de ti y de tu manguera.

—No empieces, que luego tengo que ir a secarme los bajos.

—¿Cómo andas de novias? —Me preguntó.

—Novias no, gracias.

—Bueno, de líos.

—Mejor ni te cuento. Si fuera chino tendría que decir que este es el año de la polla. ¿Y tú de novios?

—Ya sabes que yo no quiero novio, soy demasiado apasionada para ser de un solo hombre o de una sola mujer. Perdona que sea curiosa, pero, ¿te han dado más clases en el máster de sexo qué me contaste?

—Unas pocas, parece que ahora soy el capricho de algunas maduras.

—¡Qué suerte! A mí me gustan también los maduros, como tú.

—¿Cómo es eso que has dicho antes de que eras demasiado apasionada?

—Fácil, yo necesito tener al menos un orgasmo al día. Si es con otros mejor, pero si no, pues conmigo misma.

La conversación con Antonia me estaba poniendo como una moto, al parecer Antonia venía con toda la artillería montada.

—¿Y has tenido ya el de hoy? —Le pregunté con mucha coña.

—Todavía no, esperaba que tú me lo pudieras solucionar. ¿Y tú, te has aliviado ya hoy?

—Sí, hoy he tenido un día agotador.

—Cuéntame, me gustan los relatos eróticos.

—¿Qué pasa que hoy tienes ganas de guasa?

—Tengo más ganas de otra cosa, pero así me entretengo mientras cenamos. Anda, no seas aburrido.

—Hoy sin comerlo ni beberlo he estado en una orgía.

—¿Y te ha gustado?

—Pues sí. La mayoría de las asistentes eran mujeres maduras con muchas ganas de juerga. ¿Crees que te apetecería participar en una orgía?

—¿De dónde sacas que no he participado ya en alguna?

Miré a Antonia fijamente, no sabía si se estaba quedando conmigo o si era verdad que a sus diecinueve o veinte añitos ya había tenido esas experiencias.

—Antonia, eres una caja de sorpresas.

—Yo no te dicho ni que sí ni que no, sólo te he dicho que no des por sentadas cosas sobre mí.

—Tienes razón. Oye me estás poniendo muy caliente y voy a tener que ir a secarme los bajos.

—Eso te pasa por no ser precavido, yo me he puesto un salva slip y tengo que ir a cambiármelo. —Dijo levantándose de la mesa, cogiendo el bolso para ir al servicio.

Me encantaba lo desinhibida y lo borde que era Antonia. Desde luego no era una chica que se cortara con facilidad. Volvió del servicio y se sentó soltándose un par de botones de la chaqueta. Llevaba una blusa negra muy ajustada y transparente, que permitía ver la silueta de sus tetas, casi hasta sus areolas. Mi calentura iba en aumento y mi polla empezó a empalmarse. Debí notar que miraba su blusa porque me dijo:

—¿Te gusta el bodi que me he comprado para esta ocasión? Es entero transparente, más bonito.

—Eres mala conmigo, ¿no te doy penita?

—Pues no, ninguna. ¿Qué les haces a las maduras para encapricharlas?

—Les limpio sus cositas con la lengua, las dejo comer barras de caramelo y huevos de pascua y las ayudo con su tracto intestinal.

—¿Qué buen samaritano! —Dijo Antonia riéndose de la burrada.

—Si tú quieres luego te puedo hacer una demostración del tratamiento.

—No parece un mal plan.

—¿Y tú qué haces para ayudar a los maduros?

—Los dejo beber jugos, les dejo tomar fresitas con nata montada y les toco la zambomba. Algunas veces, cuando estoy traviesa cojo sus barras de caramelo y me las como.

No había manera de poder con Antonia. Mi calentura ya era preocupante. Aproveché que no había camareros a la vista y con las manos en los bolsillos para ocultar mi erección fui al servicio para secarme el nabo y tratar de que se me bajase.

—¿Nos vamos? —Me preguntó Antonia cuando volví del servicio.

—Por mí sí. ¿Quieres una copa?

—Mejor la tomamos en casa.

Pagamos y salimos. Al cruzar la puerta empezamos a besarnos y a modernos los labios con auténtica saña.

—¿Dónde vamos? —Le pregunté.

—Vamos a casa de mi amiga, habrá salido de copas con el resto.

Comenzamos a andar. Primero despacio y luego cada vez más rápido casi hasta correr. Teníamos que descargar el calentón que teníamos. Cuando llegamos al piso donde se quedaba Antonia, casi no nos dio tiempo a cerrar la puerta para volver a besarnos, quise echarle mano a sus tetas, pero ella me paró.

—Estate quieto, no me he comprado el bodi para nada. Ve a la cocina a por unas copas, mientras yo voy al dormitorio.

Hice lo que me pidió y después de revolver la cocina encontré los vasos, el hielo y una botella de whisky. Cuando iba hacia el dormitorio en el que había entrado Antonia, me pareció oír que alguien roncaba en otro dormitorio, la amiga de Antonia debía haber vuelto pronto. Cuando cerré la puerta creí que había entrado en otra dimensión de la sexualidad. Antonia se había quitado la chaqueta y la falda, estaba de espaldas a mí sólo con el bodi transparente, las medias y los zapatos de tacón. El bodi iba muy alto a la cadera, con lo que su culo quedaba a la vista culo realzado por los zapatos de

tacón. Decir que estaba atractiva o incluso preciosa era quedarse muy corto. La transparencia del bodi permitía ver completa su imponente espalda.

—¡Joder Antonia, cada vez que te veo estás más buena!

—Gracias —me dijo dándose la vuelta.

Sus preciosas tetas luchaban contra la presión que les ejercía el bodi, sus pezones erectos y duros como piedras, parecían querer rasgarlo. Bajé la mirada, había desaparecido el triangulo de pelo que recordaba en su pubis y ahora parecía una muñeca.

—¿Qué te has hecho en tu chochito precioso?

—Me he puesto más fresquita, ¿no te gusta?

—Me encanta.

—Recuerdas que el otro día te dije que nos conocíamos poco para el sexo oral, pues creo que hoy ya nos conocemos bastante. —Dijo a la misma vez que se soltaba los gafetes de la entrepierna del bodi, dejando su precioso chocho al aire.

—Sí, creo que tienes razón —le contesté dejando los vasos en un mueble y poniéndome de rodillas frente a ella, con la cara pegada a su coño.

Primero deleité su aroma, lo que produjo que mi erección aumentara todavía más, si es que era posible, luego le fui dando bocaditos en su monte de Venus hasta llegar a su clítoris, que lo tenía fuera y brillante. Ella cogió mi cabeza y la apretó contra su chocho.

—Cómetelo, estoy tan caliente que necesito correrme antes de que sigamos, recuerda que hoy todavía no he tenido mi primer orgasmo.

—Eso tiene arreglo —le dije poniendo mis manos en su culo, apretándolo contra mí.

—¿Me vas a hacer lo que les haces a tus maduras?

—No, te voy a hacer mucho más.

Retiré las manos de su culo para abrirme los pantalones y liberar mi polla que babeaba como pocas veces.

—¡Sigue Carlos, sigue, que me voy a correr en tu boca!

Seguí lamiendo su chocho y su clítoris, hasta que ella gritó y noté como sus jugos me inundaban la boca. Tuvo que tumbarse en la cama cuando sus piernas perdieron la capacidad de mantenerla de pie. Yo terminé de quitarme los pantalones y los boxes y luego me acosté sobre ella.

—Carlos, me pones muy caliente.

—Me gusta oír que te pongo así de caliente, pero eso no es nada para

como me pones tú a mí.

—Tendré que hacer algo para remediarlo —me dijo besándome en la boca y metiéndome la lengua hasta la campanilla.

Me incorporé y me puse de rodillas con ella entre mis piernas. Sin dejar de mirar sus preciosas tetas me quité la camisa, quedándome desnudo.

—¿Tardas mucho en volver a correrte? —Le pregunté.

—No, tardo muy poco, sobre todo si tengo una polla como esta a mi alcance. —Contestó cogiéndome el nabo—. Túmbate que voy a ver cómo están tus líquidos.

Me tumbé boca arriba en la cama, ella se incorporó se puso de rodillas entre mis piernas y se metió mi polla en la boca, apretándome los huevos con las manos. Me incorporé para ver cómo me comía la polla.

—Antonia, eres preciosa y me vuelves loco.

Ella no contestó y siguió a lo suyo.

—Quítate el bodi, quiero verte desnuda.

—Ni lo sueñes con el dinero que me ha costado.

Se incorporó y cogiéndome la polla con la mano empezó a pasársela por su chocho haciéndose una paja.

—¿No quieres metértela?

—No, soy más clitoriana que vaginal. ¿Quieres que la meta?

—Quiero que hagas lo que más te apetezca.

Ella continuó con su paja y yo empecé a notar que me iba a correr.

—Antonia, estoy a punto de correrme —le dije.

—Y yo también, dame un minuto.

Tuve que cerrar los ojos para dejar de verla y poder aguantar el minuto que me pedía. Ella comenzó a gemir con fuerza. Abrí los ojos, tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

—Carlos me corro, córrete cuando quieras.

Me corrí lanzando chorros que le llegaron a todas partes del bodi, iba a tener que lavarlo a fondo. Al poco me levanté a por las copas y volví a tumbarme junto a ella.

—He pasado una noche estupenda, creo que podría pasar muchas junto a ti. —Le dije mirándola a los ojos.

—No te pongas romántico, que no te pega —me contestó besándome—. Yo también he disfrutado mucho.

Apagamos la luz y nos dormimos.

Me desperté al notar que me zarandeaban. Abrí los ojos, era una mujer como de cuarenta años en bata.

—¿Y Antonia? —Pregunté.

—Ha tenido que marcharse porque perdía el tren.

—Perdona, ¿pero tú quien eres?

—Matilde, pero todos me llaman Mati.

Debía ser la amiga de Antonia, la dueña del piso.

—Levántate que voy a hacer el desayuno.

—Vale.

Le dije esperando que se marchara para poder levantarme, ya que estaba desnudo y medio empalmado. Pero ella no hizo el más mínimo gesto de salir del dormitorio.

—Venga levántate —insistió Mati.

—Es que estoy desnudo y no nos conocemos de nada.

—Y eso que más da, no seas perezoso que se va a enfriar el café.

—Bueno, por lo menos pásame los boxes.

—Los he lavado y están secándose. Estaban acartonados por la bragueta.

¡Pero qué libertades se tomaba conmigo esta mujer a la que no conocía de nada! Comprendí que no me quedaba más remedio que levantarme desnudo. Me estaba meando lo más grande, así que me levanté y le dije:

—Perdona Mati, pero tengo que ir al servicio.

—Claro, sin problema.

Me dirigí al baño y ella me siguió. Cuando entré fui a cerrar la puerta, pero ella me lo impidió y se coló también en el baño.

—¿Qué quieres? —Le pregunté poniéndome frente al inodoro, levantando el asiento.

—Quiero que no te mees fuera y me pongas el baño perdido.

La cosa estaba empezando a molestarme.

—Si vas a mear de pie, deja que yo dirija el chorro, si no siéntate a mear.

Miré a aquella mujer, no sabía si estaba loca o qué coño le pasaba. No quería discutir, ni que ella me cogiera el nabo para mear, así que volví a bajar el asiento y me senté a mear cuando ella saliera, pero por lo visto eso no entraba en sus planes.

—¿Te importa dejarme solo? —Le dije.

—Venga mea y déjate de pamplinas.

Por un momento pensé que estaba soñando, que aquella situación no era

real. No soy especialmente pudoroso, pero aquello ya me estaba empezando a molestar. Las ganas de mear pudieron más que la vergüenza y comencé a orinar. Miré a Mati, tendría sobre cuarenta y cinco años, morena y guapetona. Sin embargo, se notaba que estaba recién levantada, despeinada y sin maquillar. La bata se parecía a las que usaba mi madre para andar por casa antes de asearse. Por fin terminé a mear, ella no notó y me dijo:

—Límpiate la gotita con un papel.

La miré con cara de enfado, pero preferí no decirle nada, lo mejor era salir de allí cuanto antes. No esperó a que me diera tiempo y ella pulsó la cisterna.

—Ya iba a darle yo.

—Eso decís todos los hombres, pero luego se os olvida. Vamos que tienes que desayunar.

—Perdona Mati, pero si me devuelves mis calzoncillos me voy, creo que es lo mejor.

—No están secos todavía y no puedes salir a la calle sin comer algo.

Salió del baño detrás de mí y se dirigió a la cocina. Yo seguía desnudo. La situación era la clásica pesadilla en que estás desnudo sin saber porqué, mientras que todo el mundo va vestido.

—Siéntate, ¿cómo quieres el café?

—Si no te importa voy a ponerme algo encima.

—No que se enfrían el café y las tostadas.

—¿Tú crees que esto es normal?

—Eres bastante pejuguera —me contestó—. No me has dicho cómo quieres el café.

—Con leche y azúcar —le dije dándome por vencido.

Estaba convencido de que aquella mujer no quería nada conmigo, lo que todavía hacía más extraña la situación. Puso el café y unas tostadas sobre la mesa.

—¿Hace mucho tiempo que conoces a Antonia? —Me preguntó mientras desayunábamos.

—No, hará poco más de un mes.

—Es una chica estupenda y muy guapa.

—Eso me parece a mí, pero la conozco poco.

—Pues deberías conocerla más.

Terminamos de desayunar y volví a pedirle los calzoncillos para vestirme

y salir pitando.

—Ya deben estar secos, pero antes de vestirte tendrás que ducharte.

—Mati ya me ducharé en mi casa. No quiero molestar más.

Probé a cambiar de estrategia para poder salir de aquella pesadilla. Pero ella no estaba dispuesta a dejarme en paz.

—De eso nada. ¿Has visto los pelos y la cara tienes?

—De acuerdo, iré a ducharme. —Le contesté, ya entregado, levantándome y yendo hacia el baño.

Para mi incredulidad, ella se vino detrás de mí y se metió también en el baño.

—Mati, yo creo que como broma ya vale —le dije en tono bastante serio

—

—No, no vale y no es ninguna broma. Los jóvenes de hoy en día no sabéis ducharos, os creéis que con mojaros ya vale y no es así, hay que enjabonarse y lavarse bien todo el cuerpo. Venga, no me retrases más, que tengo cosas que hacer.

Yo lo único que estaba deseando era salir de allí. Pensé, que con la buena noche que había pasado con Antonia, el despertar no podía ser peor. Me metí en la ducha y abrí el agua, mientras ella seguía mirándome. Empecé a ducharme como lo hacía siempre y a la mitad de la ducha, Mati me dijo:

—Ves lo que te decía. ¿Tú crees que lo que estás haciendo es darte una ducha?

Tenía los ojos cerrados para que no me entrase jabón. De pronto noté como unas manos que no eran las mías empezaban a frotarme con fuerza, especialmente en la polla y en el agujero del culo. Abrí los ojos con estupor y allí estaba ella desnuda dentro del plato de ducha sobándome a base de bien.

—No te confundas que no quiero nada contigo, pero alguien tiene que enseñarte a darte una ducha a fondo. —Me dijo sin parar de sobarme—

—Mati, tengo veinticuatro años y desde los cinco me ducho solo, me habré duchado miles de veces.

—Pues tendría que hablar con tu madre, porque no te ha enseñado como es debido.

La verdad es que desnuda estaba bastante buena, tetas grandes algo caídas, un culo muy apretado y una buena mata de pelo en el chocho, pero estaba absolutamente convencido de que hablaba en serio, no quería nada conmigo por mucho que no parara de sobarme el nabo y los huevos y que me estuviera

metiendo un dedo en el culo.

—¡Mati, por Dios, déjalo ya!

—No hasta que no estés bien limpio.

Pensé si metiéndole mano saldría corriendo, pero no me atreví a hacerlo. Por el contrario, bajé los brazos y deje que terminara. Lo malo fue que con el meneo que me estaba dando empecé a empalmarme, pero a ella le dio igual y hasta que no creyó que estaba lo bastante limpio no paró. Por fin cortó el agua y entonces cogió una toalla y empezó a secarme.

—¿Crees que tampoco sé secarme? —Le dije.

—Eres tú un poquito raro, parece que todo te molesta.

¡Joder lo que faltaba, al final era yo el raro! Terminó de secarme y luego se secó ella, se volvió a poner la bata como si no hubiera pasado nada y fue al lavadero a por mis boxes. Cuando logré recuperarlos, me vestí a toda prisa y salí del piso como alma que lleva el diablo. Cuando cerré la puerta, me dejé caer de espaldas en ella no dando crédito a lo que había pasado. En mi vida me había sentido más sobrepasado por una situación.

Era ya la una de la tarde y no tenía ganas de nada. Compré una pizza por el camino y volví para el estudio. Pensé que estaba tirando el año por alto, como diría mi padre, el máster lo llevaba francamente mal y como no me hiciera del Partido Popular no lo iba a aprobar ni de coña. El sonido del móvil me sacó de mis pensamientos. Era Antonia.

—Buenas tardes dormilón.

—Buenas tardes. ¿Siempre tienes tanta prisa por las mañanas?

—Tenía que estar en Granada para comer. ¿Te has levantado muy tarde?

—Me ha despertado tu amiga, que por cierto, vaya tía más rara.

—¿Por qué lo dices?

—Me ha tratado como si tuviera cinco años. Cuando nos volvamos a ver te lo cuento más detenidamente, porque no tiene desperdicio.

Antonia se rió con ganas.

—No creo que fuera mi amiga, ella iba a pasar el fin de semana con su novio.

—No lo sé, lo que sí sé es que se llamaba Mati.

—Esa es una tía de mi amiga, que en efecto es bastante rara. Está obsesionada con haber tenido un hijo varón. Estoy deseando que volvamos a vernos para que me lo cuentes con detalles.

—Por favor Antonia, si alguna vez volvemos a ese piso no me dejes a

solas con ella.

—No seas exagerado. Te dejo que tengo que salir.

Cuando llegué a la casa Caty estaba ordenando la despensa.

—Hola Caty, buenas tardes.

—Hola señor Carlos, ¿cómo está?

—Cansado. ¿Ha vuelto también Lucía?

—Sí, la señora Lucía quería verle.

—Cuando puedas le dices que ya he llegado.

—Me ha dicho que vaya usted al jardín si llegaba antes de comer.

Dejé la pizza en la cocina y salí al jardín. Lucía y Clara tomaban el sol desnudas junto a la piscina. Semanas antes me habría puesto cachondo perdido al ver a dos mujeres tan bellas desnudas, pero ahora empezaba a tomarlo como lo más normal del mundo.

—Buenas tardes. Lucía, me ha dicho Caty que querías verme.

—Sí, quería agradecerte que me ayudaras con lo de la asociación y pedirte que seas discreto con lo de la fiesta de ayer.

—No hay de qué y no te preocupes por la discreción.

—¿Quieres comer con nosotras? Estarán Lola y Virtudes también. —Me preguntó Clara.

—Te lo agradezco, pero ya sabes que no soy santo de la devoción de Virtudes, ni ella de la mía.

—De acuerdo, si quieres baja a media tarde a tomar una copa. —Dijo Lucía.

Volví a la cocina, cogí mi pizza y subí al estudio, me apetecía descansar y vagar el resto de la tarde. Antonia no se me iba de la cabeza, había pasado una noche fantástica con ella. Me gustaba como era, pensé que podría pasar el resto de mi vida con ella. Se me encendieron todas las alarmas, ¡estaba empezando a enamorarme, si no lo había hecho ya! Lo malo era que ella no quería novio ni cosa parecida y vivía en otra ciudad a doscientos cincuenta kilómetros. Decidí ir a verla a Granada, pero dejaría pasar quince días para no agobiarla. Cuando estaba ya adormilado en el sofá llamaron a la puerta. Era Lola.

—Hola Carlos, ¿puedo pasar?

—Si vienes por los documentos pierdes el tiempo.

—No, quiero saber porque Virtudes y tú tenéis tantos problemas entre vosotros.

No es que me apeteciera mucho tener una conversación sobre el tema, pero la dejé entrar.

—Pasa, ya conoces la habitación.

—Gracias y no te tomes a mal que ayudara a mi hija.

—No me tomo a mal que ayudes a tu hija, me tomo a mal que registrarais mi habitación sin mi permiso. —Le dije sentándome en el sofá e invitándola a hacerlo ella también—. Yo no quiero hablar mal de tu hija y menos contigo, pero ella se ha portado de una manera muy borde conmigo desde que llegué a esta casa.

—¿Qué es lo que pasó?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Ya sé lo he preguntado y me ha dado evasivas.

—Lola, no creo que sea tan importante que Virtudes y yo no nos llevemos bien, ocurre muy a menudo y en todos los ámbitos de la vida.

—¿Y conmigo, también te llevas mal?

—No tengo motivos y creo que lo mismo que los pecados de los padres no los heredan los hijos, pues al revés igual.

—¿Te has follado a Virtudes?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es por tener todos los datos.

—No creo que sea necesario.

—Mira, conozco bien esta casa y sé que te habrán follado a todas, incluyendo a Caty.

—Pensar es libre y yo no te voy a coartar.

Se produjo un silencio un poco tenso. Observé mejor a Lola. Seguía vistiéndose y peinándose como si tuviera veinte años. Empecé a olerme por lo que venía, quería su parte del pastel.

—¿Tienes algo de beber?

—Puede que haya algo de ginebra y algunas tónicas. ¿Te apetece?

—Si claro. Perdona, ¿puedo usar el baño?

—Como no.

Se levantó y fue hacia el baño. La miré, por detrás parecía que tuviera veinte años menos. Serví las bebidas.

—Carlos, ¿puedes venir? —Me preguntó desde dentro.

Ya vamos a tener lío, pensé, y no tenía nada claro que me apeteciera.

—Dime, ¿qué quieres? —Le contesté desde el salón.

—¿Tienes más papel higiénico?

—Vaya lo siento, creo que sí.

Busqué en el armario y encontré un rollo.

—Te lo dejo en la puerta.

—No, pasa y límpiame tú.

Me quedé un tanto paralizado. Ahora me había convertido en un limpia chochos.

—¿No puedes hacerlo tú sola?

—Sí, pero me gusta más que me lo hagan.

—Y a mí me gustaría ser rico, pero no lo soy.

—No seas soso. ¿No te gustaría jugar un rato con una mujer madura?

—Lola no termino de pillar de qué vas.

—Me apetece follar y me gustan jovencitos, como tú.

—Debo estar en la edad tonta, ayer una chica me dijo que le gustaban maduritos, como yo.

—¿Eres pederasta para que te dijera eso?

—No soy pederasta, era mayor de edad.

La conversación tenía algo de delirante con ella en el baño y yo al otro lado de la puerta.

—Te decides o me vas a tener aquí sentada toda la tarde.

—¿Por qué crees que me apetece acostarme contigo?

—No es necesario hacerlo en la cama, podemos hacerlo en otro sitio. — Qué ocurrente, pensé—. Y sé que te apetece porque estoy muy buena y follo de maravilla.

Finalmente abrí la puerta con el rollo de papel en la mano. Estaba sentada en el inodoro con las bragas y los pantis en los pies y la falda remangada en la barriga. Si quería jugar, íbamos a jugar a mi manera. Me abrí la bragueta y me saqué la polla, que estaba ya morcillona, y se la acerqué a la boca.

—Me gusta tu idea —me dijo abriendo la boca y tragándosela entera.

Después de un rato de comérmela con enorme habilidad, le dije:

—El papel es poco higiénico, desnúdate y métete en la ducha, para que lo lave a fondo. —Le dije.

Ella, mirándome a los ojos se quitó las bragas y los pantis, luego se levantó y siguió desnudándose sin dejar de mirarme. Estaba buena la jodía, tenía mucho más morbo que su hija. Debía tener operadas las tetas, no podía ser que una mujer con esa edad, y habiendo sido madre, las tuviera tan altas y

aparentemente tan duras. Al quitarse la falda se dio la vuelta para que pudiera admirar su culo, debía matarse en el gimnasio para tenerlo así de respingón y sin una gota de celulitis. Completamente desnuda se volvió de nuevo hacia mí. Llevaba el chocho depilado, pero no el monte de Venus en el que lucía un triángulo de vello corto. La dejé de pie mientras yo me desnudaba frente a ella sin decir palabra. Una vez desnudo la cogí de la mano y entramos en la ducha.

—Tumbate que tengo ganas de mear —le dije.

—Me gusta que seas tan cerdo —dijo y se tumbó en el plato de ducha esperando que me meara sobre ella.

Sin embargo, yo tenía dos problemas: estaba empalmado, con lo que de mear, nada de nada; y el más grave, no entendía porque me comportaba así con Lola, cuando a mí lo que me gusta es adorar a las mujeres y no mearme encima de ellas. Ella debió notar mis dudas porque me dijo:

—¿Qué pasa, no puedes o crees que no es lo correcto?

—Ambas cosas.

—¿Por qué crees que no es lo correcto, si a mí me gusta?

—A ti podrá gustarte, pero a mí me gusta tratar a las mujeres de otra manera.

—Tienes mucho que aprender, habrás follado con las guarras de esta casa y seguramente con otras guarras, pero todavía no has follado con alguien lo bastante guarra, como yo.

—No he follado con ninguna guarra hasta ahora. He tenido la suerte de follar con espléndidas mujeres calientes, pero no con guarras.

—Vaya, eres más romántico de lo que creía. Eso me gusta.

—No se trata de romanticismo, sino de adoración a las mujeres. Me gustáis demasiado como para denigraros pensando que la que folla y disfruta haciéndolo es una guarra.

—¿Me vas a mear o vamos a seguir debatiendo?

—Vamos a seguir debatiendo —le dije dándole la mano para que se levantara, pero ella sólo se incorporó y volvió a meterse mi polla en la boca, sin embargo yo me eché hacia atrás sacándosela de la boca—. Para Lola, déjalo ya. Creo que hemos empezado con mal pie.

Ella terminó de levantarse y me dio un suave beso en los labios.

—¿Serviste las bebidas? —Me preguntó saliendo del baño.

—Si, están en la mesa del sofá.

Nos sentamos los dos desnudos en el sofá y cogimos nuestras copas.

—¿Te han hablado mal de mí? —Preguntó.

—No, sólo me han contado que dejaste a tu marido y a tu hija arruinados y me han advertido que tienes mucho peligro.

—Bueno, las cosas normalmente no son tan sencillas. ¿Quieres saber la verdad?

—Si es una historia interesante, ¿por qué no?

—Mi ex marido me fue llevando por un camino oscuro, que no terminó bien.

—Si no eres un poco menos parca, no creo que pueda entender lo que te pasó.

—Me casé joven con Antonio después de un corto noviazgo. Su familia y la mía tenían demasiado interés en que nos casáramos pronto, fui tonta y les hice caso. Yo era una joven fogosa pero con muy poca experiencia con los hombres. Nuestra vida sexual fue bastante normal al principio, pero después de tener a Virtudes, Antonio empezó a cambiar y a hacerme cambiar a mí. Me proponía con insistencia en que hiciéramos tríos o intercambios con otras parejas, decía que le gustaba ver cómo me follaban otros hombres.

—¿Lo hiciste?

—Pues sí y muchas veces, sobre todo tríos con otros hombres. Él los invitaba a casa a cenar, luego el invitado me follaba mientras él se limitaba a mirar y a pajearse. Al cabo de un tiempo las cosas fueron cambiando y él interactuaba cada vez más con los hombres que invitaba.

—¿Qué quieres decir con interactuar?

—Bueno que las relaciones eran cada vez más homosexuales. El les comía la polla y después les pedía que le dieran por el culo. Llegué a la conclusión de que sólo me utilizaba para atraer hombres que, a cambio de dejarles follarme, debían mantener con él relaciones homosexuales. A mí no me importaba que Antonio fuera bisexual, lo que me molestaba era que me utilizara a mí. Las relaciones sexuales entre nosotros pasaron a ser inexistentes. Antonio se había transformado en homosexual, cosa que tampoco me hubiera importado si no hubiera sido porque estábamos casados.

Lola contaba su historia con bastante normalidad, un poco como si no fuera con ella. La situación era bastante curiosa, los dos desnudos, bebiéndonos una copa y ella contándome su vida.

—Un día me planté y le dije que a mí me daba igual que a él le diesen por el culo lo más grande, pero que en adelante dejase de buscar hombres para que

me follaran, que ya follaría yo con quien quisiera.

—Bueno, llegasteis a un acuerdo de libertad sexual dadas las circunstancias.

—Llámalo así si quieres, pero no es fácil volver a casa y encontrarte a tu marido comiéndosela a un chapero en tu cama. Antonio se gastaba mucho dinero en obtener sexo y empezó a escasear en casa. Yo tuve que buscarme otro trabajo, así que entre los dos trabajos, la casa y cuidar de Virtudes no tenía tiempo para nada, prácticamente se me olvidó follar y me envicié con los juguetes sexuales como única manera de satisfacer mis necesidades.

—Lo siento.

—No te preocupes que después me he puesto al día. Una noche Antonio me pidió que lo acompañara a una cena. Yo me imaginé de lo que iba el asunto, aunque le había dicho que no quería participar de sus líos, su insistencia y las ganas de follar que yo tenía hicieron que lo acompañara. ¿Te aburro con mi historia?

—En absoluto, me parece de interés humano.

—Me llevó a una casa en las afueras. Cuando llegamos nos recibieron dos negros como dos armarios empotrados. A lo largo de la cena deduje que Antonio les debía dinero y que yo iba ser parte del pago. Me molestó el tema del dinero, pero en absoluto que me fueran a follar aquellos dos tíos. Yo no había follado nunca con negros, pero conocía lo que se decía sobre el tamaño de sus pollas y había visto algunas películas porno con negros. Después de la cena Antonio me pidió que me desnudara para ellos. Lo hice y de la forma más provocativa posible. Los dos negros se habían desnudado y te puedo jurar que no había visto pollas como esas ni en las películas guarras. Antonio estaba de rodillas chupándoselas, yo me puse a su lado y cogí una de ellas, con un gran esfuerzo me la metí en la boca, casi no podía respirar, pero estaba caliente como hacía años que no estaba. Al rato le pedí que me follara. Me puse a cuatro patas sobre el sofá y el negro me la metió hasta el final, crucé a otra dimensión, nunca mejor dicho lo de otra dimensión, estaba en el paraíso.

Con la historia de Lola había vuelto a empalmarme y ella lo notó.

—Parece que a tu polla le gusta mi historia. Me encanta. Terminaron follándome los dos, primero consecutivamente y al final juntos. No te puedo decir cuántas veces me corrí esa noche, porque perdí la cuenta. Cuando ellos se corrieron, me di cuenta que Antonio se había ido y me había dejado allí sola.

—¡Valiente hijo de puta!

—Que va, gracias a eso cambió mi vida. Los dos negros eran dos hermanos que ejercían de prestamistas en Madrid. Quedaron tan satisfechos de la follada que me propusieron que me fuera con ellos como amante de los dos. Me lo pensé, podía irme con ellos y follar como loca con aquellas dos pollas o volver a casa con los dos trabajos, los juguetes sexuales y a aguantar a Antonio. Al día siguiente me fui con ellos a Madrid, donde he estado los últimos años encantada de la vida follándome a todo negro viviente. Cuando se lo dije a Antonio le pidió ayuda a su amigo Luis y él y Virtudes se vinieron a vivir a esta casa. El contó que yo era una viciosa que me había gastado el dinero que tenía y el que no tenía y que me había fugado de casa, dejándolos abandonados.

—¿Y ahora qué haces aquí?

—Mis negritos han vuelto una temporada a su país y he aprovechado para venir a ver a mi hija. Comprenderás que después de follar todos los días dos veces con mis chicos y sus amigos, con su marcha esté muy caliente.

—Lo comprendo, imagino que esas cosas se echan de menos enseguida. Lo que no comprendo es que si Antonio se había vuelto homosexual, ¿cómo es que después se dedicó a follarse al lucero del alba?

—¿Por qué lo dices?

—Por los documentos que busca tu hija. Se trata de un cuaderno con anotaciones y fotos de más de cien mujeres desnudas, además de un conjuro con el que parece que puede subyugar a cualquier mujer.

—Esos documentos seguro que no son de Antonio, sino de Luis. ¿Me los puedes enseñar?

Lo dudé un rato, finalmente decidí enseñarle la copia digital. Fui por ella y la puse en el ordenador. Lola se levantó para verlos. Después de la historia que me había contado yo había empezado a ver a Lola con otros ojos. Miró el cuaderno en la pantalla y al cabo del rato dijo:

—No es la letra de Antonio, salvo la anotación final sobre la muerte de Luis.

Miré la pantalla y, en efecto, la anotación final estaba escrita con otra letra, parecida, pero no la misma. Había estado todo el tiempo pensando que el follador era Antonio y ahora resultaba que me había equivocado. Lola me miró a los ojos y me dijo:

—*“No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y*

rinde culto a tu cuerpo y al mío”.

—Vamos Lola, ¿te vas a creer que esa patraña hace efecto?

—Y si cuelea y me echas un polvo, pues eso que me llevo.

—Sabes que me está empezando a apetecer follarte contigo.

Me puse detrás de ella que seguía sentada en la silla del ordenador y le sobé las tetas.

—Creo que sé lo que puede haber pasado —me dijo mientras la sobaba—. Antonio, que es una persona sin carácter, posiblemente imitara a Luis e hiciera también su cuaderno con los tíos con los que follaba.

—¿Por qué lo crees?

—Virtudes no está buscando documentos con mujeres, sino con hombres. Le ha dado por follarse a los mismos que su padre.

—¿Le has preguntado a Antonio?

—No quiero ver a Antonio y además me da igual que haga un álbum con sus amantes o lo que se le ocurra.

—El problema es que si existe ese documento es una bomba atómica. Sabes lo machista que es esta ciudad y la homofobia que hay, puede liarse parda.

—Dejemos a Antonio y sus papeles y vamos a lo nuestro, que se nos va a hacer tarde.

Se levantó y se puso frente a mí. Mientras me besaba en la boca me agarró el nabo y los huevos con las manos.

—Lo siento pero no es el pollón de tus negros.

—Bueno, también me gustan así, más manejables. Espera que me han entrado otra vez ganas de mear.

—Méame encima. —Le pedí.

—¿De verdad lo quieres?

—No me lo han hecho nunca y me apetece probar que se siente.

—Sólo si después lo haces tú sobre mí.

Me cogió de la mano y se dirigió al baño. Me tumbé en el plato de ducha. Ella se puso en cuclillas a la altura de mis muslos y sin dejar de mirarme a los ojos empezó a mear sobre mis piernas, mi polla y mi barriga. Era una sensación extraña pero muy erótica. De su chocho salía un chorro abundante y caliente.

—Lola me voy a correr —le dije de lo caliente que me había puesto la meada.

Cuando dejo de mear me cogió la polla y empezó a hacerme una paja. Me corrí al instante.

—Ahora ya puedes mearme.

Me levanté y ella se tumbó. Me puse a sus pies y me descapullé la polla. Verla desnuda esperando que la mease me mantenía tan caliente como antes de correrme. Me costó pero al final pude empezar, dirigí el chorro sobre su barriga y sus tetas. Ella gemía con fuerza. Cuando terminé la ayudé a levantarse y abrí el agua de la ducha. Nos enjabonamos mutuamente y volví a empalmarme.

—Fóllame —me dijo y se puso de espaldas a mí doblándose por la cintura.

Se la metí de una vez. Bajé una mano hasta su clítoris, mientras le daba azotes en su precioso y duro culo con la otra. Movía el culo en círculos como una batidora.

—Ahora me voy a correr yo, no pares de follarme hasta que yo te lo diga.

Empezó a gritar y de su coño empezó a salir un espeso chorro de jugos. Me apretaba la polla con los músculos de su chocho al correrse. Noté como se corría varias veces seguidas, hasta que me gritó que se la sacara. Se dio la vuelta y se puso en cuclillas para comerme el nabo.

—Me voy a correr —le dije dos minutos después.

Ella, lejos de sacarse mi polla de la boca, se la metió hasta el fondo de la garganta. Me corrí y ella se tragó hasta la última gota. Siguió chupándomela hasta que la levanté.

—¡Qué bien sienta una buena follada vespertina! —Dijo tirando de la toalla para secarse.

—Desde luego —le contesté.

Se había hecho de noche. Mientras se vestía le pregunté si le apetecía cenar algo en la calle.

—Gracias, he quedado con Virtudes para cenar.

Cuando se marchó pensé que era mujer interesante y, desde luego, con una vida bastante azarosa, si me había contado la verdad, claro.

Durante la semana no vi a ninguna de las habitantes de la casa, excepto a Caty que el jueves subió buscando compañía masculina como ella decía. El fin de semana por fin pude trabajar en el máster y tratar de ponerme al día. El domingo llamé a Antonia y le dije que igual iba a Granada el siguiente fin de semana. Me dijo que mejor venía ella otra vez a Sevilla, pues su casa estaba

llena con visitas de sus compañeras de piso y que le dejara sitio en mi habitación.

Entre semana hablé con Lucía para pedirle permiso, tal como habíamos quedado cuando fuera a llevar a alguien.

—¿De quién se trata?

—Antonia, una buena amiga. No tenemos sitio en otra parte, por eso te lo pido.

—¿Cuándo vendría?

—El sábado por la mañana y se iría el domingo, no sé si por la mañana o después de comer.

—De acuerdo, pero quiero conocerla. Os invito a comer el sábado.

No me hacía muy feliz tener que comer el sábado con Lucía y no sabía si con alguien más, pero no me quedaba más remedio por el acuerdo del alquiler que habíamos pactado. Esa noche llamé a Antonia para decírselo.

—Buenas noches Antonia, soy Carlos.

—Hola, ¿qué tal estás?

—Bien gracias. Resuelto lo del sitio para el fin de semana, únicamente que tenemos que comer el sábado con Lucía, mi casera. Cosas de mi acuerdo de alquiler.

—Si no hay más remedio pues comeremos con ella. Una curiosidad, ¿ella es una de tus maduras?

—Pues sí.

—¡Qué comida tan interesante!

Nos despedimos hasta el sábado por la mañana.

El viernes, cuando volví del máster y del reparto, tenía un sobre con una nota entre la puerta y el marco.

“Hola Carlos, he venido a despedirme de ti pero no te he encontrado. Vuelvo a Madrid con mis muchachos. Ya era hora, no te puedes imaginar las ganas que tengo.

He descubierto que Antonio tiene también unos documentos parecidos a los de Luis con sus conquistas. Ya te dije que no tiene carácter. Ten cuidado, no se te ocurra acercarte a ellos. Le he dicho a Virtudes que se olvide del tema. Por cierto, llévate bien con ella es buena chica aunque ahora un poco perdida.

Besos, Lola”

Me dio cierta pena no haberme podido despedir de ella como se merecía.

Pensé que en la vida conoces a personas que te marcan, pero que inmediatamente desaparecen. Lola era una mujer interesante, con una vida complicada, pero que ella había sabido cambiar aprovechando una oportunidad que le había ofrecido el destino.

Dediqué el resto de la tarde y parte de la noche a organizar el estudio para la visita de Antonia. No puedo negar que estaba un poco nervioso, incluso anhelante de volver a verla.

El sábado por la mañana fui a recoger a Antonia al apeadero. El tren llegó puntualmente a la una y cuarto. Cuando logré verla en el andén admiré que venía preciosa como siempre. Conociéndola un poco, se había vestido y peinado para la comida. Nos besamos y nos fuimos andando con el trolley para la casa.

—Cuéntame, ¿cómo es eso de tener que comer con tu casera?

—Mi acuerdo de alquiler me impide llevar a nadie a mi habitación sin el permiso de la casera. Cuando le pedí permiso para que pudieras quedarte esta noche, impuso como condición que quería conocerte y nos invitó a comer hoy. Ya conocerás a la señora marquesa.

—¿Habéis follado?

—Esas cosas no se preguntan a un caballero.

—No se lo pregunto a un caballero, te lo pregunto a ti. —Ya empezaba Antonia con sus cosas.

—¿Te importaría? —Le pregunté.

—Para nada, ya sabes que soy muy liberal. Al revés, me produciría mucho morbo.

Después de treinta minutos andando llegamos a la casa. Cuando estaba abriendo la cancela, Antonia me dijo con mucha sorna:

—¡Joder que bien vives, comprendo que debas tener contenta a tu casera!

En ese momento salían Clara y Virtudes.

—Qué bien acompañado vienes —dijo Clara.

—Es Antonia, una amiga. Antonia, ellas son Clara y Virtudes, viven también en la casa, aunque en la parte noble.

—Encantada —dijo Antonia.

—Ya me ha dicho mi madre que os había invitado a comer. Nosotras hemos quedado a comer con María, ¿te acuerdas de ella? —Dijo Clara.

—Como para olvidarse —le contesté y pensé que almejas iban a comer seguro.

Nos despedimos de ellas y entramos por la puerta de servicio.

—Tienes unas compañeras de casa muy guapas.

—No me puedo quejar.

—¿Virtudes era la camarera con la que tuviste la bronca el día que nos conocimos?

—Sí.

—¿Cómo lo lleváis ahora?

—Pacífico, casi no nos vemos.

Caty estaba en la cocina, le presenté también a Antonia.

—Buenas tardes Caty, te presento a Antonia, una amiga que se va a quedar a dormir esta noche.

—Buenas tardes señor Carlos y señorita Antonia, encantada. La señora los espera en cinco minutos.

Subimos al estudio a dejar el trolley. Cuando Antonia lo vio dijo:

—¿Cuánto pagas por esto?

—Dos cientos cincuenta, incluyendo todos los servicios, la limpieza y el lavado de ropa.

—¡Qué chollo, pago yo trescientos más los servicios por mi habitación en un piso de mala muerte que, por supuesto, me limpio yo!

—No me puedo quejar, vamos para abajo que llegamos tarde y mi casera se enfadará.

Hicimos el protocolo de siempre, es decir, salir por la puerta de servicio y llamar a la principal. Nos abrió Caty, que nos hizo pasar al jardín. Lucía no tardó ni un minuto en aparecer.

—Hola Carlos, encantada Antonia, soy Lucía Tondonia y Martínez—
Lacuesta, cuarta marquesa del Coño Casoso.

Antonia sonrió, pero pudo contener la carcajada.

—Encantada, ¿cómo debo llamarla? —Preguntó Antonia a Lucía.

—Lucía, por favor. Carlos no me habías dicho que Antonia fuera tan guapa y tan joven.

—Gracias, a mí tampoco me había dicho que tuviera una casera cómo tu, si no me habría puesto celosa.

A mí siempre me ha sorprendido la competitividad de las mujeres entre ellas. Aunque en este caso Lucía estuviera cerca de los cincuenta y Antonia igual no había cumplido todavía los veinte, se analizaban mutuamente tratando de ver sus defectos y saber qué ventajas tenía una sobre la otra. Lucía iba

también muy guapa y conociéndola, no me extrañaba que tratara de seducir a Antonia. No sabía si Antonia era bisexual, pero tampoco me hubiera sorprendido si lo fuera. Recordé que me dijo que no quería mantener una relación estable con ningún hombre o mujer.

—¿Os apetece que tomemos el aperitivo y comamos en el jardín? Hace una mañana espléndida. —Pregunto Lucía.

—Donde quieras —le respondió Antonia.

Lucía llamó a Caty, le pedimos unos Martinis, salimos al Jardín y nos sentamos en el porche al sol.

—Antonia, cuéntame que haces. —Preguntó Lucía.

—Estudio en Granada y hago algún trabajo para poder tener algo más de dinero. Perdona la indiscreción pero, ¿por qué alquilas ese estudio tan estupendo donde vive Carlos, si no creo que te haga ninguna falta?

—Igual te parece muy clásico o muy machista, pero en una casa siempre debe haber un hombre y aquí somos cuatro mujeres. —Contestó Lucía.

—¿A mí no me lo hubieras alquilado?

—A ti, siendo tan joven y tan guapa, igual sí. —Le contestó Lucía mirando a Antonia de arriba abajo.

—Gracias de nuevo. Eres una mujer muy atractiva.

—¿Te gustan las mujeres? —Preguntó Lucía.

—Me gustan las mujeres y los hombres. ¿Por qué debería excluir de mis gustos a la mitad del género humano?

Yo había optado por mantenerme callado y dejar que ellas dos hablaran. Como siempre Antonia no se cortaba un pelo.

—Yo también soy de esa opinión. Creo que los heterosexuales, los gays y las lesbianas se cierran demasiado y se pierden muchas cosas. ¿No eres demasiado joven para ser tan abierta de mente?

—¿Debo perderme varios años de disfrutar para que se me abra la mente? —Le contestó Antonia.

—Eres muy lista, me gustas. ¿Cómo estás con Carlos?

—No estoy con Carlos ni con nadie. Somos amigos con derecho a roce.

Antonia se estaba metiendo a Lucía en el bolsillo con su forma de ser. Llegó Caty con los Martinis y algo de picar, que dejó en la mesa sin apartar la vista de Antonia.

—Estoy pensando en cambiarte por Carlos como inquilina. —Continuó Lucía.

—Pobre Carlos. No lo cambies por mí, quédate con los dos. ¿Qué habíamos dicho de no excluir?

La conversación entre ellas estaba subiendo de tono por momentos. Antonia a esas alturas ya debía tener las bragas empapadas.

—Carlos me encanta tu amiga. Parece que esta generación nos puede dar grandes momentos. —Me dijo Lucía, sin dejar de mirar a Antonia.

—A mí ya me los ha dado —le contesté y se rieron las dos.

Nos quedamos un rato en silencio.

—Me encanta estar al sol —dijo Antonia—. Mis ratos favoritos son los que paso tomando el sol desnuda. Me siento libre y protegida a la misma vez.

—A mí me pasa igual —le contestó Lucía—. Debo confesarte que soy nudista. Mis padres eran nudistas y desde pequeña empecé a serlo con ellos.

—Pues serían de los primeros.

—No te creas, lo que pasa es que ahora se ha normalizado bastante. Mis padres diseñaron este jardín para que pudieran bañarse y tomar el sol desnudos ellos y sus amigos, sin ser vistos desde las casas de alrededor. Me encantaría que lo tomáramos juntas esta tarde, pero he quedado con algunas amigas de la asociación para tomar el té.

Caty nos sirvió una copa de albariño y luego trajo la comida. Antonia y Caty se miraban la una a la otra de arriba abajo. Yo estaba deseando estar a solas con Antonia en el estudio y pasar toda una tarde de sexo con ella.

Terminamos de comer. Lucía se levantó después del postre y se excusó por tener que marcharse.

—Antonia ha sido un verdadero placer. Espero volver a verte en estos días. Le diré a Carlos que te avise para que nos acompañes cuando organice alguna fiesta en el cortijo. —Dijo Lucía y le dio dos besos en las mejillas muy cerca de las comisuras.

Nos quedamos Antonia y yo. Pretendimos ayudar a Caty a recoger la mesa, pero ella se negó rotundamente. Una vez recogida la mesa nos preguntó si queríamos algo, yo iba a decir que no, pero Antonia se adelantó pidiéndole una ginebra con tónica, finalmente le pedí un whisky para mí.

—No voy a desperdiciar este sol tan fantástico, que ya llega el largo invierno. —Dijo Antonia levantándose y quitándose el vestido. No llevaba nada debajo y seguía con el chochito depilado. Volvió a sentarse.

—¿Subimos al estudio? —Le pregunté ya completamente empalmado por tenerla desnuda a mi lado.

—Espera a que nos tomemos la copa. Quiero que Caty me vea desnuda. No sé porqué pero esa mujer me pone mucho.

—Me parece que tu a ella también.

—¿Habéis follado?

—Estás tú hoy muy curiosa con mi vida sexual.

Volvió Caty con las copas y se quedó mirando descaradamente a Antonia, que sin cortarse un pelo le devolvió la mirada a los ojos.

—¿No te gusta tomar el sol desnuda? —Le pregunto Antonia a Caty.

—Tengo la piel demasiado blanca señorita Antonia y me quemo enseguida.

—El sol de esta época del año ya casi no quema —le dijo Antonia sin dejar de mirarla.

—Señorita Antonia es usted una mujer muy bella.

—Gracias Caty, tú también eres muy atractiva.

Caty entró en la casa y Antonia volvió su mirada hacia mí.

—¿Te apetecería con las dos? —Me preguntó.

—Eres muy traviesa, pero primero prefiero estar contigo a solas.

—Tendré que hacer algo para que no te aburras a solas conmigo.

—No creo que me vaya a aburrir.

—¿Sabes que desde que quedamos en vernos he tenido sueños muy calientes?

—No lo puedo saber, pero me gustaría escuchar alguno.

—Me da vergüenza, vas a creer que soy una descarada.

—Antonia estás desnuda y sé que eres una descarada.

—Bueno, si insistes. Pero luego me tienes que contar lo que te pasó con Mati.

—No me lo recuerdes que se me baja la erección que tengo.

Ella me miró el paquete y vio el evidente bulto que tenía. Sonrió.

—Pero si todavía no te he tocado. Me gusta que te pongas así por mí. ¿Está babeando mucho?

—No sé a qué llamas mucho, pero en todo caso bastante. Anda, cuéntame alguno de tus sueños.

—Estaba en el instituto, tendría unos dieciséis años. Acababa de hacer deporte y estaba sudada. Mis compañeras y yo fuimos hacia el vestuario de chicas, yo iba la última de la fila. La puerta del vestuario de chicos estaba entreabierta y no pude evitar mirar. Tú estabas sólo desnudándote frente a la taquilla, en ese momento te quitabas los pantalones de deporte. Tenías la polla

morcillona. Sabía que eras un profesor de educación física. Yo te conocía de verte por el instituto, aunque no me habías dado clase. Te fuiste hacia las duchas, me encantó tu espalda y tu culo, me metí en el vestuario a espiarte y cerré la puerta. Me quedé en la puerta de las duchas mientras tú te metías bajo el agua. Empezaste a tocarte la polla y los huevos, ibas a hacerte una paja. Yo empecé a tocarme también metiéndome la mano bajo las bragas, estaba completamente mojada.

—Antonia me estoy poniendo todavía más caliente con tu sueño.

—Eso quiero. Me quité la camiseta que llevaba para poder sobarme las tetas a gusto. Tú te habías empalmado ya del todo y veía de perfil como subías y bajabas la mano sin parar. Me bajé los pantalones y las bragas y empecé a meterme los dedos en el coño. No podía quitar los ojos de tu polla. Me iba a correr muy pronto. Temía que al correrme se me escaparan los gemidos y me pillaras, pero no podía parar.

—Antonia, ¿subimos? No puedo más con la calentura.

—Espera que me termine la copa. No seas impaciente.

Estaba preciosa desnuda y alguna vez se rozaba el chocho con la mano, como sin querer.

—Al minuto me corrí y aunque me tapé la boca, se me escaparon varios gemidos muy fuertes. Cuando abrí los ojos después de correrme me estabas mirando tapándote la polla con las manos. Te liaste la toalla a la cintura y viniste hacia mí. Curiosamente en el sueño, ahora podía verme a mí misma recostada con la espalda en la pared, los pantalones y las bragas a media pierna y las tetas fuera. Me preguntaste que estaba haciendo. No te contesté, me daba mucha vergüenza. Me amenazaste con llevarme a la dirección del instituto. Me agobié mucho, pero aun así no podía contenerme y te metí mi mano llena de jugos de la corrida bajo la toalla y te cogí la polla que estaba muy dura y caliente.

Vi a Caty, que estaba detrás de la puerta, debía estar escuchando el relato de Antonia. Tenía una mano bajo la falda tocándose.

—¡Antonia, por Dios, me va a dar algo! —Le dije abriéndome la bragueta y metiendo una mano para tocarme.

—¿La tienes ahora así, muy dura y caliente?

—¿Tú qué crees?

—Te supliqué que no me llevaras a la dirección, pero tú estabas inflexible, hasta que oímos que alguien iba a entrar al vestuario. Cogiste mi camiseta, me

empujaste dentro de una de las cabinas, entraste tú también y cerraste la puerta. Con una voz muy baja me dijiste que si nos cogían así te denunciarían y te echarían a la calle. Volví a cogerte la polla y te pregunté si no tenías a nadie que te hiciera las pajas.

De vez en cuando Caty se asomaba un poco en la puerta, me imagino que para oír mejor el relato de Antonia. Debía estar también muy caliente porque tenía la cara desencajada y su mano no paraba de moverse bajo su corta falda.

—Me dijiste que habías terminado con una amante madura, con la que habías tenido una relación de varios meses y que ahora estabas sólo. Fuera se oía el sonido de las duchas. Decidí terminar el trabajo que tú mismo habías empezado. Te solté la toalla, que cayó a tus pies, lo que me permitió sobarte los huevos además del nabo. Llamaron a la puerta de la cabina y tú, casi sin poder articular palabra, contestaste que estaba ocupado. Me senté en el inodoro para comerte la polla. Fuera seguían insistiendo en la puerta. Lo lamento, pero en el sueño te quedaste sin correrte. En ese momento me desperté, mi compañera de piso estaba llamando en mi puerta para que me levantase e ir juntas a la facultad.

—Antonia, como puedes tener una cara tan bonita y una cabeza tan malvada.

—No soy yo, son mis sueños, que como sabes no se pueden controlar.

Caty se metió hacia dentro, me imagino que iría a su cuarto a terminar la tarea que estaba haciéndose en su chocho.

—Ya he terminado la copa, ¿vamos? —Me dijo Antonia levantándose.

—Antonia tengo un empalme como hace tiempo no tenía.

—No te quejes que ahora te voy a aliviar. ¿Qué te crees que no estoy caliente yo también? —Me dijo señalando los flujos brillantes que le chorreaban por los muslos.

—He comprado una botella de champán valenciano para celebrar nuestro encuentro. —Le susurré a Antonia al oído.

—Estupendo me encanta el champán.

Cogió su vestido y entramos a la casa por la puerta de servicio. Nos cruzamos con Caty y Antonia le dijo:

—Caty, si te apetece sube luego a tomar una copa con nosotros.

—Gracias señorita Antonia. Si puedo lo haré.

Cuando llegamos al estudio abrí la botella y serví dos copas. Ella seguía desnuda de pie.

—Gracias —me dijo cuando le di la copa—. ¿Vas a seguir vestido?

Empezó a soltarme los botones de la camisa y del pantalón. Le ayudé a desnudarme, pero no demasiado, me encantaba que ella me desnudase. Cuando ya estaba desnudo se pegó a mí apretándome la polla con su vientre.

—Estoy traviesa esta tarde. ¿Te han atado alguna vez?

—No, pero no me importaría que tú lo hicieras —le dije dándole un beso en la boca.

Se separó de mí y abrió su maleta. Sacó unas bridas y unas cuerdas. Aquella chica con poco más o menos veinte años era una caja de sorpresas. Me pidió que me sentara en la cama, me cogió las muñecas al cabecero con las bridas, luego tiró de mí hacia los pies de la cama, me puso dos almohadas bajo el culo y me ató con las cuerdas los tobillos a las patas de la cama.

—¿Tú haces esto con frecuencia? —Le pregunté al ver la maña que se daba.

—Tuve un conocido que era aficionado y aprendí mucho de él.

—Tienes unos conocidos un tanto perversos. ¿Qué me vas a hacer?

—Muchas cosas, pero antes tienes que cumplir tu palabra de contarme lo que te pasó con Mati.

—¿Ahora?

—Sí ahora.

—Antonia ha sido una de las experiencias más raras de mi vida.

Le conté lo sucedido con pelos y señales mientras ella se desternillaba de la risa.

—¡Qué fuerte, esa mujer está muy grillada!

Durante todo el tiempo que le estuve contando la historia ella seguía desnuda sentada sobre mi barriga. Yo mantenía la polla tan dura que casi me dolía.

—¿Por qué no me has dicho que Caty estaba escuchando mi sueño y tocándose?

—Porqué no quería fastidiarle la diversión. ¿Cómo lo has sabido?

—La he visto reflejada en la copa. ¿Qué crees que estará haciendo ahora?

—Imagino que en su cuarto terminando lo empezado.

—¡Ah, me he acordado de otro sueño! —Me dijo echando las manos hacia atrás para cogerme el nabo.

—¿Es tan sucio como el anterior?

—O un poco más.

—Entonces cuéntamelo, pero no me sobes mucho la polla que me corro.

—Aguanta un rato, salido. Trabajaba de enfermera en la consulta de una uróloga. El trabajo era tranquilo, increíblemente los pacientes preferían que les tocara los huevos un doctor a que se los tocara una doctora. Llamaron a la puerta y eras tú. Me dijiste que necesitabas que te viera la doctora. Ella no estaba en ese momento y yo no quería perder a un cliente. Me hice pasar por la doctora, te dije que entraras en la consulta y te pregunté qué te sucedía. Doctora, me dijiste, me da un poco de vergüenza, pero es que desde hace una semana no paran de crecerme los genitales.

—Este sueño me gusta más.

—Te dije que te desnudaras y te tumbaras en la camilla. Me avisaste cuando ya estabas preparado y cuando te vi me quedé con la boca abierta. La polla en estado de relax te medía como dos palmos y gorda como un cirio de nazareno, los huevos no te cabían entre las piernas y lo tenías encima de los muslos.

—¡Cómo me gusta este sueño! ¿Es así como me ves?

—No seas tonto. ¿Tú crees que la tienes así chaval? Calla y déjame que siga. Te la cogí sin ponerme los guantes. No parecía que tuvieras nada malo, sólo un pollón descomunal. Te pregunté si podías empalmarte y me contestaste que sin problemas. Te repregunté que si estabas seguro. Me dijiste que si me desnudaba podría comprobarlo por mí misma. Me quité la bata y me quedé en sujetador y tanga, luego me quité el sujetador. Mientras me desnudaba tú te tocabas el pollón y, en efecto, al terminar la tenías dura como un palo y te llegaba hasta el pecho.

—¡Joder Antonia! ¿Y para qué quieres tú un pollón que no te cabría ni en la boca ni entre las piernas?

—¿No sabes que se pueden hacer más cosas con una polla que chuparla o follarla?

—Se me ocurre alguna cosa más, pero no tan divertida. Sigue que me está gustando mucho.

—Cuando estabas completamente empalmado y yo sólo con el tanga entró la doctora. Preguntó que te pasaba y le contesté que, según me habías contado, no paraban de crecerme los genitales en las últimas semanas. Se volvió para mirarte más atentamente, tú te habías cubierto el pollón con las dos manos. La doctora te ordenó que apartaras las manos y cuando te vio tuve que sostenerla, pues se caía de la impresión. Cuando se repuso, preguntó si estabas siempre

así de empalmado. Le contesté que no, que antes de que me desnudara estaba en estado de relax y le describí el tamaño que tenía en ese estado. La doctora, también sin ponerse los guantes, empezó a palparte los huevos y a apretarte el pollón.

Al decir esto último, Antonia volvió a echar las manos hacia atrás y a agarrarme la polla y los huevos.

—No es lo mismo que en el sueño, pero no está mal. —Dijo.

—Gracias por el cumplido. —Le contesté mientras ella seguía sobándome.

—Le dijiste a la doctora que si seguía tocándote te ibas a correr, que tu novia te había dejado y llevabas bastante tiempo sin estar con una mujer, todo ello debido al problema del crecimiento de los genitales. Te pregunté si podías correrte con normalidad y tú contestaste que con normalidad no, que debido a la fuerza que necesitabas para que la leche recorriera toda la polla, salían grandes chorros que saltaban varios metros.

—Mira como en el Cipote de Archidona —le dije.

—Gracioso libro, me gustó mucho, sobre todo los dibujos.

—¿También te ha dado tiempo en tus pocos años a leértelo?

—Se pueden hacer muchas cosas si aprovechas el tiempo. Sigo con el sueño. La doctora dijo que tenía que ver esa forma de correrte y me pidió que te estimulara para poder comprobarlo. Yo te agarré el pollón con las dos manos, que no podía cerrar a su alrededor, y empecé el sube y baja. Como tardabas en correrte, la doctora dijo que se desnudaría para ayudar, lo hizo y después se puso a los pies de la camilla con un chubasquero transparente.

Yo me imaginaba la escena, tumbado en la camilla con el pedazo de pollón que había descrito Antonia, ella en tanga haciéndome una paja a dos manos y la doctora, a la que no sé porqué le puse la cara y el cuerpo de Lola, desnuda con un chubasquero transparente, esperando que le cayeran los chorros de lefa.

—Antonia, tú no estás bien de la cabeza.

—Yo perfectamente, ya te he dicho que los sueños no se pueden controlar. Terminó.

—No sigue, si me entretiene mucho.

—De pronto empecé a notar como tu pollón empezaba a vibrar como un volcán que va a entrar en erupción. La camilla y toda la consulta se movía como si fuera un terremoto. Ahí me desperté, había un pequeño terremoto de verdad que me estaba moviendo la cama en mi dormitorio. Cuando el terremoto se terminó me quedé tocándome en la cama, pensando cómo habría

sido tu corrida.

—¿Y cómo habría sido?

—Como esta —me dijo acelerando las manos sobre mi polla.

La muy hija de puta logró que me corriera a chorros en todas direcciones en menos de medio minuto y gritando como un energúmeno.

—¿Qué te ha pasado? —Me preguntó poniendo voz de niña inocente.

—Eres mala, suéltame que te voy a dar lo tuyo y lo de tu prima.

—No te voy a soltar —dijo y se movió hasta ponerme el chocho en la boca, abriéndoselo con las manos.

—Anda cómemelo que estoy muy caliente.

Tenía el chocho como un estanque y le olía a mujer caliente que tumbaba. Me puse a la tarea con auténtico placer mientras ella se retorció del gusto.

—¡Sigue, sigue, aahhgg, sigue, no pares que me voy a correr, uff, aahhgg!

Se corrió con chorros que me llenaron la boca y que no daba abasto a tragarme. Me dejó la cara y el cuello como si me hubiera duchado y luego se dejó caer hacia atrás.

—Tú también tenías necesidad, ¿eh? —Le dije, pero ella no me contestó. No sé si estaría desmallada, nunca la había visto correrse de esa manera.

Estuvimos así un buen rato, hasta que ella empezó a moverse lentamente.

—Carlos, tú y tus amigas me ponéis cachonda perdida —me dijo levantándose de la cama—. Esta casa tiene un algo que impulsa a practicar sexo.

—No creo que haga falta mucho para ponerte cachonda, pero en efecto, como me dijo una de sus habitantes, esta casa supura sexo. Desátame para que pueda tomar un poco de champán.

—Todavía no. Te voy a dar yo el champán, como no lo has tomado nunca.

Llenó una copa, se sentó en mi cara, me metió el clítoris en la boca, que lo tenía como la punta de un dedo chico, y dejó resbalar el champán por su vientre. ¿Dónde habría aprendido esta mujer esas cosas?

—¿A qué tiene un sabor más rico?

—Antonia eres de lo que no hay.

—Sí hay, mi hermana chica es peor que yo.

—No me lo creo.

—Bueno, ya que nos hemos aliviado por primera vez, voy a taparte los ojos para que puedas sentir mejor.

Entre mis protestas sacó de su maleta un antifaz de esos de los vuelos

transoceánicos y me lo puso dejándome a ciegas. Escuché abrirse la puerta del estudio.

—¡Antonia coño no me dejes así! —Le grité, pero no recibí contestación

—
No sabía el tiempo que había transcurrido, calculo que diez o veinte minutos, cuando volví a escuchar la puerta del estudio.

—¿Dónde has ido?

—A dar una vuelta por la casa.

—¿Desnuda?

—Claro, ¿tienes algún problema?

—Antonia que esta casa tiene mucho peligro.

—¿A qué llamas tu peligro?

—A que te asalte cualquiera de sus habitantes o todos juntos.

—No te preocupes por eso, que ya sé yo defenderme.

Tenía razón Antonia, el peligro podía ser mutuo. Creo que se puso de rodillas sobre mí a la altura de mis muslos.

—¿Qué le pasa a mi pollita, no tiene más ganas de jugar? —Dijo volviendo a cogérmela.

—Como quieres qué esté, si me has dejado aquí atado y a ciegas.

—Abajo he visto a Caty. Tenía la puerta abierta y estaba desnuda en la cama con un vibrador. Me gusta haberla dejado tan calentita con el sueño.

—Tú te estás inventando eso, ¿no?

—No sé, puede ser, piensa lo que quieras. Pero me apetecería que subiera.

Antonia no dejaba de sorprenderme. Su gusto por el sexo podía ser hasta peligroso. Durante la conversación no había parado de sobarme el nabo, que ya estaba bastante recuperado.

—¿Te gusta mi chochito depilado?

—Claro que me gusta, por eso quiero verlo de nuevo.

—¿Te apetece que te depile yo a ti? No me gusta la cantidad de pelo que tienes y además es poco higiénico.

—No me lo han hecho nunca y suena divertido, pero por favor ten mucho cuidado.

—No te preocupes, que no te lo voy a cortar. Me gusta demasiado como para perderlo.

Oí como entraba en el baño y revolvía las cosas, imagino que buscando la espuma y las cuchillas. Volvió al poco tiempo.

—¿Antonia tú has hecho esto alguna vez?

—¿A hombres o a mujeres?

—A hombres, supongo que si llevas el chocho depilado debes tener experiencia con mujeres, aunque sea contigo misma.

—Das por supuestas muchas cosas Carlos. No sabes si me he depilado yo o me ha depilado otra persona. Pero no te preocupes que sí he depilado a hombres.

—¿A ti te falta algo por hacer respecto al sexo?

—Espero que sí, sino mi vida me resultaría muy aburrida. Ahora déjame hacer.

Me extendió espuma por todas partes, incluyendo los huevos. La situación me puso muy cachondo.

—¿Sigues desnuda? —Le pregunté.

—Carlos a veces pareces tonto. ¿Para qué me voy a vestir, si a mí lo que me gusta es estar desnuda?

Me cogió la polla que la tenía ya como una piedra y la fue moviendo de un lado a otro para poder pasar la cuchilla.

—Antonia, me estoy poniendo muy caliente con el afeitado.

—Y yo también. No va a haber quien te reconozca los bajos. Por cierto, me estoy acordando de otro de los sueños.

—Antonia concéntrate en lo que estás haciendo.

—Ya sabes que las mujeres somos multitarea. Estaba de compras por Granada con mi amiga Maribel, aunque en el sueño no tenía su aspecto, sino el de Sharon Stone. Era tarde y las tiendas estaban a punto de cerrar, cuando vimos unos zapatos preciosos a precio de ganga en el escaparate. Entramos y tú eras el dependiente. Pasen, estaba cerrando, dijiste poniendo el cartel de cerrado y echando la llave a la puerta. Te indicamos los zapatos que queríamos ver y el número que usábamos. Maribel y yo siempre hemos utilizado el mismo número.

—Antonia, como me sigas moviendo la polla y cogiéndome los huevos vas a tener más espuma de la cuenta en las manos.

—¿Ya me dirás cómo quieres que lo haga para no cortarte? Anda, concéntrate en el sueño y olvídate de los demás. Volviste del almacén con una caja de zapatos y dijiste que era el único par que te quedaba de ese número. Los zapatos eran tan bonitos y tan baratos que ninguna de las dos estábamos dispuestas a perderlos. Te discutimos que no podía ser el último par y tú

dijiste que entráramos al almacén, si queríamos y lo comprobáramos. Maribel y yo empezamos a discutir sobre quien los había visto primero y no llegamos a ponernos de acuerdo. Entonces te miramos las dos y te dijimos que escogieras tú la que debía quedárselos.

—¡Joder Antonia la que me vais a liar por unos zapatos!

—Carlos, yo por los zapatos del sueño y al precio que estaban, pierdo las amistades con cualquiera. Estás quedando de maravilla, me vas a pedir que te depile cada vez que nos veamos. Tu protestaste en el sueño, diciendo que no podías hacer eso, que lo único que podías hacer era probármolos a las dos y a la que mejor le quedasen se los llevaba. Nos pareció razonable y empezaste con Maribel. La descalzaste, cuando le ibas a probar el zapato, me di cuenta de que la muy tramposa se abría bien de piernas sin llevar bragas, para que le vieras el coño a gusto.

—¿Y dices que en el sueño era como Sharon Stone?

—Igualita.

—¡Qué bien me lo paso en tus sueños, deberían ser míos!

—La muy guarra dejó que le pusieras los dos zapatos con el chocho al aire. Cuando te incorporaste se te notaba una erección en toda regla. Mientras ella se miraba con los zapatos y tú la mirabas a ella aproveché para quitarme las bragas y meterlas en el bolso. Si quería guerra sucia la iba a tener.

—Antonia, tú te inventas estas cosas, ¿verdad?

—Te juro que no, es que he estado una semana muy caliente pensando en que íbamos a estar otra vez juntos y por algún lado tiene que salir la calentura. Ahora te tocan los pelos de los huevos, no te muevas que es lo más delicado con la cuchilla. Maribel se volvió a sentar y dejó que le quitaras los zapatos regañadientes, enseñándote bien el coño de nuevo. Yo, que llevaba una minifalda con vuelo, me senté con las piernas bien abiertas para que disfrutaras del paisaje mientras me quitabas y me ponías los zapatos. Empecé a ponerme cachonda con la exhibición y a soltar jugos por el chocho, llegándome hasta mí el olor. Noté que tenías las manos temblorosas, te debían estar gustando el paisaje y los olores y te estabas poniendo muy nervioso. Cuando terminé de probarme los zapatos y me los quitaste ya no tenías una erección tenías una tranca bajo los pantalones. Te preguntamos quien debía llevarse los zapatos. Querías mantenerte diplomático y empezaste diciendo: señoritas las dos tienen unos coños perfectos, perdón, perdón, perdón, quería decir unos pies perfectos, bueno sin desmerecer sus coños a sus pies, creo que

me estoy liando.

Estaba en la gloria con Antonia sobándome y con la historia que me estaba contando. Quería que terminase la depilación para ver cómo había quedado.

—Maribel volvió al ataque con que ella había visto primero los zapatos y yo le contesté que lo único que había hecho primero era enseñar el coño. Trataste de poner paz entre nosotras, que seguíamos descalzas, y terminaste diciendo que ambas teníamos los pies muy castigados de andar mucho con unos zapatos inadecuados. Te pusiste de rodillas entre los pies de las dos y comenzaste a darnos un masaje, moviendo la vista de un coño a otro cada vez más nervioso. Del masajeo de los pies pasaste a chupárnoslos y a meterte nuestros dedos en tu boca. Maribel, que es muy fetichista, se subió la falda y empezó a hacerse un dedo. Eso te calentó tanto que te abriste el pantalón y te sacaste la polla. Me encantaba que te comieras mis pies, así que también me subí la falda y empecé a tocarme, como estaba haciendo Maribel. Cada una llevó uno de sus pies a tu polla. La tenías dura como una piedra, descapullada, color rojo sangre y brillante.

—Más o menos cómo la debo tener ahora.

—Algo así. ¿Te gustaría que luego te lo hiciera con los pies?

—No me digas Antonia que también eres experta con los pies.

—Bueno tuve un amigo que era muy fetichista de los pies.

—Tú me mientes, ¿verdad?

—Igual alguna vez, pero no demasiado. Deja que termine de contarte el sueño, que ya casi tienes los bajos como el culito de un niño chico. Que me comieras los pies y me mordieras los dedos me estaba volviendo loca. A cambio Maribel y yo te estábamos haciendo un trabajito fino que te tenía cada vez más y más caliente hasta que gritaste que te corrías, Maribel se corrió a la misma vez en el sueño y yo me corrí de verdad en mi cama como si fuera una adolescente.

—¡Joder Antonia si en los tres sueños estabas sola en tu cama, no te ha dado tiempo en tu corta vida a hacer todo lo que dices que has hecho!

—Sigues suponiendo cosas sin fundamento. Yo no te he dicho que estuviera sola ni que los sueños no pudieran haber sido en una sola noche.

—¿Qué edad tienes de verdad?

—Mañana cumplo veinte. Lo que pasa es que me desarrollé muy jovencita. Antonia me estaba volviendo loco, pero un loco muy feliz y muy caliente.

—Pues esto ya está —dijo al momento—. Un trabajo de profesional. Vas a

ser el centro de atención de todas tus maduras.

—Déjame que lo vea.

—No, creo que primero te voy a dejar que me comas los pies como en el sueño y según lo hagas ya veremos.

Noté que cambiaba de postura en la cama y se ponía a mi lado, pero con los pies hacia mi cabeza.

—Abre la boca —me dijo.

Inmediatamente noté que sus pies rozaban mis labios. Abrí la boca todo lo que pude y los dedos de sus dedos fueron desfilando por mis dientes y mi lengua. Ella gemía cada vez que le chupaba o le mordía los pies.

—¿Te gusta comerte mis pies? —Me pregunto con la voz entrecortada.

—Me encanta, no podía imaginar que fuera tan excitante.

—Carlos me estoy haciendo una paja.

—Deja que yo te la haga.

—Tú sigue con mis pies, luego te lo voy a devolver con creces.

—Estoy tan caliente que puedo correrme en cualquier momento.

Al rato del último intercambio de frases note como uno de sus pies se acercaba a mi sien y me quitaba el antifaz. Estaba recostada con una de sus manos en el chocho y la otra en las tetas y la cara transida de placer.

—¿Por qué me quitas ahora el antifaz? —Le pregunté.

—Porque quiero que veas cómo me corro. ¡Sigue comiéndome los pies! ¡Me voy a correr, mira bien como me corro! ¡Aahhgg, sigue, sigue, aahhgg!

La corrida que tuvo fue espectacular. La cara se le puso roja, dejó de controlar sus piernas y su cuerpo fue un puro espasmo. Verla así terminó con mis defensas.

—Chúpamela Antonia, que me voy a correr.

Como pudo se movió para poder lamérmela y me corrí sobre su cara y sus tetas. Quedé inmóvil, no tenía fuerzas ni para mirar cómo me había dejado tras la depilación.

—Señorita Antonia, ¿no es momento adecuado para esa copa de champán? —Oí decir a Caty.

Abrí los ojos y allí estaba Caty a los pies de la cama vestida con su corta bata luciendo sus espléndidas piernas. Podía ser una tarde muy larga.

—Ya veo que se lo pasan muy bien. Yo tuve un novio al que le gustaba atarme. Nos divertíamos mucho con esos juegos.

—Hola Caty, por supuesto que es momento para esa copa. —Le contestó

Antonia tratando de levantarse.

—Creo que esto sobra —dijo Caty soltándose la bata y quedándose desnuda. Su cuerpo seguía subyugándome cada vez que lo veía.

Antonia se acercó a ella y la besó en la boca antes de ir a servirle la copa.

—Caty eres preciosa y tienes tanto morbo como me suponía. —Le dijo Antonia rozándole el culo.

Aproveché el momento para mirarme los bajos. Me encantaron. Antonia no me había dejado un solo pelo. La polla parecía más grande y más gorda incluso en estado de relax, y además me daba bastante morbo ese nuevo aspecto impúber.

—Señorita Antonia ha dejado muy atractivo al señor Carlos.

—Gracias Caty. ¿Te apetece una ducha o nos esperas aquí? Mira como me ha puesto Carlos la cara y además él tendrá que quitarse los pelos y otras cosas.

—Encantada señorita Antonia de acompañarlos.

Antonia le dio la copa a Caty y se acercó a mí para desatarme. Cuando me soltó los brazos la agarré por la cintura, primero la acerqué para besarla y después la tumbé boca abajo sobre mí, dándole unos cuantos cachetes en el culo.

—Eres muy mala. Me has tenido atado toda la tarde y no he podido acariciarte ni un poquito.

—No te enfades, no te voy a cobrar el arreglito y además yo si te he acariciado a ti. Si quieres luego me atas y me sobas a tu gusto.

Terminó de desatarme y me ayudó a incorporarme porque me había quedado entumecido. Me tomé una copa de champán mientras ellas se besaban y luego nos fuimos los tres a la ducha. Caty y Antonia se estaban magreando de lo lindo con la excusa de enjabonarse yo no me quedaba atrás y les pasaba a ambas las manos por la espalda desde el cuello hasta el culo. Cuando terminamos de ducharnos yo tenía otra vez una buena erección. Desnudo me puse delante del espejo para ver bien como había quedado tras el trabajo de Antonia. Ahora con la erección todavía me gustaba más. Sonó el timbre de abajo, Lucía habría vuelto y tendría ganas de hacer algo con Caty. La reacción de esta fue inmediata.

—Señorita Antonia, señor Carlos, lo lamento pero tengo que irme, la señora Lucía me reclama. Si puedo volveré más tarde.

Antonia se quedó con cierta cara de decepción, pero inmediatamente

reaccionó.

—Te invito a cenar para celebrar mi cumpleaños. —Me dijo.

—Había comprado algunas cosas para picar, pero si te apetece salir, pues estupendo. Me lo tenías que haber dicho antes y te hubiera comprado algún regalo.

—Ya me cobraré yo el regalo en carne. ¿Te gusta cómo te he dejado? — Me preguntó llevando su mano a mi polla.

—Me encanta —le contesté dándole un beso en la boca.

Antonia sacó de la maleta el mismo traje de chaqueta rojo de la última vez que nos vimos. Se puso unas medias negras con ligero, pensé que iba a ponerse también el mismo bodi, pero en vez de eso se puso la falda y la chaqueta, sin nada más debajo.

—¿No te pones el bodi? —Le pregunté.

—No me hables, no me hables, que con lo que me costó, lo tuve que tirar después de cómo me lo dejaste el otro día.

—Por tu culpa fue. Vas a coger frío —le dije haciéndole una broma sobre su falta de ropa interior.

—No creo, llevo calefacción interior. Oye, ¿no te ha extrañado la marcha tan repentina de Caty?

—No, ya me ha pasado alguna vez. Cuando Lucía hace sonar el timbre, Caty sale corriendo sin importar lo que esté haciendo. Seguro que están a lo suyo en el dormitorio de Caty. ¿Te apetece mirarlas?

—En otro momento, ya he visto bastante porno y ahora prefiero interpretarlo.

Nos decidimos por un restaurante italiano del barrio asequible a nuestras posibilidades. Antonia iba espectacular. Nada más entrar al restaurante nos dimos de bruces con Mati.

—Hola Antonia que casualidad. Vas muy guapa.

—Hola Mati tu también. ¿Te acuerdas de Carlos? —Preguntó a Mati pero mirándome a mí a los ojos y con una guasa de mucho cuidado.

—Claro que me acuerdo. Un chico muy mono, pero poco aseado. Me alegra veros juntos, aunque debo recomendarte que seas estricta con él. Se levanta tarde, no se limpia la gotita, le cuesta lo de la ducha y lleva las uñas de los pies demasiado largas.

Antonia se partió de la risa y yo por mi parte puse mi mejor cara de palo. ¡Pues no decir la individua que me aseaba poco!

—Venga os deajo, que esto se está llenando y os vais a quedar sin mesa. Yo sólo he venido por una pizza. —Dijo Mati alejándose.

—¡Será tía puta! —Exclamé cuando se alejó.

—A mí no me parece que seas un marrano, pero no te voy a chupar los pies si no te cortas las uñas. —Dijo Antonia sin poder parar de reírse.

—Esa tía está muy loca.

Como siempre la cena con Antonia fue muy agradable, pero sin poder bajar la guardia, hasta que con una grappa de sobremesa se puso seria y me dijo:

—Carlos tengo que decirte una cosa, yo no soy la tragahombres que pretendo aparentar.

No entendí lo que quería decirme y traté de que fuera más explícita.

—No te entiendo, explícate.

—Veras, yo en realidad soy una chica bastante tímida, incluso mis amigos de Granada se guasean de mí diciendo que soy demasiado tradicional, una mojigata. He tenido experiencias sexuales pero pocas y poco satisfactorias en general, mi primer novio y algún que otro capullo con prisas después. Como te dije, y ahí no te mentí, soy una chica muy caliente y sé que con el cuerpo que tengo podría satisfacerme sin problemas, pero mi carácter y la fama que me he echado de mojigata no me dejan.

—¿Te estás quedando conmigo?

—En absoluto, déjame seguir. Cuando te conocí por primera vez me caíste bien y decidí que no iba a dejarme llevar por mis represiones, que iba a sacar contigo a la verdadera mujer que llevo dentro, no la que llevo aparentando desde los quince años. Hace dos semanas te busqué porque quería probarme a mí misma. Me encontré cómoda y me encantó no coartarme contigo.

Escuchaba a Antonia, pero no podía creerme lo que decía.

—Esta semana he venido a disfrutar de todo cuanto pueda. Ni he estado en orgías ni he depilado a nadie hasta esta tarde, salvo a mí misma, ni tampoco había atado a nadie. He disfrutado de lo lindo.

—Pues me gusta mucho la Antonia que he conocido, no sé si la otra me gustaría también.

—Gracias, posiblemente la otra te gustaría menos. Pero la de verdad es la que has conocido. Por cierto no te he engañado con los sueños, ha sido una semana de calentura tremenda esperando verte. Me tenía que masturbar todas las noches para poder dormir, pensando en lo que haríamos.

—¿Y cómo es que con tus amigos no puedes dejar de ser la Antonia mojigata?

—A veces es más fácil una reencarnación que una transformación. Me gustaría probarlo todo contigo, me siento libre.

Me quedé bastante perplejo con la confesión de Antonia. La miré a los ojos tratando de descubrir si me había dicho la verdad o era una trola para cachondearse de mí. Me pareció que me había contado la verdad.

—No sé qué decirte, Antonia.

—No tienes que decir nada, sólo quería que supieses mi relativa esquizofrenia.

Antonia me gustaba mucho, la chaqueta se le abría a veces dejando ver el perfil de sus preciosas tetas, lo que hacía que mi polla reaccionara.

—¿Nos vamos? —Preguntó.

—Cuando quieras.

Pagó y salimos del restaurante.

—Gracias por la cena. Te invito a una copa —le dije.

—De acuerdo.

La llevé al pub buenecito, no quería que al día siguiente fuéramos dos muertos vivientes. Estaba bastante lleno, miré buscando alguna mesa libre y vi que Carmen, mi ex profesora, estaba sentada sola. Ella me vio también y me llamó. Me acerqué con Antonia a la mesa.

—Carmen, que alegría verte. Te presento a Antonia, una buena amiga. Antonia ella es Carmen, buena amiga también y antes profesora mía.

—Igualmente me da alegría verte, Carlos, y encantada Antonia. Sentaros, acaba de irse una amiga y yo me he quedado sola para terminar la copa.

Nos besamos todos en las mejillas y aceptamos la invitación de Carmen a sentarnos con ella.

—¿Qué haces? —Me preguntó Carmen cuando nos sirvieron la copa que pedimos.

—Poco, llevo el máster como el culo. Tengo demasiadas distracciones y demasiados paquetes que llevar para poder mantenerme fuera de casa.

Carmen y Antonia se miraban. De nuevo la competencia entre mujeres. Carmen iba muy guapa con un vestido celeste con chaqueta del mismo color.

—¿Y tú, qué tal estás? —Le pregunté.

—Pues cómo siempre, liada con las clases y poco más. Perdonadme pero debo ir al servicio, es lo que tiene haber tomado tres ginebras con tónica.

Carmen se levantó y Antonia la observó atentamente por detrás.

—Es muy guapa tu profesora. ¿Forma parte también de tu harem de maduras?

—No tengo ningún harem de maduras ni tampoco de jóvenes, alguna vez hemos tenido lío, pero ya está. Es una mujer encantadora.

—Me gusta. A la Antonia de Sevilla no le importaría tener también un lío con ella.

—Has venido a por todas.

—Te acabo de decir que quiero probarlo todo contigo.

—No sé si le gustan las mujeres.

—Bueno eso déjame a mí.

Volvió Carmen y entonces fue Antonia la que se excusó para ir al servicio. Pensé que tardaría poco, llevaba poca ropa interior que bajarse. Carmen también la observó mientras iba hacia los baños.

—Te veo muy bien con esa chica tan atractiva.

—¿Te gusta?

—¿A quién no le gusta una yogurina como ella?

Parecía que Carmen estaba receptiva con Antonia. Lo pensé y me la jugué.

—Carmen tengo un problema con el que me podrías ayudar.

—Dime.

—Mañana es el cumpleaños de Antonia, me he enterado hace un rato, no he podido comprarle nada y he pensado en regalarle un trío, si a ti te apetece.

—Oye, tú te has soltado mucho últimamente. ¿Para quién es el regalo para ella o para ti?

—Por lo que me ha dicho tiene pocas experiencias y quiere probar cosas nuevas. Creo que el regalo sería para los tres.

—En eso tienes razón. Hace tiempo que no hago un trío y hacerlo con dos jovencitos me apetece mucho.

—Por ahí viene, no le digas nada, nos invitas a tu casa a tomar una última copa y allí ya nos organizamos.

Me fijé cuando venía hacia nosotros y tenía ligeramente brillantes las medias por la cara interior de los muslos.

—Bueno Carmen, ¿cómo era Carlos como alumno?

—Era bueno, aunque, como es él en general, un poco distraído y poco perseverante.

Antonia se había soltado otro botón de la chaqueta y cuando se echaba

hacia delante sus tetas quedaban casi enteras a la vista. Nunca me ha gustado aprovecharme de esos despistes, pero aquello no era un despiste, estaba tonteando con Carmen descaradamente.

—Ten cuidado se te ha soltado un botón de la chaqueta, parece que no llevas sujetador y cualquiera puede verlo. —Le dijo Carmen, sin dejar de mirar sus tetas.

—¡Vaya, lo siento! —Contestó Antonia, pero no se aprovechó el botón—. Carmen, eres una mujer muy atractiva.

—Gracias, tu también y muy jovencita además.

Por un momento me dio la impresión de que las cosas entre ellas habían dejado de ir bien.

—Eso tiene arreglo con el paso del tiempo. —Le contestó Antonia.

—Sabéis, estoy un poco harta del ruido de este pub. ¿Os apetece una copa en mí casa?

Dejé que contestara Antonia.

—Por mí parte claro que sí. ¿A ti te apetece Carlos?

—Por supuesto, estoy muy contento de que nos hayamos encontrado con Carmen y no me gustaría que nos separáramos tan pronto.

Pagamos y salimos del pub. Empezamos a caminar hacia casa de Carmen.

—¿Sabe Carlos dónde vives? Lo digo por la vuelta luego. —Preguntó Antonia a Carmen.

—Claro —contestó Carmen—. Carlos sabe más de lo que parece.

Iba un poco intranquilo por el comportamiento de Carmen y Antonia entre ellas. Si hacíamos un trío bien y si no también, lo que no quería era malos rollos entre dos de mis mejores amigas. En un momento del camino nos quedamos detrás Antonia y yo y aproveché para preguntarle:

—¿Hay algún problema entre vosotras?

—Por mi parte no y creo que por ella tampoco. Todo lo contrario, me cae muy bien y creo que yo también a ella.

Más tarde cogí a Carmen por el brazo con la intención de pararla y que nos quedáramos un poco atrás.

—¿Te pasa algo, si quieres lo dejamos? —Le pregunté.

—¡Y una mierda lo vamos a dejar! ¿No te habrás echado atrás?

—No, no me he echado atrás, lo que pasa es que os veo tensas entre vosotras.

—Carlos, ¿tú no sabes distinguir un enfado de un calentón no resuelto? —

Me dijo con cierta condescendencia.

—Pues parece que no.

—Pues entérate, que estás haciendo un máster.

Llegamos a casa de Carmen. En el ascensor la tensión sexual se cortaba con un cuchillo. Entramos, pasamos al salón, Carmen trajo una botella de champán, tres copas y el enfriador.

—Ábrela Carlos, por favor.

Empecé a descorchar la botella de pie detrás de Carmen y frente a Antonia, que se habían sentado cada una en un sofá. Pude observar perfectamente la maniobra de Antonia de cruzar las piernas, haciendo un Sharon Stone de libro para la corta concurrencia. Noté que había empezado a babear por el nabo.

—Me ha dicho Carlos que mañana es tu cumpleaños.

—Sí.

—¿Cuántos cumple, si no es indiscreción?

—Veinte.

—Tenemos que celebrarlo, que ya son casi las doce. Carlos, no sirvas todavía las copas.

Carmen se levantó fue a la cocina y volvió al minuto. En lugar de sentarse de nuevo, dijo que tenía que ir al dormitorio y cruzó el salón.

—Me gusta mucho tu amiga Carmen. —Dijo Antonia en voz baja—. ¿No tiene pareja?

—Ahora no lo sé. Me contó una noche que no había tenido suerte en su vida sentimental.

—Que injusta es la vida con algunas personas. Siendo una mujer simpática y muy atractiva e imagino que inteligente cuando es profesora, parece mentira que no haya tenido suerte sentimentalmente.

—Antonia, Carlos y yo queremos hacerte un regalo. —Escuchamos decir a Carmen detrás de nosotros.

Cuando nos volvimos para verla se nos descolgó la cara a los dos. Estaba desnuda sólo con unos zapatos de tacón rojo altísimos. Sus magníficas tetas absorbían gran parte de la atención de cualquiera, pero ese día me fije en su abultado monte de Venus totalmente depilado, que hacía que su chocho fuera exactamente igual al logo de la colección de libros eróticos “La sonrisa vertical”, que afortunadamente para mí, mi padre había coleccionado hasta que dejaron de publicarla. Miré a Antonia, estaba embobada observando a

Carmen.

—Muchas gracias por el regalo —me dijo dándome un beso en la boca antes de levantarse y dirigirse hacia Carmen.

Tengo que interrumpir aquí la narración por un asunto bastante prosaico. Al ver a Carmen noté como terminaba de empalmarme, pero sobre todo vi la mancha que tenía en los pantalones, producida por las babas de mi polla, que ocupaba todo el espacio de la bragueta, pero en forma circular. Me quedé sentado y me puse un cojín encima para que no se descojonaran de mí. También noté una mancha, pero de tamaño más pequeño, donde había estado sentada Antonia. Teníamos que ponerle un remedio a las humedades íntimas o no podríamos salir juntos a ninguna parte.

Antonia se acercó a Carmen, primero le dio un beso en la boca y después le dijo:

—Carmen, muchas gracias a ti también por acordarte de mi cumpleaños.

—No hay de qué, pero cómo no te hemos comprado una tarta, tendremos que improvisarla.

Se sentó en la mesa de comedor y luego se tumbó boca arriba. Sobre la mesa había un bote de nata montada.

—¿Quieres decorar tu tarta? —Le preguntó Carmen a Antonia.

—Por supuesto —Le contestó Antonia y empezó a desabotonarse la chaqueta.

—No, quédate vestida. Me pone mucho la sensación de estar desnuda entre gente vestida. ¿No te parece como un sueño erótico?

—Tienes razón, pero tienes que estar muy segura de tu cuerpo y de tu mente.

—¿Crees que debería temer por algo?

—Creo que a la vista está que no debes temer por nada.

El deseo de Carmen de que siguiéramos vestidos había jodido mi plan de, al menos, quitarme los pantalones para ocultar la mancha.

—Carlos, ¿no vienes a decorar mi tarta? —Me preguntó Antonia.

—Claro que sí —le contesté.

Dejé el cojín con que me tapaba en el sofá, me levanté y me acerqué a ellas. Antonia se rió al darse cuenta del tamaño de la mancha que llevaba. Carmen miró entonces hacía mí y también se percató de la mancha.

—¿Qué pasa Carlos, ahora tienes eyaculación precoz? —Me preguntó Carmen.

—No Carmen, tiene un problema de pérdida de líquido preseminal, igual que yo de jugos. Juntos nos ponemos los dos demasiado calientes. —Le contestó Antonia.

—Me encanta que los dos seáis tan fogosos.

Antonia cogió el bote de nata, lo movió y escribió sobre el pecho y el vientre de Carmen un gran “20”. Luego se llenó los dedos de la mano izquierda de nata y los llevó a la boca de Carmen, que los devoró con una enorme cara de deseo. Luego me dijo:

—¿Me ayudas con el pastel?

Antonia comenzó a pasar la lengua por el “0” que rodeaba el ombligo de Carmen y yo por el “2” que estaba sobre sus tetas. Carmen gemía suavemente con las lenguas de los dos sobre su cuerpo. Cuando la dejamos limpia me acerqué por las copas de champán. Carmen se incorporó y se quedó sentada en la mesa. Brindamos por el cumpleaños de Antonia, a la que le caía un churrete de jugos hasta la rodilla.

—¿Te ha gustado tu tarta? —Le dijo Carmen a Antonia.

—Para ser improvisada, es la más rica que me he tomado nunca. —Le contestó besándola.

—Tendré que tomar un baño para dejar de estar pegajosa. ¿Me acompañáis?

—Claro, creo que todos necesitamos un baño —le contestó Antonia.

¡Por fin iba a poder quitarme el pantalón y los boxes! Cogí la botella y nos fuimos los tres al dormitorio de Carmen. Ella entró al baño para abrir el grifo de la bañera. Antonia y yo empezamos a desnudarnos mutuamente bajo la atenta mirada de Carmen al volver al dormitorio. Cuando nos quedamos los dos desnudos, Carmen se puso tras Antonia y le fue sobando las tetas y el vientre mientras le besaba el cuello. La visión de esas dos mujeres envueltas en deseo era sublime. Me dolía la polla de lo dura que la tenía.

—¡Huy Carlos, que cambio para mejor! —Exclamó Carmen cuando reparó en la depilación que me había hecho Antonia.

—¿Verdad que está mejor así y más morboso? —Le preguntó Antonia a Carmen.

—Mucho mejor. Vamos que la bañera ya debe estar preparada.

Carmen se sentó a un lado de la bañera, Antonia se sentó con su espalda sobre el pecho de Carmen y yo me senté en el borde de la bañera de frente a ellas, quería dejarles un tiempo para las dos. Carmen llevó sus manos al

chocho de Antonia, que lanzó un profundo gemido cuando lo tocó.

—Tienes el chocho empapado, bendita juventud.

—Es mi primer trío y la primera vez que una mujer me soba el chocho de verdad, ¿cómo quieres que lo tenga? Estoy tan caliente que creo que me voy a correr muy pronto.

—¿Sabes que Carlos y yo jugamos una vez a cuantas veces podía correrse cada uno en una noche?

—No lo sabía, pero es un juego que me gusta. ¡Carmen sigue, por favor, sigue, sigue, aahhgg, me corro, aahhgg, sigue!

Antonia se corrió, quedándose después relajada sobre el pecho de Carmen. Yo estaba tan caliente que el mínimo contacto en mi polla haría que me corriese también. Pasados unos minutos Antonia se puso de rodillas en la bañera y se dio la vuelta para mirar a Carmen. Le dio un beso en la boca y le dijo:

—Siéntate en el borde de la bañera, que tengo hambre.

Carmen la obedeció, Antonia metió la cabeza entre sus piernas y empezó a comerle el coño con verdadera ansia.

—Lo haces muy bien Antonia, uuuffff.

Carmen se estaba sobando las tetas mientras Antonia seguía haciendo ruidos con su lengua sobre el coño de Carmen, que debía estar empapado. Me puse también de rodillas detrás de Antonia, metí la polla entre sus nalgas, puse una mano sobre su clítoris y con la otra le cogí las tetas.

—¡Antonia que maravilla! —Volvió a decir Carmen.

Antonia ahora, además del trabajo con la boca, metía y sacaba dos dedos con rapidez del chocho de Carmen.

—Estoy a punto Antonia, sigue, sigue, sigue...

—Yo también otra vez, Carlos no pares, que me corro, me corro, me corro.

Se corrieron las dos a la misma vez y yo también entre las nalgas de Antonia. Nos quedamos los tres como estábamos durante unos minutos, hasta que Carmen dijo:

—Ya veo que te gusta el juego, nos vas ganando por dos a uno. ¡Qué barbaridad criatura, que capacidad!

—Estaba muy caliente —le dijo Antonia.

—¿Cómo te crees que estaba yo? —Dijo Carmen—. Tomemos una copa para reponer líquidos.

Salimos de la bañera, les pedí que me dejaran secarlas. Con el sobe que

les di la polla no se me había bajado un milímetro. Después me secaron ellas dos a mí, con lo cual todavía se me puso más duro el nabo.

Nos tumbamos en la cama con nuestras copas.

—Brindo por tu espléndido veinte cumpleaños y por su celebración. —
Dije chocando nuestras copas.

—Igualmente —dijo Carmen.

—Gracias a los dos por el mejor cumpleaños de mi vida. Poneros boca arriba que os voy a dar champán.

Me imaginé que Antonia iba a repetir el numerito de por la tarde y efectivamente así lo hizo con Carmen. Yo me incorporé y le pedí que me lo diera de sus tetas. Ella dejó caer lentamente el champán de la copa a una de sus duras tetas y el champán cayó de su crecido pezón a mi boca.

—Chica eres una caja de sorpresas. —Dijo Carmen—. Carlos, si a Antonia no le importa, me apetece comerte la polla.

—A mí no me importa en absoluto, ¿no te he comido yo a ti antes el chocho?

Le pedí a Carmen que se sentara en la cama apoyada en el cabecero, me puse de rodillas alrededor de sus muslos y le metí la polla en la boca. Ella me cogió los huevos con las manos y empezó a sobármelos y a darme suaves tirones. Yo llevé mis manos a sus tetas, apretándolas con fuerza. Antonia nos observaba tumbada a nuestro lado, pasándose un dedo por el clítoris.

—¿Te gustan la polla y los huevos de Carlos sin pelos? —Preguntó Antonia a Carmen, desde luego estaba orgullosa de su trabajo.

—Mucho, es más agradable que no haya tantos pelos por en medio.

Al poco, Antonia se puso detrás de mí con sus durísimas tetas pegadas a mi espalda, me cogió la polla con una mano y con la otra empezó a sobarme el agujero del culo. ¡Joder estaba en la gloria con aquellas dos mujeres!

—Carlos, quiero ver cómo te follas a Carmen. —Me dijo Antonia al oído. Luego le dijo a ella:— Carmen ponte a cuatro patas sobre mí para que Carlos te folle.

Antonia se tumbó boca arriba, Carmen puso las rodillas a los lados de la cabeza de Antonia y las manos a los lados de las caderas. Ellas empezaron un “69” por su cuenta, mientras yo las miraba tocándome la polla.

—Carlos, fóllate ya a Carmen. Estoy muy caliente y no quiero quedarme fuera del juego.

Obedecí a Antonia, me puse de rodillas detrás de Carmen. Primero le metí

la polla en la boca a Antonia y después se la metí a Carmen, que soltó un profundo suspiro. La boca de Antonia iba del chocho de Carmen a mis huevos. Carmen seguía agachada sobre el coño de Antonia, comiéndoselo. Noté que Carmen estaba cerca de correrse, empecé a darle cachetadas en su culo y a acelerar el ritmo.

—Me corro, me corro, me corro —gritó Carmen, dejándose caer a un lado al poco tiempo.

La cara de Antonia era de auténtico vicio. Me cambié de sitio y me puse entre las piernas de Antonia, le puse una almohada en el culo y levanté sus piernas sobre mis hombros, primero le di golpecitos con la polla sobre su clítoris y luego se la metí y empecé a bombear. Antonia me miraba a los ojos fijamente y yo a ella.

—Me voy a correr, Antonia, me voy a correr —le grité fuera de mí.

—Y yo, córrete cuando quieras.

Empecé a soltar chorros dentro de su chocho y en cuanto ella los notó se corrió por tercera vez en un rato. Me dejé caer sobre ella y la besé en la boca. Eran casi las cinco de la madrugada, Carmen se había quedado dormida. Nos vestimos, Antonia le dejó una nota en la mesilla de noche que decía “*Muchas gracias, 3—2—2*” y nos fuimos para que descansara.

De camino a casa Antonia me dijo:

—Carlos he pasado un día estupendo.

Pensé que me hubiera dicho lo mismo si la hubiera llevado al zoo.

Llegamos a casa y subimos al estudio. Delante de la puerta había un paquete. Me extrañó, yo no estaba esperando nada. Lo cogí, abrí la puerta y después de entrar los dos la cerré con llave.

—¿Qué te pasa? Tienes cara de preocupación. —Me preguntó Antonia.

—Nada, nada —le mentí, porque me temía lo que iba a ser.

Me senté en el sofá y abrí el paquete. Contenía una libreta y una carpeta como las que yo ya tenía. Se me vino el mundo encima y Antonia me lo notó.

—¿Qué es eso Carlos, que te ha cambiado la cara?

—Creo que un marrón muy grande.

Abrí la libreta, aprovechando que Antonia había ido al servicio. En la primera página decía:

“10 de febrero de 2010. Luis me ha contado el experimento que está realizando y me ha enseñado el inicio del cuaderno que está llevando. Me ha resultado interesante y he decidido escribir yo otro con mis

experiencias”

En un primer vistazo a la carpeta vi que eran fotos de tíos desnudos empalmados, también cada foto con un nombre y una fecha por detrás. En efecto Antonio tenía poca personalidad. Oí a Antonia salir del baño y cerré el cuaderno y la carpeta. Miré el envoltorio por si tenía remitente, pero no. Tampoco había ninguna nota dentro que explicara el envío.

Antonia se desnudó y se metió en la cama apoyada en el cabecero

—¿Quieres contarme que es eso y qué te pasa?

En un primer momento pensé no contarle nada, pero luego me dije que no quería tener secretos con Antonia.

—Resulta que el marido de Lucía, ya fallecido, y un amigo se dedicaron a hacer por separado, pero parece que de manera coordinada, un experimento con un conjuro que habían encontrado en un libro antiguo.

—¿Un conjuro?

—Sí, un camelo que según decían ellos si se lo dices a una mujer o a un hombre, caen rendidos a tus pies pidiéndote follar.

—Suenan a una patraña.

—Es una patraña. Lo malo es que ambos documentaron los experimentos. Anotaron sus supuestas conquistas y coleccionaron fotos de los sujetos. Resulta que en esta habitación estaba la documentación de uno de ellos, que me ha dado bastantes quebraderos de cabeza y la que ha llegado ahora es la documentación del otro, a la que yo no quería ni acercarme.

—¿Es peligroso?

—Por lo menos es comprometido, muy comprometido. Los documentos que casualmente encontré aquí, en un primer momento creí que eran de un tal Antonio, el amigo del marido de Lucía y padre de Virtudes, pero luego resultó que no, que esos eran los del marido de Lucía y padre de Clara. Clara los vio cuando todavía creía que eran de Antonio, no conoce en profundidad las bonitas actividades de su padre. Ahora todo el mundo cree que yo no tengo los documentos primeros y nadie, en principio, sabe que tengo estos últimos.

Me levanté del sofá y fui por los documentos que tenía escondidos. Se los pasé a Antonia.

—Échales un vistazo, estos son los de Luis, el marido de Lucía.

—No hace falta que me des la filiación, soy de pueblo y hago la filiación al vuelo la primera vez.

Antonia ojeó el cuaderno y luego las fotos de la carpeta.

—Está Carmen.

—Lo sé, ella me contó que un individuo la había abordado con el conjuro, que a ella le apetecía follar con él y el tío tonto, que debía ser Luis, se creyó que el conjuro había funcionado.

Luego le pasé los documentos que acababa de recibir.

—¡Vaya, esto es otra cosa! —Exclamó y luego siguió con las fotos—. Hay algunos con buenas pollas, pero la mayoría tiene una pinta de macarras o de chaperos de mucho cuidado.

—Al parecer Antonio se había vuelto homosexual y muy activo después del nacimiento de Virtudes.

—Hagamos una prueba, dime el conjuro a ver si me entran ganas de follarte.

—¡Antonia coño, si tu ya tienes siempre ganas de follarme!

—Venga, a ver si me entran más, tantas que no pueda resistirme.

—De acuerdo. *“No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y rinde culto a tu cuerpo y al mío”*.

—Repítelo que no lo escuchado bien.

—Con lo serio que esto qué ganas de coña tienes Antonia. *“No escondas tus deseos más íntimos, cúmplelos, libera tu mente y rinde culto a tu cuerpo y al mío”*.

—Pues sí mira, me están entrando más ganas de follarte —dijo quitándose la ropa de cama de encima.

—Antonia, ¿tú no te cansas de follar?

—Tengo hambre atrasada y quiero aprovechar mi viaje a Sevilla para quitármela. ¿Tú le has echado el conjuro a alguna?

—Sólo una vez. Después, cuando te conocí, pensé en decírtelo a ti, pero le hice caso a un consejo que me dio Carmen, que me dejara de pamplinas y que preguntase a mi acompañante si le apetecía follar.

Se levantó de la cama y se me abrazó del cuello. Increíblemente con el día que llevaba, empecé a empalmarme otra vez.

—¿Cómo te fue cuando dijiste el conjuro?

—Mal y bien. Se lo dije a una camarera de un pub que estaba y está buenísima. Ella por poco me parte la cara, pero dos chicas gorditas que estaban a mi lado y debieron oírme, me follaron como descosidas. —Antonia se partió de la risa—. Yo lo definí como efectos colaterales, pero lo cierto es que las dos estaban salidas perdidas, escucharon lo que le había dicho a la

camarera y que esta me había mandado a la mierda y aprovecharon su oportunidad.

Antonia no paraba de moverse rozándose contra mí y clavándome las tetas, mientras me daba besos en las comisuras de los labios.

—Antonia si mañana me duele la polla tú vas a ser la culpable.

—¿Y qué pasa con mi chochito, es que yo no he trabajado también?

—Sarna con gusto no pica. Quiero que me chupes los pies, mientras te haces un dedo.

—Vale —dijo empezando a desnudarme—. Pero primero te los lavas, que me han dicho que eres poco aseado.

—¡Y una mierda! —Exclamé mientras iba camino al baño.

Antonia se vino conmigo, lleno el bidé y me sentó en la taza del inodoro que estaba al lado.

—Te los voy a lavar yo, como si fuera el Papa.

Se puso en cuclillas para lavarlos, enseñándome bien su precioso chochito y yo me terminé de empalmar otra vez. Me secó y al ver que estaba otra vez empalmado me dijo mientras acercaba la cabeza:

—¿Tienes un resorte para que tu polla esté siempre preparada cuando hace falta?

Se metió mi polla en la boca y me la chupó un rato. Después dijo:

—Vamos, que no te voy a haber lavado los pies para nada.

Me senté en la cama y ella se sentó a mis pies. Primero me dio un suave masaje, luego colocó un pie sobre mis huevos y finalmente empezó a chuparme y a comerme los pies a la misma vez que movía el suyo. La verdad es que era una sensación de lo más caliente, cerré los ojos para saborearla más a fondo, pero al poco me dijo:

—Abre los ojos y mírame, quiero que veas cómo me hago una paja con tu dedo gordo.

Así que se estaba comiendo uno de mis pies, el otro se lo estaba pasando por el chocho, mientras que además con uno de sus pies me estaba sobando el nabo.

—Eres increíble Antonia. Si no tienes experiencia, ¿cómo es que sabes hacer todo lo que has hecho hoy?

—Tengo mucha imaginación y soy muy fogosa.

La miraba y me estaba poniendo malo del calentón.

—No voy a tardar en correrme —le dije.

—Yo tampoco.

—¿Sabes que eres muy guarra?

—No soy muy guarra, soy una mujer que le gusta follar y me encanta hacerlo contigo.

—Sí, pero aun así eres muy guarra.

Observé como su cara iba cambiando con la llegada del orgasmo y eso terminó con mi resistencia. Nos corrimos a la vez entre gritos, luego nos estiramos en la cama y nos dormimos cuando estaba amaneciendo.

Me despertaron ruidos en la puerta. Salté como un resorte de la cama para recoger los documentos que se habían quedado en el sofá, no quería que nadie los viera. Pregunté quién era.

—Soy Clara.

—¿Qué quieres?

—Venía a decirle a tu amiga que mi madre y yo vamos a tomar el sol en la piscina, que se baje con nosotras, que ya la debes tener consumida.

—El consumo es mutuo.

Antonia se había despertado, eran las doce de la mañana.

—Buenos días guapa, ya has oído a Clara. ¿Te apetece tomar el sol?

—La verdad es que sí. Me doy una ducha rápida y bajo. Tengo el tren a las cinco, podemos comer cerca de la estación, después de darnos un buen revolcón de despedida.

Mientras Antonia se duchaba miré por el ventanal. Lucía y Clara estaban tomando el sol desnudas. Cuando Antonia salió del baño se lo dije:

—No te hace falta bikini, con que lleves mi albornoz para cruzar la casa es suficiente.

—Estupendo, me lo imaginaba.

En menos de un minuto Antonia se había unido al grupo y las tres estaban sentadas en sus respectivas tumbonas desnudas. Antonia estaba guapísima. ¡Joder que mujer! Pensé. Me lo pasaba maravillosamente con ella y me daba todo lo que yo podía querer e incluso más. La cuestión era cómo podría hacerlo para que estuviéramos más tiempo juntos. Las dejé hablando y tomando el sol y fui a asearme. En la ducha recordé los putos documentos. No sabía qué hacer con ellos. Al final llegué a la conclusión de que posiblemente lo mejor fuera dárselos a Clara y a Virtudes y que ellas hicieran lo que quisieran, para eso que eran de sus padres y no míos y además yo no era responsable de que sus padres fueran unos salidos.

Desnudo todavía salí al salón y volví a mirar por el ventanal. La cosa se había complicado bastante. Antonia estaba tumbada boca arriba, Lucía le estaba comiendo el chocho y ella se lo estaba comiendo a Caty que estaba sentada sobre su cara. A Clara no la vi. Lo que le hacía falta a la casa era la presencia de Antonia. En un momento Antonia me vio en el ventanal otra vez empalmado y me saludó con la mano como si tal. ¡Bendito sea su coño! Pensé. Dudé si hacerme una paja, pero preferí quedarme con el calentón para ella. Por seguridad para mí fotografié los documentos de Antonio y como a la una y media regresó Antonia. Me incorporé le abrí el albornoz y me pegué a ella ambos desnudos.

—Tenían que caer, ¿no? —Le dije.

—¿Te ha molestado?

—Antonia, si quiero estar contigo tendré que entenderte.

—Gracias Carlos. De todas formas no he hecho nada a tus espaldas, sabía que me ibas a mirar.

—Quiero que pasemos los dos más tiempo juntos y que hagamos muchas cosas de esas que tanto nos gustan.

—Por mi encantada, ya sabes que me lo paso muy bien contigo y con tus amigas. Espero que en el futuro también con algún amigo.

—Me parece justo.

Nos besamos y ella puso sus manos a mi culo para apretarnos más.

—Bueno, tenemos cosas que hacer.

—Lo estoy deseando.

Le quité el albornoz y la empujé a la cama.

—¿Crees que me encontraré algún pelo de Lucía si te como el coño?

—No lo sé, busca. —Dijo y echó las piernas por encima de la cabeza dejando su chocho abierto y su culo a media altura para que se lo comiera.

—¡Qué flexibilidad!

—Los veinte años... tus maduras ya no pueden hacer esto.

—¡Sabrás tú lo que son capaces de hacer mis maduras!

—De algo me voy enterando...

Empecé a trabajarle el ojete con la lengua y el chocho con los dedos. Como siempre tenía el chocho empapado.

—Me está gustando mucho que me comas el culo, nunca me lo habían hecho. Produce unas sensaciones muy fuertes y muy gustosas

—Y a mí comértelo, tienes un culo precioso, incluyendo el ojete.

—Carlos, me he acordado de otro sueño.

—¡Vete al carajo con los sueños y disfruta!

Dejé de trabajarle el clítoris y me concentré en su ojete. Estaba convencido de que podía correrse sin necesidad de sobarle el clítoris.

—Me voy a correr, me vuelve loca que me chupes el culo.

Seguí trabajádoselo hasta que se corrió expulsando jugos por el chocho.

—¡Qué fuerte, me ha encantado! Me lo tienes que hacer más veces.

—¿Te la han metido por el culo?

—No, que yo recuerde.

—Mira qué eres borde. Lo tienes perfecto para hacerlo.

—¿Y a qué esperas?

Me puse de pie sobre la cama puse las piernas a ambos lados de su cuerpo, una delante y otra detrás de su culo. Me eché la polla para abajo con una mano y le puse la cabeza en el ojete.

—Si te molesta, me lo dices.

—No creo que vaya a molestarme, noto el culo abierto como un bebedero de patos.

Yo tenía un calentón del quince. Fui bajando muy lentamente hasta que la tuve entera dentro. Empecé a subir y bajar sobándole a la misma vez el clítoris.

—Me encanta Carlos. Estoy en la gloria. Follas como los ángeles, pero los ángeles caídos.

—Y tú también follas de maravilla. Antonia me voy a correr dentro de muy poco.

—¿Me avisas porque temes dejarme embarazada?

—Eres borde hasta cuando te están dando por el culo.

—Córrete, ya también voy a hacerlo.

Empecé a echar leche como si llevara un año sin correrme.

—Aahhgg, sigue corriéndote noto tu leche en mis tripas y me estoy muriendo del gusto.

Los jugos le salían a borbotones del chocho.

—Sigue, intenta correrte otra vez sin sacármela del culo.

—¿Tú quién te crees que soy, un actor porno?

—Sigue, sigue, no pares.

Sin mucha fe y sin muchas fuerzas seguí follándole el culo.

—Sigue Carlos, que podemos corrernos los dos otra vez.

Cómo yo estaba un tanto desconcentrado por el esfuerzo ella se llevó una mano al clítoris y empezó a castigárselo de lo lindo. Verla en la posición que estaba me volvía loco de deseo. A los pocos minutos de mete y saca me dijo:

—Noto en tu polla que te vas a volver a correr. Yo estoy lista también.

Tenía razón, volví a correrme sin sacársela y ella también volvió a correrse. Los jugos le corrían por el vientre hasta las tetas.

—¿Crees que podrías con otro? —Me dijo.

—¡Vete al carajo! —Le contesté dejándome caer y con las piernas temblando.

Como habíamos planeado comimos cerca de la estación y a las cinco cogió el tren. Yo tenía un dolor en la polla que no era normal, pero a ella también le tenía que dolor el chocho. ¡Joder qué fin de semana! Esperaba que si finalmente podíamos pasar más tiempo los dos juntos, también pudiéramos distribuir mejor el folleteo. De camino a la casa llamé a Clara.

—Hola Clara, ¿podríamos vernos Virtudes, tu y yo esta tarde?

—Por mi parte no hay problema, voy a llamar a Virtudes. ¿Qué quieres?

—Cuando nos veamos te lo digo.

Cuando llegué a la casa me estaban esperando las dos en la puerta, Virtudes con su clásica cara de pocos amigos.

—¿Subimos a mi habitación? —Les dije.

—De acuerdo, pero estás muy misterioso. ¿Pasa algo? —Preguntó Clara, pero no le contesté.

Entramos en el estudio y les pedí que se sentaran mientras que yo buscaba los documentos.

—Tomad, aquí tenéis los formativos documentos de vuestros padres.

—¿Pero cómo es que son dos? —Preguntaron a dúo.

—Clara, el que creíamos que era de Antonio no lo era. Era de tu padre, según dedujimos Lola y yo.

—¿Mi madre y tú?

—Si tú madre y yo. Virtudes, no sé cómo ni quién me lo envió, pero ayer me llegó el de tu padre. No quiero verlos más, ni saber nada más de ellos. Vosotras sabréis lo que vayáis a hacer con ellos.

—¿Y cómo sabes que este es el de mí padre? —Me preguntó Virtudes.

—Míralo, mira la letra y mira los personajes. Aunque sea una hipótesis totalmente arriesgada, creo que me los ha enviado tu madre, posiblemente los haya recuperado en una dación en pago a sus amantes.

Clara los repasó muy someramente y los cerró. Virtudes se tomó mucho más tiempo y cuando los hubo repasado se levantó y saliendo de la habitación dijo:

—Ya me he tirado a más de la mitad de estos.

—Qué encanto de mujer. —Dije cuando se hubo ido.

—No está muy bien, no como tu amiga, que está como un cañón.

—¿Qué ha pasado esta mañana?

—Que era o mi madre o yo. Yo no soy como los hijos de Ana y Gervasio y ella es la dueña de la casa.

—Bueno, pues para mí se acabó esta historia.

—Sí. Oye mi madre quiere hablar contigo. No le digas nada de los documentos, ella cree que los de mi padre han desaparecido y no sabe nada de los de Antonio.

—No te preocupes, yo lo único que quiero es olvidarme de este asunto. ¿Puedes decirle a tu madre que estoy aquí, por si quiere verme ahora?

—Claro.

Me quedé descansando cuando Clara salió. Al rato llamaron a la puerta. Era Lucía, que subía por primera vez desde que estaba en su casa.

—Hola Lucía pasa, qué honor. Me ha dicho Clara que querías verme.

—Sí. La verdad es que te he cogido cariño en estos meses y a Antonia en estos días. Quería decirte que no habría ningún problema si Antonia se viniera a vivir contigo. Creo que te quiere y sería muy injusto no dejarte vivir con ella.

La miré largamente. Yo sabía lo que quería, pero también sabía lo que quería Antonia y que lo que quería Lucía de ella no la molestaba en absoluto.

—Muchas gracias Lucía, eres muy amable con los dos. Se lo diré y por mi felicidad espero que acepte.

Lucía se fue y yo me quedé pensando. Me encantaría poder vivir con Antonia. Sabía perfectamente que era la mujer de mi vida. Esperé a que hubiera llegado a su casa.

—Hola preciosa.

—Hola Carlos, ya echo de menos Sevilla.

—¿Toda Sevilla o sólo una parte?

—La parte que conozco.

—Tengo una propuesta para ti. Ha venido a verme Lucía y me ha dicho que no tendría ningún problema en que compartieses el estudio conmigo y me

imagino que otras cosas con ella, pero eso ya es cuestión vuestra. Me gustaría mucho que te lo pensaras. Podrías trasladar el expediente académico aquí durante las navidades. No pagarías nada de alquiler ni de servicios, con lo que te ahorrarías un dinero que sé que no tienes, lo mismo que yo. Y sobre todo estaríamos juntos.

—Después de este fin de semana no tengo nada que pensar. ¿Cuándo puedo mudarme? Y lava los pantalones y los bóxers de ayer, no te vaya a ver Mati.